INTRODUCCIÓN A

WITTGENSTEIN

HENAR LANZA

GREDOS

INTRODUCCIÓN A

WITTGENSTEIN

HENAR LANZA GONZÁLEZ

GREDOS

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora.
Diseño del interior y de las infografías: Tactilestudio.com.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición en esta colección: septiembre de 2022

REF.: GEBO581
ISBN: 978-84-2494-041-6

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL · EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

PRÓLOGO

El filósofo Karl R. Popper, seguidor y crítico de Ludwig Wittgenstein (y como este, austríaco de origen y nacionalizado británico), escribió que el modo tradicional de enseñar filosofía suele argumentar erróneamente que hay que leer tal o cual obra simplemente porque «es uno de los grandes hitos de la historia de la filosofía». Ante tal propuesta, continuaba, el lector tiene tres posibles reacciones: o no entiende nada, se desanima y abandona la lectura; o no comprende la jerga que allí se maneja, pero es capaz de memorizarla y comienza a usarla, repitiendo términos sin haberlos comprendido, o en tercer lugar —y esta es la reacción que, según Popper, tuvo Wittgenstein cuando emprendió la lectura de textos filosóficos—, denuncia que las proposiciones filosóficas no son ni verdaderas ni falsas, sino que son un completo sinsentido, pero no un sinsentido cualquiera, sino uno tan seductor y cautivante que nos embruja como lo haría un ídolo mitológico.

Wittgenstein no fue un filósofo al uso, es decir, ni fue siempre filósofo, ni fue solamente un filósofo, sino que fue también constructor de cometas, ingeniero, soldado, maestro, jardinero, arquitecto, camillero, auxiliar de laboratorio y músico. Dicho de otro modo, Wittgenstein no eligió la filosofía como primera opción ni se

dedicó a ella de forma exclusiva, sino que compaginó durante toda su existencia la reflexión teórica con actividades que requerían de una formación científica o exigían trabajo manual, lo que, por un lado, le alejó de la imagen tradicional del filósofo como un ser, incapaz de resolver problemas prácticos, y por el otro, le condujo a concebir la filosofía como una actividad, y no como una doctrina; más como una forma de resolver problemas que como una disciplina para producir hipótesis o teorías. Filosofar consistía fundamentalmente en deshacer los nudos del lenguaje, disolver los problemas filosóficos y alcanzar una correcta visión del mundo.

Gracias a ese enfoque tan poco ortodoxo y carente de prejuicios intelectuales, Wittgenstein fue capaz de dar forma, en dos etapas muy distintas de su vida, a dos concepciones del lenguaje tan potentes filosóficamente que revolucionaron en sendas ocasiones la filosofía contemporánea en dos direcciones distintas. El llamado «primer Wittgenstein» escribió durante la Primera Guerra Mundial el *Tractatus logico-philosophicus*, la obra que redefinió para siempre una disciplina incipiente, la filosofía del lenguaje, y de la que bebieron todos los grandes pensadores contemporáneos del empirismo lógico, una corriente de inspiración cientifista que solo admitía la significación de las palabras y proposiciones directamente referidas a los hechos empíricos y correctamente vinculadas entre sí por principios lógicos. Aquel primer Wittgenstein analizaba el lenguaje como un ideal sometido a las leyes de la lógica.

Treinta años después, tras la Segunda Guerra Mundial, el «segundo Wittgenstein» acabaría de escribir sus *Investigaciones filosóficas*, una obra donde desarrollaba una filosofía radicalmente distinta en la que el significado estaba determinado por el uso de las palabras en el contexto en el que habían nacido. Un nuevo enfoque que marcaría el «giro lingüístico» adoptado por la filosofía analítica posterior. Esta circunstancia ilustra la importancia del pensador austríaco en el ámbito de la filosofía contemporánea, y por su

influencia lo sitúa al nivel de grandes figuras del pasado, como Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel o Marx.

Popper sostenía que es imposible apreciar ninguna de las grandes obras filosóficas a menos que previamente sean presentados los problemas a los que pretenden dar respuesta, pues los problemas filosóficos tienen casi siempre raíces extrafilosóficas. Es decir, que para apreciar la importancia de la respuesta hay que saber cuál es la pregunta. Los textos filosóficos no tienen como padres a otros textos filosóficos, o al menos no siempre o no solo, sino que son una especie de estirpe bastarda que desciende de la filosofía pero también de otras áreas del pensamiento, como la geometría, la aritmética, la lógica o la física. En este volumen se abordará la filosofía de Wittgenstein desde esa premisa, partiendo de que sus obras son una respuesta a las cuestiones de su tiempo, tanto a las filosóficas como a las extrafilosóficas, y para comprender en qué sentido lo son es necesario conocer las circunstancias históricas, sociopolíticas y artísticas en las que el filósofo creció y se educó.

Ludwig Wittgenstein fue el hijo menor de una de las familias más ricas y cultivadas de la Viena de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Capital de Austria y ombligo del Imperio austrohúngaro, Viena vivía ensimismada en un mundo de riqueza y opulencia que estaba en franca decadencia, cuyos valores sociales y culturales sufrían idéntica crisis. Era una lucha entre el mundo y su representación, conflicto que Wittgenstein plasmó formalmente en su primera filosofía. El presente volumen se iniciará abordando todas esas cuestiones y presentará ese contexto histórico y sociocultural, necesario para que el lector entienda por qué términos como «estado de cosas», «hecho», «representación» o «valor» son conceptos fundamentales en el pensamiento wittgensteiniano.

A continuación se repasará la juventud de Wittgenstein, cuando el futuro filósofo se interesó primero por las matemáticas y luego por

sus fundamentos, lo que le impulsó a conocer a los mejores lógicos de su tiempo, Gottlob Frege y Bertrand Russell, a quienes expresaría su agradecimiento en el *Tractatus*. Los *Principia Mathematica* de Russell y Alfred North Whitehead fueron el principal referente filosófico de Wittgenstein durante aquellos años, y Russell, además de su maestro, fue también amigo y mentor. Por ello el primer capítulo de este volumen se cerrará con el análisis de los conceptos lógicos que Wittgenstein heredó de sus maestros, quienes tampoco se libraron de sus críticas.

El análisis del lenguaje ideal que vertebra la filosofía del primer Wittgenstein fue expuesto en el *Tractatus*, una obra muy breve, de únicamente 20.000 palabras, que versa sobre lógica, epistemología, ontología, teoría de la ciencia, ética, estética y religión. Sus conceptos esenciales (representación, proposición, hecho, estado de cosas) se abordarán en el segundo capítulo de esta exposición, así como las principales aportaciones de esa primera filosofía del austríaco, como la teoría pictórica del significado, el concepto de forma lógica, la concepción del sentido y las tablas de verdad. También se revelará de qué modo se engarzan el análisis lógico del lenguaje con la intención ética del *Tractatus*. Y, por último, será presentada la diferencia entre «decir» y «mostrar» y entre proposiciones y pseudoproposiciones: mientras que las primeras hablan de los hechos del mundo y son, por tanto, proposiciones científicas, las segundas pueden ser de varios tipos: las proposiciones que marcan el límite de lo que se puede decir con sentido; son pseudoproposiciones lógicas las que se empeñan en sobrepasar este límite, como ocurre con toda afirmación sobre los valores, son pseudoproposiciones religiosas, éticas o estéticas.

En su prólogo al *Tractatus* Wittgenstein escribió que la importancia de su obra residía, primero, en haber resuelto todos los problemas filosóficos y, segundo, en mostrar cuán poco se había avanzado con ello. Pensaba que aun logrando delimitar cuáles son

las proposiciones con sentido, nada sabemos sobre todas las cuestiones verdaderamente cruciales: la importancia de llevar una vida buena y bella; de permanecer en calma con independencia de las perturbaciones externas; de la muerte, de la experiencia religiosa, del hecho de que el mundo exista… En definitiva, todo aquello sobre lo que no se puede hablar —al menos, no sin caer en el sinsentido— pero que no por ello deja de ser lo más valioso para el ser humano.

Una década después de haber terminado el *Tractatus*, Wittgenstein impartió una *Conferencia sobre ética* cuyo texto complementa y permite comprender mejor la séptima y última proposición de su revolucionaria obra, «De lo que no se puede hablar, hay que callar». Son las experiencias del asombro, la seguridad y la culpa, señaló Wittgenstein, las que nos empujan a recurrir a proposiciones que sobrepasan el límite marcado por la lógica y caen en el sinsentido. La preocupación por el límite acerca de lo que podemos decir con sentido fue compartida por los miembros del Círculo de Viena, que hicieron una lectura positivista del *Tractatus* según la cual lo que importa es solo aquello sobre lo que podemos hablar (es decir, lo que queda dentro de los márgenes de la experiencia). Si bien mantuvo trato con ellos, Wittgenstein rechazó esta lectura, pues lo más importante para él siempre fue precisamente aquello sobre lo que debemos guardar silencio. Acerca de estas cuestiones versará el capítulo tercero.

Finalmente, el cuarto y último capítulo del libro estará dedicado a lo que se ha conocido como el «segundo Wittgenstein». El contacto con algunos pensadores como Frank P. Ramsey (quien tradujo al inglés el *Tractatus*), Moritz Schlick (fundador del Círculo de Viena) o Friedrich Waismann (también miembro del Círculo) hizo que Wittgenstein decidiera regresar a la actividad filosófica. Cuando en 1938 Alemania se anexionó Austria, el filósofo solicitó y consiguió la nacionalidad británica y trabajó como voluntario durante la Segunda

Guerra Mundial. Una vez finalizada esta, retomó su puesto como profesor de filosofía en Cambridge y continuó trabajando en sus *Investigaciones filosóficas*, en las que revisó la concepción del lenguaje expuesta en el *Tractatus* y desarrolló sus nuevas ideas acerca del lenguaje como caja de herramientas, los juegos del lenguaje, las formas de vida, el significado como uso y la función terapéutica de la filosofía. Sin embargo, nunca satisfecho con la vida académica, a finales de la década de 1940 abandonó la universidad y se retiró a escribir a Irlanda, donde se le diagnosticó un cáncer de próstata, lo que no le impidió terminar las *Investigaciones*, viajar a América y regresar a Cambridge, donde murió en casa de su médico.

La obra y las ideas de Wittgenstein determinaron el curso de la reflexión filosófica contemporánea, inseparable desde entonces del análisis del lenguaje, y le valieron el ser reconocido como uno de los filósofos más influyentes del siglo XX, inspirador del empirismo lógico, la corriente analítica, la teoría de los actos de habla, la teoría comunicativa y todos los desarrollos contemporáneos de la filosofía de la mente y de la filosofía de la psicología.

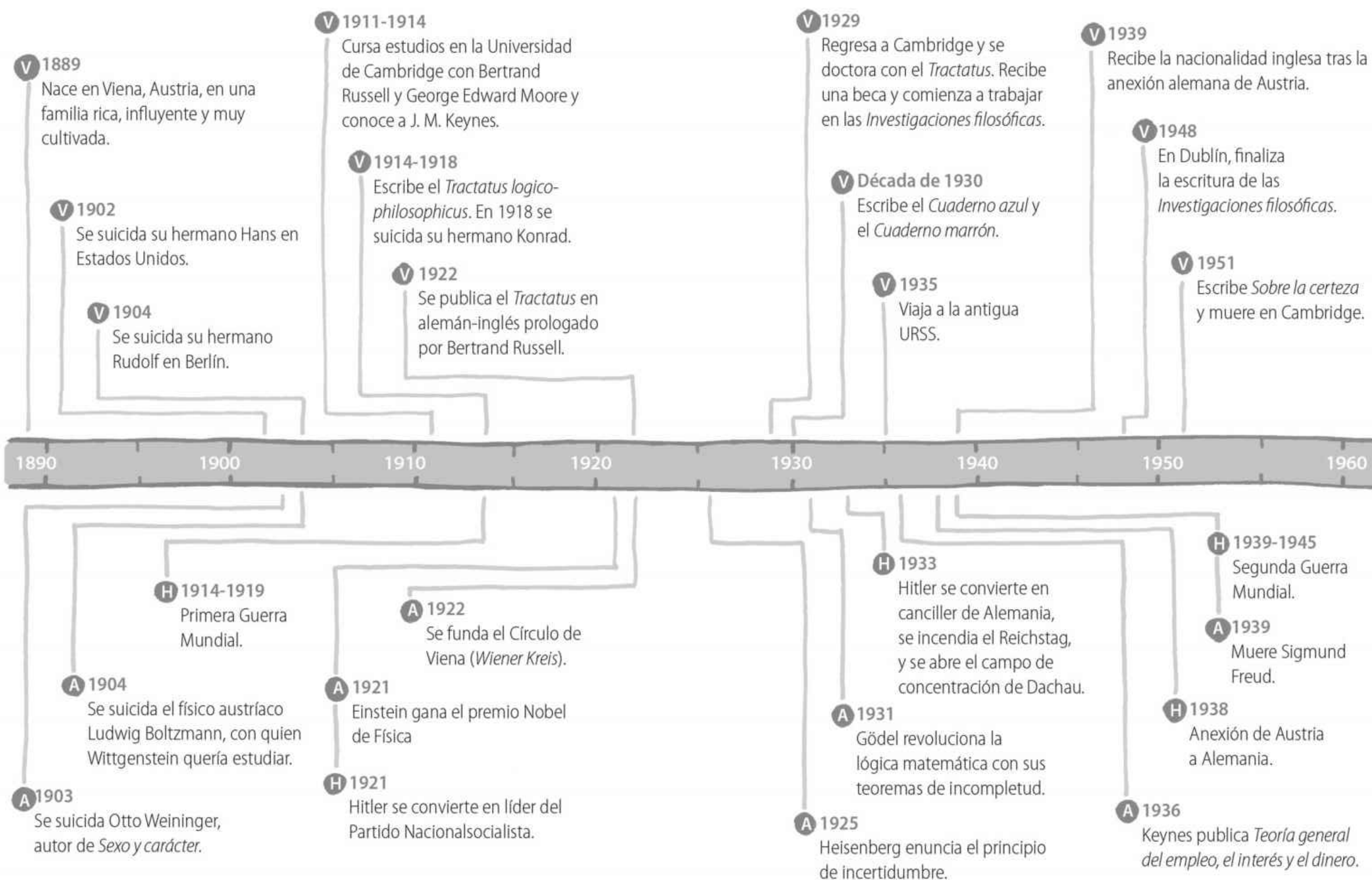
OBRA

La ordenación ortodoxa de la obra de Wittgenstein suele distinguir entre el «primer Wittgenstein» (*Tractatus logico-philosophicus*) y el «segundo Wittgenstein» (*Investigaciones filosóficas*). Un criterio que respeta tal separación y permite ampliar la selección de obras es el que distingue entre las escritas antes y después de la Primera Guerra Mundial, y es el que aquí se propone:

- **Primer Wittgenstein.** Incluye la única obra escrita antes de la Primera Guerra Mundial y publicada en vida:
  - *Tractatus logico-philosophicus (escrito entre 1914 y 1919 y publicado en alemán en 1921 y en inglés en 1922)*
- **Segundo Wittgenstein.** Obras escritas después de la Primera Guerra Mundial, todas ellas publicadas póstumamente:
  - *Conferencia sobre ética (pronunciada en vida entre 1929 y 1930 pero publicada póstumamente)*
  - *Cuadernos azul y marrón (escritos en la década de 1930)*
  - *Gramática filosófica (escrita entre 1931 y 1934)*
  - *Diarios (1930-1932 / 1936-1937)*

- *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática (escrita en 1938)*
- *Investigaciones filosóficas (escrita entre 1929 y 1949)*
- *Lecciones de Filosofía de la Psicología (escrita en 1946-1947)*
- *Ocasiones filosóficas (escrita entre 1912 y 1951)*
- *Sobre la certeza (escrita en 1951)*

CRONOLOGÍA COMPARADA



EL PROBLEMA DE LA REPRESENTACIÓN

Ludwig Wittgenstein nació en Viena, Austria, el 26 de abril de 1889, en el seno de una de las familias más poderosas de la ciudad. Su padre, Karl Wittgenstein (1847-1913), se escapó de casa a los diecisiete años y emigró a Estados Unidos, donde se ganó la vida trabajando como camarero, vigilante nocturno, violinista y profesor de matemáticas. Regresó a Viena en 1866 y tras cursar estudios en la Universidad Politécnica y tener diferentes empleos, se casó con Leopoldine Kalmus (1850-1926), una rica heredera de ascendencia judía y religión católica.

La capacidad de Karl para hacer oportunos y arriesgados negocios lo llevó a convertirse en el magnate del acero más importante del país y de parte del imperio. Emprendedor y autoritario, su poder económico se manifestó, entre otras formas, en una labor de mecenazgo artístico que convirtió la mansión Wittgenstein en uno de los principales centros musicales vieneses.

La madre de Ludwig Wittgenstein, Leopoldine (Poldy), fue descrita por sus hijos como una persona entregada a la vida matrimonial y el cumplimiento de las obligaciones conyugales, totalmente carente de voluntad y criterio propios, opacada por su marido, nerviosa, tímida e introvertida. Sin embargo, su formación

musical y sus dotes como pianista le permitieron encontrar en la música un medio en el que sentirse cómoda y un lenguaje a través del cual comunicarse con sus ocho hijos, todos ellos excepcionalmente dotados para la música.

Ludwig (Luki) era el menor; Hermine, Johannes, Konrad, Rudolf, Margarethe, Helene y Paul le precedían. Hermine fue una concertista excepcional, admirada por su madre; Johannes (Hans), era un niño prodigio, superdotado para la composición; Paul llegó a ser un pianista famoso, incluso o precisamente a raíz de haber perdido el brazo derecho en la Primera Guerra Mundial (Maurice Ravel llegó incluso a componer para él su célebre *Concierto de piano para la mano izquierda en re mayor*); y Ludwig aprendió a tocar más de un instrumento y fue recordado por su asombrosa capacidad de silbar fielmente largas piezas clásicas.

La familia Wittgenstein vivía en una enorme mansión en el centro de la ciudad y los hermanos crecieron en un ambiente refinado, rodeados de música, arte e intelectuales de primer nivel. A las veladas musicales que se celebraban en la mansión familiar acudían, por ejemplo, compositores como Richard Strauss, Arnold Schönberg, Gustav Mahler y Alexander von Zemlinsky, así como literatos, artistas, científicos y diplomáticos.

En ese exquisito y sofisticado ambiente familiar creció Wittgenstein, educado por tutores privados, siguiendo las directrices de su padre, un hombre estricto, partidario de una educación a medida. La dureza y el rigor de sus principios educativos topó con la resistencia de varios de sus hijos, muy poco interesados en continuar con la empresa familiar. Así, Hans, que a los cuatro años ya componía y quería ser músico, huyó muy joven del hogar familiar (como hiciera su padre) y se fue a Estados Unidos para poder dedicarse a la música con total libertad; allí se suicidó en 1902. Por su parte, Rudolf (Rudi), huyó a Berlín y en 1904 ingirió cianuro en un bar, mientras escuchaba su canción favorita interpretada por un

pianista.



Ludwig Wittgenstein fue enviado por su padre a una escuela técnica de Linz, menos exigente que el instituto de Viena. Allí coincidiría con Adolf Hitler. El refinado, inteligentísimo y bien educado retoño de los Wittgenstein (segunda fila por arriba, primero por la izquierda)

pasó por la escuela sin esforzarse lo más mínimo por destacar, aunque al parecer despertó en el futuro Führer (primera fila, por arriba, primero por la derecha) todo tipo de complejos.

Años después, en 1918, la sombra del suicidio volvería a oscurecer la vida de los Wittgenstein. En plena Primera Guerra Mundial, Konrad, otro de los hermanos, se pegó un tiro en la frontera italiana después de una caótica batalla.

Tras el primero de los tres suicidios, que marcarían definitivamente la vida y el temperamento del futuro filósofo, Ludwig fue enviado por su padre a estudiar a la *Realschule* de Linz, donde coincidió con Adolf Hitler, solo seis días mayor que él. Allí completó su educación básica.

VIENA: LUZ INTELECTUAL, SOMBRA MORAL

El ambiente social y cultural de Viena también incidió de modo determinante en la formación intelectual del futuro filósofo. Antes de intentar ahondar en su filosofía y descubrir por qué se puede afirmar que el *Tractatus* dio respuesta a las cuestiones e inquietudes filosóficas de su tiempo, será necesario conocer las circunstancias históricas, sociales, políticas e intelectuales que condicionaron su formación y su pensamiento.

Viena no era tan solo la capital de Austria, sino también el epicentro del Imperio austrohúngaro, conformado en 1867 y disuelto en 1919, al acabar la Primera Guerra Mundial. En sus últimos años, fiel a su lema «indivisible e inseparable», el imperio pretendía ocultar la inestable unidad sobre la que se asentaba, una bomba de relojería formada por lenguas, nacionalidades, etnias, religiones, culturas y tradiciones muy diversas, como eran los actuales austríacos, húngaros, checos, eslovacos, eslovenos, bosnios, croatas, herzegovinos, serbios, montenegrinos, italianos, transilvanos, rumanos, polacos y ucranianos.

El emperador Francisco José I de Austria, de la dinastía de los Habsburgo, gobernó el imperio hasta su muerte durante la Gran Guerra, manteniendo siempre las apariencias que ocultaban los profundos problemas económicos y sociales que aquejaban a sus dominios, haciendo caso omiso del desajuste entre los antiguos valores y el estado de cosas presente. Para el emperador, Viena seguía siendo la ciudad de los palacios y los salones de baile sobre los que se deslizaban incansables parejas, elegantemente vestidas, al ritmo de Strauss, una ciudad plagada de intelectuales leyendo la prensa en los cafés y familias disfrutando de las más refinadas pastelerías.

Frente a la imagen soñada por el emperador, bajo ese culto a las apariencias, la realidad social de Viena era otra: el crecimiento industrial había atraído a un alto número de inmigrantes a los que la ciudad no pudo ofrecer un bien de primera necesidad como la vivienda. Pésimas condiciones laborales, jornales miserables, explotación infantil, extenuantes jornadas, desnutrición; seres humanos pernoctando en las gélidas calles, en los parques, incluso en árboles y barcas, o hacinándose en hogares abarrotados; mujeres que se prostituían a cambio de una cama compartida; viviendas sin luz, baño ni calefacción que obligaban a sus habitantes a acudir a los cafés para calentarse y asearse. Esa era la otra cara de la Viena de los Wittgenstein.

La falta de correspondencia entre la realidad y la imagen que se tiene de la realidad, un problema político y social de primer orden, se convertiría en una mente como la de Wittgenstein y la de otros muchos intelectuales de su época en una cuestión filosófica, de la que surgiría la necesidad de cuestionarse muchas cosas, como por ejemplo: ¿cómo representamos el mundo?, ¿son eficaces nuestros medios de expresión?, ¿hay correspondencia entre los hechos y los valores? Lo que hizo Wittgenstein, como se verá, fue trasladar a la filosofía las preguntas que, antes que a él, interesaron a sus compatriotas científicos, escritores, periodistas, arquitectos, pintores y músicos.

Los nuevos maestros de la sospecha

Efectivamente, en la Viena de principios del siglo XX convivieron no pocos críticos de la decadencia del imperio que reivindicaban un nuevo modelo moral y nuevas formas de expresión desde muy diversas disciplinas. La ostentación del arte y la cultura vienesa no era más que el reflejo de una realidad ya inexistente, imágenes

desactualizadas que obstruían el paso al verdadero retrato crítico de la decadencia del imperio. Eso fue lo que denunciaron intelectuales y artistas como los arquitectos Otto Wagner (1841-1918) y Adolf Loos (1870-1933), precursores de la Bauhaus, la revolucionaria escuela de arte y diseño que aglutinó a las vanguardias europeas entre 1919 y 1933, año en que fue clausurada por los nazis; el periodista Karl Kraus (1874-1936), el escritor Robert Musil (1880-1942), el compositor Arnold Schönberg (1874-1951) o el movimiento artístico de la Secession, encabezado por el pintor Gustav Klimt (1862-1918). Desde sus creaciones, todos ellos llevaron a cabo una lucha contra la degradación moral y estética vienesa, y coincidieron en que la solución a los problemas no podía ser el escapismo esteta, sino que era necesaria una revisión de los medios de expresión aceptados.

Wittgenstein citaría años después a algunos de estos personajes como sus influencias principales en el aforismo §101 de su obra *Cultura y valor*, gracias al cual podemos rastrear la génesis de su pensamiento:

> Nunca he descubierto un movimiento intelectual, siempre me fue dado por algún otro. Lo único que he hecho es expresarlo apasionadamente de inmediato para mi labor de aclaración. Así han influido sobre mí Boltzmann, Hertz, Schopenhauer, Frege, Russell, Kraus, Loos, Weininger, Spengler, Sraffa.

Desde la arquitectura, por ejemplo, Wagner y Loos denunciaron que los estilos históricos propios de épocas pasadas usurpaban el momento de la modernidad. De aquí que la figura del arquitecto fuera concebida como la de un regenerador cultural. Frente a la Viena conservadora y ensimismada, Wagner proyectó cuatro arterias atravesadas por radiales que permitían la expansión de la ciudad de forma coherente con el crecimiento económico y demográfico que estaba experimentando. Su racionalismo arquitectónico impuso la función por encima del adorno de los estilos historicistas.

Siguiendo ese camino, Adolf Loos hizo una crítica del gusto burgués con el objetivo de diferenciar la utilidad del ornamento, definiendo la evolución cultural como la eliminación de todo adorno de los artículos funcionales. Su obra persiguió establecer una clara distinción entre los hechos y los valores, la razón y la fantasía, la artesanía y el arte.

El funcionalismo arquitectónico de Loos influyó en el edificio que el arquitecto Paul Engelmann (1891-1965) y Ludwig Wittgenstein diseñaron en Viena, muchos años después, entre 1926 y 1928, para Margarethe, la hermana del filósofo. La importancia que Adolf Loos concedió a las «formas de vida» como determinantes de la estructura de los edificios contemporáneos es, por otra parte, muy evidente en la obra que Wittgenstein desarrolló en la década de 1940, las *Investigaciones filosóficas*, donde propuso que conocer un lenguaje es conocer la forma de vida a la que está asociado, que todo lenguaje está anclado a una praxis social y que si queremos saber qué significa una palabra o una expresión, solo tenemos que observar cómo se usa.

UN IMPERIO CON PIES DE BARRO

Durante la segunda mitad del siglo XIX, debido a una serie de anexiones y tratados firmados por diversos miembros y aliados de la dinastía de los Habsburgo, una aristocrática familia centroeuropea, fue tomando forma en el centro y este de Europa el llamado Imperio austrohúngaro. En 1867, el Imperio austríaco reconoció la autonomía del Reino de Hungría, hasta entonces una región más del imperio, y firmaron el tratado fundacional del Imperio austrohúngaro, al que una década después se añadiría la zona de Bosnia-Herzegovina, adquirida al Imperio otomano. Tomaba forma así, bajo la batuta de dos grupos dominantes, los alemanes de Austria y los magiares de Hungría, un conglomerado de etnias, religiones, lenguas y culturas destinado a convertirse en el polvorín de Europa con el cambio de siglo.

La chispa serbia

Aunque el Imperio se gobernaba desde Viena, italianos, checos, polacos, rumanos, eslovacos, eslovenos, croatas, ucranianos, bosnios, serbios y montenegrinos ocupaban

buena parte del territorio, y todos reclamaban en mayor o menor medida el reconocimiento de su identidad cultural. Poco a poco, se fueron conformando diversos movimientos independentistas que no tardaron en buscar aliados fuera del imperio para enfrentarse a él. Las potencias vecinas de Serbia y Rusia alentaban a los independentistas, pero no fue hasta 1908, con la definitiva anexión de Bosnia-Herzegovina (que hasta entonces era administrada desde el imperio, pero no pertenecía plenamente a él), cuando los serbios, que aspiraban desde siempre a fundar su propio imperio con la anexión de dicha región, empezaron a conspirar abiertamente contra el Imperio austrohúngaro. El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, en 1914, a manos de un ultranacionalista serbio, sellaría el inicio de la Primera Guerra Mundial.



Desde el periodismo, Karl Kraus fue el crítico más feroz e incendiario de la hipocresía de la Viena de principios del siglo XX. Su ejercicio satírico luchó siempre por separar la esfera de los hechos

de la esfera de los valores, preocupación que, como se verá, fue retomada por Wittgenstein en el *Tractatus*, su primera obra filosófica, la única publicada en vida y la que le daría prestigio y fama universal como filósofo. La sátira de Kraus, que se limitaba a citar las declaraciones de sus contrincantes intelectuales sin comentarlas, anticipó una diferencia conceptual clave que más tarde Wittgenstein estructuraría bajo los términos «decir» y «mostrar».

La literatura de la época tuvo en el escritor Robert Musil a la pluma más crítica con el imperio. A partir de la publicación de *El hombre sin atributos*, su obra maestra, la Viena de los Habsburgo empezó a ser conocida por el sobrenombre de «Kakania». El mejor retrato de las contradicciones vienesas en el terreno político lo hizo Musil en dicha obra:

> Por su constitución era liberal, pero su sistema de gobierno era clerical. El sistema de gobierno era clerical, pero liberal era en general la actitud de cara a la vida. Ante la ley todos los ciudadanos eran iguales: no todo el mundo, por supuesto, era ciudadano. Había un Parlamento que hizo un uso tan fuerte de su libertad que a menudo se mantenía cerrado; pero había también un Acta de Poderes de Emergencia, por medio de la cual se podía disponer sin Parlamento. Y, cuando todo el mundo comenzaba a alegrarse del absolutismo, la Corona decretaba que se debía retornar de nuevo al gobierno parlamentario.

El reconocimiento de la incapacidad del lenguaje para explicar el ser íntimo de los seres humanos, evidenciada por Musil, tocó techo con la *Carta a lord Chandos* de Hugo von Hofmannsthal (1874-1929). Quien fuera el niño prodigio de la poesía vienesa mostró la crisis de la que fue presa, debido a la insuficiencia del lenguaje para expresar las cuestiones existenciales que afligen al ser humano. La coherencia entre la vida y la obra, así como la necesidad de llevar una vida buena y bella, fueron las preocupaciones que persiguieron a Wittgenstein.

En busca del genio

La obra del filósofo austríaco Otto Weininger (1880-1903), *Sexo y carácter*, ejerció también una especial influencia sobre el joven Wittgenstein. En ella, Weininger asociaba la genialidad y el sentido del deber. Su apuesta era clara: genio o muerte, y de hecho él mismo se suicidó con veintitrés años, acontecimiento que marcó un punto de inflexión en el aumento del número de suicidios en Viena.

Hallar el genio individual, el ser auténtico por encima de la convención y de la imposición social, fue la tarea vital de personalidades vienesas como Weininger, Kraus, Mahler, Schönberg, Loos, Hugo von Hofmannsthal o el propio Wittgenstein. Esa búsqueda de la autenticidad, esa necesidad de encontrar el genio propio, arroja luz sobre el hecho de que los pensamientos suicidas de Wittgenstein amainaran cuando Bertrand Russell consideró que reunía aptitudes para ser filósofo. «Lo que siento es la maldición de aquellos que solo han tenido talento a medias», escribió Wittgenstein un 25 de diciembre de 1913. Y en 1914, un año después de la muerte de su padre, durante su estancia en Noruega: «Le pido a Dios ser más inteligente y que todo me resulte finalmente claro; ¡si no es así no tengo necesidad de vivir mucho más tiempo!».

Representar el mundo

Uno de los temas esenciales que se abordará más adelante en la producción filosófica de Wittgenstein, el análisis de la capacidad del lenguaje para representar el mundo, estaba también plenamente arraigado en la intelectualidad de su tiempo, pues a finales del siglo XIX y comienzos del XX era habitual considerar los diversos medios de expresión como proveedores de imágenes (*Bilder*) o representaciones (*Darstellungen*) de la realidad. Si un lenguaje, un

medio de expresión, un sistema de representación nos sirve para comunicarnos, es porque entre lo representado y ese lenguaje, medio o sistema hay algo en común, algo que nos permite interpretar y entender el mensaje como imagen o representación de la realidad.

Algunas de las materializaciones más conocidas de esta preocupación son *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer (1788-1860), y la teoría de modelos de los físicos Heinrich Rudolf Hertz (1857-1894) y Ludwig Boltzmann (1844-1906).

La obra de Schopenhauer está estructurada en dos partes. La primera de ellas se abre con la afirmación «El mundo es mi representación» y está dedicada a las condiciones de posibilidad de la representación, la teoría del conocimiento, cuyo correlato en el *Tractatus* será la teoría pictórica del significado, expuesta en el siguiente capítulo. La segunda, por el contrario, se ocupa de todo aquello que no se puede representar, sino solo mostrarse, la voluntad, una suerte de fuerza ciega que domina el mundo, y de la que nuestros deseos y pulsiones son manifestación. Esta voluntad encuentra su eco en las últimas proposiciones del *Tractatus*, centradas en lo inefable, ya sea de carácter ético, estético o religioso. En ambos autores la representación es insuficiente como modelo explicativo de la realidad.

En 1905 se publicaron los *Escritos populares*, del físico vienés Ludwig Boltzmann, obra en la que Wittgenstein pudo leer que el pensamiento elabora modelos de la realidad que son posteriormente transmitidos a nuestra experiencia del mundo, una idea que sin duda tomó más tarde cuerpo en su filosofía.

Otra de las obras que Wittgenstein leyó en esa misma época y que le influyó fue *Principios de mecánica* de Hertz, donde se afirma que «nos hacemos imágenes o símbolos de los objetos externos». Según Hertz, las teorías físicas nos suministran imágenes o representaciones de los fenómenos naturales, y el requisito de estas representaciones es que «debe darse una cierta conformidad entre la

naturaleza y nuestro pensamiento», lo que Wittgenstein tradujo en el *Tractatus* como «Para ser figura, el hecho ha de tener algo en común con lo figurado».



EL ESPÍRITU *FIN DE SIÈCLE*

El final del siglo XIX en Europa llegó marcado por una decadencia moral, un enorme descontento social y una serie de reivindicaciones nacionalistas que culminarían con el estallido de la Primera Guerra Mundial. La Viena de Wittgenstein, ciudad del boato y las formas refinadas, no era en absoluto ajena a aquella crisis de valores que abría un abismo entre las apariencias y las cosas. El problema de la representación, de la interpretación de la realidad, de la relación entre el mundo y cualquier lenguaje (fuera escrito o pictórico, práctico o artístico), se planteaba para Wittgenstein, igual que para muchos otros intelectuales o artistas, como una cuestión ética de primer orden que había que resolver con urgencia para afrontar un cambio de paradigma y acabar con esa sociedad de paseos con sombrero y valses de Strauss que refleja este óleo del pintor austríaco Maximiliam Lenz (1860-1948).

Otra noción que Hertz defendió y que caracterizó la concepción de la filosofía de Wittgenstein es la de «elucidación», entendida como aclaración, explicación. Hertz escribió «queremos tener las cosas claras» y «he intentado esta tarea [...] con el ánimo de liberarme a mí mismo del sentimiento opresivo de que sus elementos no estuvieran libres de cosas oscuras e ininteligibles». Una necesidad de aclarar, de esclarecer, que fue también el hilo que recorrió toda la filosofía de Wittgenstein, primero en el *Tractatus*:

> El resultado de la filosofía no son proposiciones filosóficas, sino el esclarecerse de las proposiciones. La filosofía debe esclarecer y delimitar con precisión los pensamientos que de otro modo serían, por así decirlo, opacos y confusos.

Y posteriormente en las *Investigaciones filosóficas*:

> La claridad a la que aspiramos es en verdad completa. Pero esto solo quiere decir que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente. El descubrimiento real es el que me hace capaz de dejar de filosofar cuando quiero. —Aquel que lleva la filosofía al descanso, de modo que ya no se fustigue más con preguntas que la ponen a ella misma en cuestión.

Efectivamente, la filosofía no era para Wittgenstein una teoría o una doctrina, sino una actividad aclaratoria. Ante los problemas filosóficos acumulados durante siglos de tradición, solo cabe la elucidación como vía para alcanzar la tranquilidad; en ese sentido, la filosofía es terapéutica. Hertz auguró que «nuestras mentes, libres de confusión, cesarán de formular preguntas ilegítimas» y Wittgenstein quiso hacer con la filosofía lo que Hertz pretendió con la mecánica: liberarla de esas preguntas que impiden a nuestra mente descansar en reposo.

Todos estos dilemas intelectuales reflejaban los problemas sociales, morales e institucionales que aquejaban a los ambientes intelectuales de la Viena del cambio de siglo. Las cuestiones en torno

a la comunicación, la representación, la autenticidad y la claridad fueron tomando cuerpo en el pensamiento del joven Wittgenstein, aunque entonces no disponía aún de las herramientas de análisis necesarias para formular todo ello filosóficamente. Para encontrarlas, tendría que viajar primero a Alemania y más tarde al Reino Unido, y tomar contacto con Gottlob Frege (1848-1925) y Bertrand Russell (1872-1970), respectivamente. Los dos lógicos más importantes del momento, fundadores de una nueva disciplina, la filosofía del lenguaje, encaminarían a Wittgenstein en su búsqueda de un lenguaje ideal, capaz de representar fielmente el mundo gracias a la separación de los hechos y de los valores.

DE LA AERONÁUTICA A LA FILOSOFÍA

En 1906, Wittgenstein abandonó Austria para estudiar en la Technische Hochschule de Charlottenburg (Berlín, Alemania), y en 1908 dejó las tierras continentales para comenzar los estudios de aeronáutica en Manchester (Reino Unido). Hay que tener en cuenta que en los albores del siglo XX, los pioneros de la aeronáutica eran considerados unos soñadores excéntricos, y que debían soportar las burlas de los menos visionarios; los hermanos Wright todavía no habían permanecido en el aire durante dos horas y media, pero los científicos y los gobiernos eran conscientes de la importancia de la investigación en aeronáutica y cualquier innovación de cierto éxito podía esperar generosas recompensas. Wittgenstein contaba con el apoyo de su padre para dedicarse a la nueva ciencia.

En Manchester, el futuro filósofo alternó el trabajo, los estudios y el ocio. El primer año llevó a cabo varias investigaciones con cometas e intentó construir un motor de propulsión a chorro para aviones. Asimismo, su pasión por la música le llevó a ser uno de los asistentes regulares de los conciertos de la Hallé Orchestra, y su gusto por la naturaleza se manifestó en sus excursiones habituales con los dos grandes amigos que hizo en esa época: el físico William Eccles (1872-1966), que destacaría más tarde por sus avances en el campo de la radiocomunicación, y Jim Bamber.

También en Manchester, Wittgenstein comenzó a estudiar matemáticas con sir Horace Lamb (1849-1934), famoso por sus contribuciones a la matemática aplicada, y John Edensor Littlewood (1885-1977), especialista en análisis matemático y teoría de los números. Las discusiones académicas al respecto con otros investigadores le llevaron a la conclusión de que las matemáticas debían tener fundamentos lógicos, y ese fue el impulso que le llevó a

leer los *Principia Mathematica* de Bertrand Russell y Alfred North Whitehead (1861-1947), obra que marcaría un antes y un después en la evolución intelectual de Wittgenstein y que, a la postre, sembraría en él la simiente de la lógica de forma ya indeleble.

Publicada entre 1910 y 1913, la obra defendía la tesis de que las matemáticas son un sistema que puede ser derivado en su totalidad de un pequeño número de principios, postulados o axiomas básicos, tesis que contradecía la de Immanuel Kant (1724-1804), uno de los filósofos más en boga en aquel momento, quien diferenciaba las matemáticas de la lógica.

Según Kant, las matemáticas pertenecerían al ámbito de la estética trascendental, es decir, estarían integradas por juicios sintéticos a priori (nociones que no necesitan ser contrastadas por la experiencia, pero están en contacto con ella), mientras que la lógica (subdividida en dos partes, la analítica trascendental y la dialéctica trascendental) sería un pensamiento puro, identificado con las reglas que gobiernan el entendimiento y ordenan según categorías las impresiones aportadas por la sensibilidad.

Por el contrario, la obra de Russell y Whitehead separaba las matemáticas de la experiencia sensible y mostraba su dependencia de los principios de la lógica formal: las proposiciones matemáticas fueron presentadas en términos puramente lógicos, definidas como implicaciones formales entre funciones proposicionales, y todo teorema matemático, se decía, podía ser derivado de axiomas lógicos.

Los *Principia Mathematica* pusieron de actualidad otro ensayo, que había servido de inspiración a sus autores y cuya importancia había pasado desapercibida cuando se publicó en 1893: *Las leyes fundamentales de la aritmética*, del alemán Gottlob Frege, quien había sentado el principio de que la matemática es un saber analítico —es decir, basado en principios puramente lógicos— y había definido el número a partir del concepto de «clase», como grupo de

elementos reales. De este modo, Frege había rechazado teorías anteriores que entendían el número como una propiedad de las cosas.

Russell demostró que la definición de Frege conducía a una contradicción y la expuso mediante la paradoja que lleva su nombre (la Paradoja de Russell), basada en el principio del círculo vicioso (no se puede definir un concepto utilizando una totalidad que lo presuponga) y en una ontología dividida en cosas (seres humanos, montañas, etc.), conjuntos (razas, cordilleras) y conjuntos de conjuntos (la humanidad, el relieve). Al combinar esta división, jerarquizada en su complejidad, con el principio del círculo vicioso, se concluye que una cosa solo puede pertenecer a un conjunto si previamente forma parte de un grupo de jerarquía inferior. No obstante, Russell fue incapaz de hallar la solución al problema de los fundamentos del razonamiento, por lo que manifestó: «recomiendo seriamente su estudio a todos los estudiantes de lógica».

Fue este testigo el que recogió Wittgenstein cuando decidió dedicarse al estudio de las obras de Frege y Russell por primera vez. En 1909, Wittgenstein propuso una solución al problema de Russell y se la envió al matemático británico Philip E. B. Jourdain (1879-1919), pero él no le hizo caso, y ante el rechazo de su solución, decidió continuar con la aeronáutica. Sabemos, no obstante, gracias al testimonio de su hermana Hermine, que su personalidad e inquietudes intelectuales ya estaban escindidas entre esos estudios y los de filosofía.

En 1910, aún en Manchester, Wittgenstein intentó construir una hélice, trabajo que le valió una beca de investigación que culminó en una patente. Sin embargo, y a pesar de que le fue renovada la beca por otro año, seguía dudando sobre a qué dedicarse. Para decidir si continuaba con la aeronáutica o se decantaba por la filosofía y escribía un libro en el que llevaba tiempo pensando, en verano de 1911 viajó a Jena (Alemania), para conocer a Gottlob Frege. A sus

más de sesenta años, el gran lógico barrió del campo de batalla a Wittgenstein y desmontó todos sus argumentos, razón por la cual el libro nunca vio la luz. Sin embargo, Frege animó a Wittgenstein a que continuara con sus investigaciones.

Posteriormente, Wittgenstein volvería a visitar a Frege para discutir con él diversos aspectos de su trabajo con Russell, y Frege le escribiría durante la Primera Guerra Mundial para animarle a continuar con su trabajo intelectual y mantener con él un diálogo epistolar sobre lógica como sucedáneo de una imposible discusión cara a cara.

Si bien en su momento fue prácticamente un desconocido, Gottlob Frege fue el primero de los filósofos analíticos en conceder importancia al uso del lenguaje en la filosofía y el pionero en el desarrollo de la filosofía del lenguaje, la filosofía de la lógica, la lógica simbólica y la teoría del significado. Para resumirlo en una sola frase, se puede decir que Frege colocó la teoría del significado en el corazón de la filosofía, marcando así un punto de inflexión en ella, si bien es cierto que tuvo como precedente a John Stuart Mill (1806-1873) y *Un sistema de lógica* (1843), obra en la que el autor inglés anticipó los conceptos de «connotación» y «denotación».

De la aritmética al lenguaje

Para los lógicos y los filósofos del lenguaje una «proposición» (*Satz*), es decir, una oración enunciativa afirmativa, asertórica o declarativa, tiene tres características de interés: 1) se compone de sujeto y predicado; 2) puede ser verdadera o falsa, y 3) a partir de ella se pueden inferir otras proposiciones.

Por ejemplo, la proposición «Wittgenstein es un hombre»: 1) tiene como sujeto «Wittgenstein» y como predicado «es un hombre»; 2) es una proposición verdadera, y 3) si la combinamos con una segunda proposición como «Todos los hombres son mortales», podemos deducir una tercera: «Wittgenstein es mortal». En esta argumentación, las dos primeras proposiciones serían las premisas, que en este caso son verdaderas, y la tercera proposición sería la conclusión, que dado que proviene de dos proposiciones verdaderas también es verdadera. El conjunto de estas tres proposiciones se

denomina «silogismo».

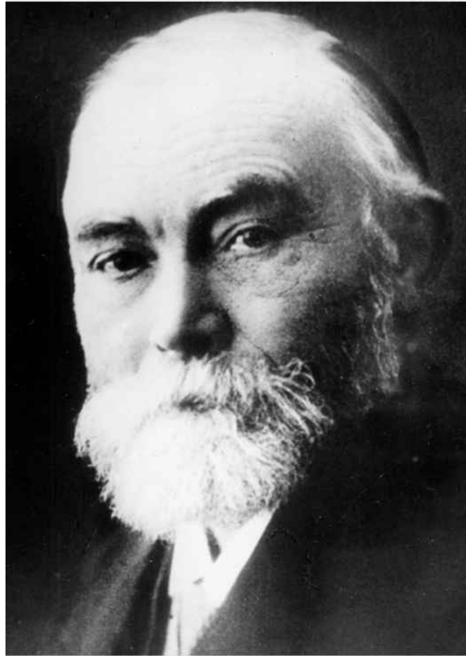
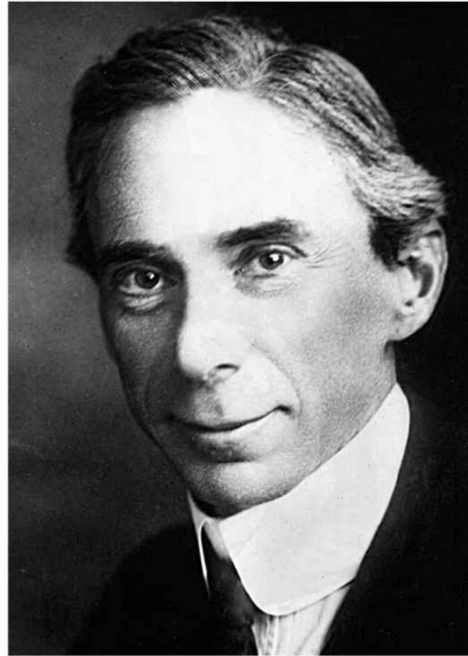
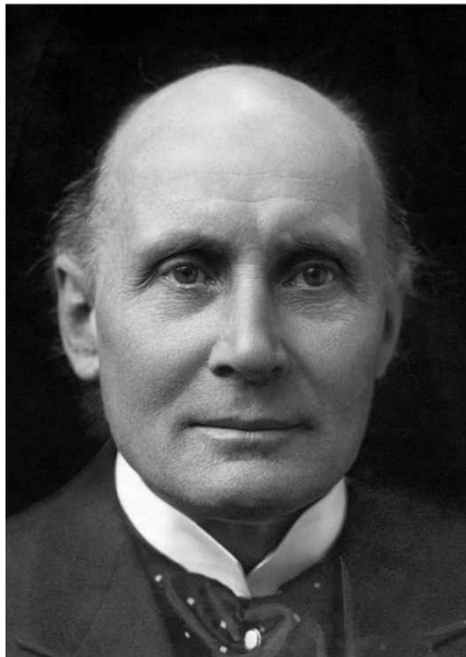
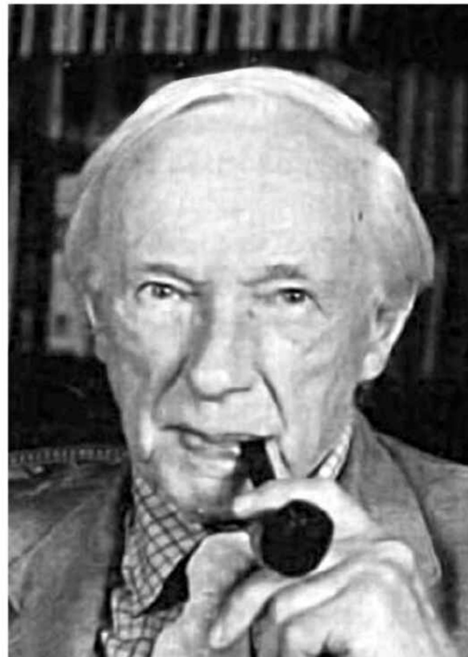
Si la lógica se ocupa de la corrección o validez de las reglas que gobiernan las operaciones entre proposiciones, lo que hizo Gottlob Frege fue formalizar la teoría de la inferencia, es decir, transcribió en un lenguaje lógico el lenguaje ordinario tomando como modelo la aritmética. Esto es lo que se conoce como «escritura conceptual» (*Begriffsschrift*). Frege presentó en un sistema axiomático todas las verdades lógicas que corresponden a inferencias válidas, es decir, eligió un número reducido de verdades lógicas y las presentó como axiomas, teoremas o postulados indemostrables, como, por ejemplo, «si no p, entonces q» y «si p, entonces no no p».

Función y argumento

Para Frege, el sujeto de la proposición, normalmente un nombre, como por ejemplo «Ludwig», tiene sentido completo por sí mismo, mientras que el predicado, por ejemplo «escribió el *Tractatus*», está incompleto, es decir, no está saturado, y para estarlo necesita ser completado por un nombre. Lo que designa el predicado es una función que tiene como argumento el sujeto y que puede ser verdadera o falsa; en terminología de Frege, puede tomar valor de verdad o valor de falsedad. Si completamos la función «escribió el *Tractatus*» con un argumento como «Ludwig Wittgenstein», adquiere valor de verdad. En cambio, si la completamos con «Platón», adquiere valor de falsedad.

Esta es la misma operación que llevamos a cabo con las funciones matemáticas. Si tenemos una variable (x) y una función como, por ejemplo, 2x + 1, si el argumento es x = 1 entonces el valor de la función es = 3; si el argumento es x = 2 entonces el valor de la función es = 5. En este sentido, se dice que la función es algo incompleto o no saturado porque necesita del argumento para

completarse.

Gottlob Frege, Bertrand Russell, Alfred North Whitehead y George Edward Moore (de izquierda a derecha y de arriba abajo), fueron cuatro de las figuras que más influyeron y acompañaron a Ludwig Wittgenstein a lo largo de su trayectoria como filósofo, aunque el

pensador austríaco no siempre se sintió suficientemente comprendido por ellos. Con Russell, por ejemplo, que fue su verdadero mentor, estuvieron muchos años sin hablarse.

Este es un ejemplo matemático, pero esta formalización es aplicable a proposiciones como «x es la capital de Grecia», donde, para que la función se complete, el argumento debe ser «Atenas». Si decimos «x es capital de y» nos hacen falta dos argumentos para completar la función, por ejemplo Roma e Italia o Madrid y España.

Wittgenstein secundó a Frege a la hora de sustituir el sujeto y el predicado por la función y el argumento, y consideró que toda proposición es una función veritativa de sus proposiciones elementales. Pero, advierte Wittgenstein, una función no puede ser su propio argumento. Es decir, no se puede completar «_____ es el autor del *Tractatus*», con «el autor del *Tractatus*», porque esto daría como resultado «el autor del *Tractatus* es el autor del *Tractatus*», lo cual no es sino una tautología, un sinsentido que no aporta información alguna. Asimismo, el vienés llamó a la verdad o falsedad de una proposición su valor de verdad, pero, a diferencia del alemán, rechazó la existencia de objetos tales como «Lo Verdadero» y «Lo Falso».

Sentido y referencia

En este proceso de matematización del lenguaje, Frege introdujo el signo matemático de igualdad para decir «ser idéntico a». Un célebre ejemplo de Frege dice, refiriéndose a Venus: «la estrella matutina es idéntica a la estrella vespertina» (1). Si esto es cierto, «la estrella matutina» significa lo mismo que «la estrella vespertina», por lo que también podríamos decir: «la estrella matutina es idéntica a la estrella matutina» (2), o bien «la estrella vespertina es idéntica a la estrella vespertina» (3). Pero si bien (1) enuncia un hecho

astronómico, algo que podría haber dicho quien descubrió que la primera estrella visible y la última son una y la misma cosa, esto es, el planeta Venus, (2) y (3) no son más que verdades obvias y evidentes. Por eso Frege especificó que aunque dos proposiciones pueden referirse a lo mismo, su sentido puede diferir. Es decir, existe una «referencia» (*Bedeutung*) y un «sentido» (*Sinn*).

Por ejemplo, «el hijo menor de Karl Wittgenstein» tiene la misma referencia que «el autor del *Tractatus*», ambas proposiciones se refieren a Ludwig Wittgenstein, pero cada una de ellas en un sentido diferente: mientras que la primera hace hincapié en un aspecto familiar que podríamos dibujar en un árbol genealógico, la segunda se centra en la producción filosófica.

Durante aquel primer encuentro en Jena, Frege también había animado a Wittgenstein a que viajara a Cambridge (Reino Unido), en cuya prestigiosa universidad impartía clases Bertrand Russell, para conocerlo y estudiar con él, y el 18 de octubre de ese mismo año, 1911, el joven austríaco se presentó sin previo aviso en la habitación del Trinity College ocupada por Russell.

Wittgenstein fue deudor de Russell en muchos sentidos, comenzando por el sistema de numeración que sigue en el *Tractatus* y por el carácter sintético de su estilo. En el siguiente apartado se abordarán los conceptos russellianos que Wittgenstein necesitó conocer para dar forma a su filosofía, aunque criticara algunos de ellos y no siempre coincidiera con su maestro. De hecho, estudió y admiró los *Principia Mathematica* y llegó a afirmar que eran como música, pero fue intransigente con otras obras de Russell en las que este defendió el valor de la filosofía, que Wittgenstein consideraba tan solo como una herramienta terapéutica más.

«Uno solo puede llegar al corazón de la filosofía con el frío acero de la pasión en la mano», escribió Russell, palabras que también sirven para describir a Wittgenstein: por encima de sus diferencias, los unía la pasión por la lógica y el deseo de acotar los ámbitos del lenguaje y la filosofía.

La autenticidad del genio filosófico

Bertrand Russell escribió en una carta a su amante lady Ottoline Morrell en noviembre de 1911:

> Mi alemán vacila entre la filosofía y la aviación; me preguntó si creía que él era un caso completamente perdido para la filosofía, y le dije que no lo sabía pero que lo pensaría. Le pedí que me trajera algo escrito para ayudarme a juzgar.

En ella aparece de nuevo el anhelo de Wittgenstein de perseguir una pasión, buscar la autenticidad propia, ser un genio o renunciar. La descripción que Russell hizo de Wittgenstein encaja con la imagen de genio: alguien tan brillante como apasionado intelectualmente, profundo, intenso, dominante, impulsivo, intuitivo, vehemente, temperamental y sensible, además de muy educado, siempre y cuando no se encontrara en medio de una discusión.

Durante las vacaciones de Navidad, Wittgenstein redactó el trabajo que Russell le había pedido. Tras leerlo, el maestro sentenció: «muy bueno, mucho mejor que lo que hacen mis alumnos ingleses..., le daré ánimos. Quizás haga grandes cosas». Y así fue como Wittgenstein dejó la ingeniería y se consagró a la filosofía, convencido de que no seguía un capricho, sino que en ese campo sería capaz de hacer alguna aportación que mereciera la pena.

Al final del trimestre, Wittgenstein ya había aprendido todo lo que Russell podía enseñarle sobre lógica matemática, razón por la cual este confiaba en que fuera su joven relevo para resolver los problemas lógicos pendientes para los cuales él se declaraba agotado tras el esfuerzo que le exigió la escritura de los *Principia Mathematica*.

Russell se convirtió en el supervisor del nuevo estudiante en el Trinity College de Cambridge. Fue entonces cuando Wittgenstein comenzó a estudiar formalmente con el profesor de lógica William Ernest Johnson (1858-1931), pero debido a las quejas de este acerca del peculiar carácter y la poco delicada actitud del austríaco, Wittgenstein decidió asistir a las clases de otro de los grandes filósofos de la época, George Edward Moore (1873-1958).

Con Russell, Wittgenstein fue asimilando toda una serie de

conceptos de lógica y de filosofía del lenguaje imprescindibles para articular su pensamiento filosófico: el atomismo lógico y sus consecuencias se convertirían en las herramientas que había estado buscando.

En una de las veladas que Russell celebraba en sus aposentos, Wittgenstein conoció a David Hume Pinsent (1891-1918), un estudiante de matemáticas de Cambridge a quien propuso colaborar en unos experimentos musicales. Ambos conectaron, se fueron juntos de vacaciones y tiempo después Wittgenstein le contó a Pinsent que el hecho de recibir ánimo de Russell le había salvado de sus últimos años de soledad, en los que no cesó de pensar en el suicidio y de sentir que estaba de más en este mundo, razón por la cual se había llegado a avergonzar de no haberse matado.

El atomismo lógico

Al igual que Frege, Russell fue consciente de la importancia del lenguaje en la filosofía y, consecuentemente, de la necesidad de analizar y revisar el vocabulario, la gramática y la sintaxis filosófica, con el objetivo de diagnosticar cualquier uso ilegítimo y evitar así que los errores lógicos conduzcan a una falsa metafísica.

Frente a la lógica monista hegeliana, que consideraba la realidad como un todo indivisible, expresión final de un único y unitario absoluto, Russell defendió una lógica pluralista y atomista que daba por supuesto que el mundo es una multiplicidad de cosas separadas. Frente a la lógica dialéctica de Hegel, Russell contrapuso una lógica formal.

Como consecuencia de esta visión del mundo, Russell adoptó el análisis lógico como forma de proceder. Así presentó su ontología y su metodología. El análisis es la búsqueda de los elementos últimos de los que podemos hablar. Una vez obtenido el resultado de ese

análisis, todas las imperfecciones lógicas que hayan sido puestas de manifiesto deberán ser contrastadas con un lenguaje lógicamente perfecto. Este lenguaje perfecto se caracteriza porque carece de cualquier ambigüedad y porque todas las palabras de todas las proposiciones se corresponden con uno y solo uno de los objetos simples. Ese «todas las palabras» exceptúa a términos tales como «si... entonces», «y», «o», los cuales son conectores lógicos y carecen de correspondencia directa con la realidad, en tanto que su función es permitir la composición de oraciones.

En su teoría del significado Russell aceptaba dos tipos de conocimiento: el conocimiento directo, o conocimiento por familiaridad, y el conocimiento no directo o conocimiento por descripción, que suma al dato sensible otro tipo de informaciones previas (recuerdos, demostraciones, etc.). El conocimiento directo aprehende los datos sensibles de un objeto, pero el conocimiento de dicho objeto no es directo, sino que combina esos datos sensibles con recuerdos, verdades y procesos de inferencia con el fin de construir un objeto lógico; esta combinación de factores constituye el conocimiento por descripción.

Los datos de los sentidos externos e internos, la memoria y el yo son la base de nuestro saber; por otra parte, a este puede reducirse todo nuestro conocimiento por descripción, de modo que cualquier proposición debe componerse de constituyentes con los que estemos familiarizados, es decir, los significados de las palabras son los objetos que conocemos directamente. Esta es otra de las características del lenguaje perfecto perseguido por Russell: la extensionalidad, es decir, que toda proposición compleja pueda descomponerse en proposiciones simples, de modo que la verdad o la falsedad de la proposición compleja sea una función de la verdad o la falsedad de todas las proposiciones simples que la conforman.

La implicación más importante de esta postura es que un lenguaje perfecto solo admite proposiciones sobre los hechos, pues

solo ellas pueden ser verdaderas o falsas, es decir, un lenguaje perfecto deja fuera de sí las oraciones que expresan preguntas, órdenes o deseos. Las proposiciones del lenguaje perfecto son oraciones indicativas y afirmativas, asertóricas o declarativas; solo estas, afirmaba Russell, son el vehículo de la verdad y la falsedad.

Estas proposiciones simples o atómicas se corresponden con hechos atómicos (los hechos percibidos por los sentidos), de aquí el nombre de «atomismo lógico». Russell pretendía así ir de la lógica a la metafísica a través de la filosofía del lenguaje.

El isomorfismo entre el lenguaje y el mundo

Para entender para qué sirve exactamente este descenso a lo más fundamental hay que tener en cuenta que Russell estaba dando por supuesto que lenguaje y mundo son isomórficos, es decir, que tienen la misma estructura y comparten, por tanto, una conexión esencial; solo así el análisis lógico del lenguaje permite pasar a la metafísica. Russell consideró que la lógica mantiene algún tipo de relación con la realidad, que tiene que ver con los rasgos más abstractos y generales del mundo; y que el resultado del análisis lógico debe depararnos una visión más exacta del mundo.

El principio de atomicidad de Russell implica que «todo juicio acerca de lo complejo puede ser analizado mediante un juicio sobre sus constituyentes». Por eso él mismo afirmó: «Toda filosofía bien fundada debe empezar con un análisis lógico de las proposiciones».

Hay que aclarar que dado que toda proposición molecular puede descomponerse en las proposiciones atómicas que la conforman y estas se corresponden con los respectivos hechos atómicos, no es necesario que existan hechos moleculares para que las proposiciones moleculares se conecten con el mundo.

El problema emerge con algunas proposiciones complejas que no

pueden ser reducidas a proposiciones atómicas, como es el caso de las proposiciones negativas, por ejemplo: «Ludwig no está vivo». O el caso de las proposiciones cuantificadas, ya sean generales o particulares. Tomemos, por ejemplo, una proposición cuantificada general como «Todos los humanos son mortales». Para demostrar su verdad o su falsedad tendríamos que afirmar de todos y cada uno de los seres humanos que van a morir: «Fulano es mortal», «Mengano es mortal», etc., pero al final de la enumeración no podríamos saber si nuestra enumeración ha incluido a todos, por lo que Russell añadió que «cuando se han enumerado todos los hechos atómicos del mundo, es un hecho ulterior acerca del mundo que esos son todos los hechos atómicos que hay en el mundo». Hay que concluir, por tanto, que además de los hechos atómicos, en el mundo también hay hechos generales.

Nombres y descripciones

Un ejemplo de proposición atómica que refleja un hecho atómico sería: «Esto es negro». Ese «esto» es un nombre propio en sentido lógico, un nombre propio de un particular. Pero los nombres propios de particulares en sentido lógico son distintos de lo que en nuestro discurso cotidiano llamamos «nombres propios», como pudieran ser «Wittgenstein» o «Platón». Esto es así debido a que esos nombres propios son usados para referirse a personas, planetas, etc., que no son conocidos por nosotros directamente, sino a través de una descripción: el autor del *Tractatus*, el fundador de la Academia. Estas descripciones tienen la forma «el tal»: el hermano más pequeño, el escritor más imaginativo.

Esta semántica presentaba a ojos de Russell algunos problemas, en tanto que un análisis lógico-sintáctico de dichas expresiones evidencia que no existe ningún «el tal». Para Russell, como para

cualquier seguidor del referencialismo acuñado por Frege, significar era referir, esto es, nombrar, etiquetar, estar en lugar de algo. Por eso las descripciones son un problema a resolver para el referencialismo: porque su significado no se reduce únicamente a nombrar los objetos, sino a nombrarlos de un determinado modo; a pesar de que ambas descripciones se refieren a Wittgenstein, no es lo mismo decir «el autor del *Tractatus*» que «el hijo menor de Karl Wittgenstein». Si las analizamos y las traducimos a la sintaxis de la lógica de primer orden tenemos que «para algún x (x es autor del *Tractatus*)». Así expresada, dicha expresión deja de ser un contraejemplo del referencialismo. Pero las descripciones no significan porque no son unidades semánticas mínimas, pues contienen unidades semánticas que no nombran, que no tienen referencia. Un ejemplo de ello: ¿a qué objeto se refiere «algún x»? Por eso, Russell concluyó: «Toda proposición que podamos entender debe estar compuesta exclusivamente por entidades de las cuales tengamos conocimiento directo».

Para que descripciones del tipo «para algún x (x es autor del *Tractatus*)» sean verdaderas tiene que existir un hombre, pero solo uno, que escribiera el *Tractatus*, es decir, se tiene que dar la existencia y el carácter único.

Ahora bien, hay otras descripciones, como por ejemplo «el actual rey de Francia es calvo» que, una vez analizadas y descompuestas en sus componentes fundamentales, muestran que no existe un x tal que x sea el actual rey de Francia y x sea calvo, porque hoy en día los franceses no viven bajo una monarquía. En este caso no hay ningún x que cumpla todas las condiciones, es decir, no se cumple el requisito de la existencia. Una de las características de este tipo de descripciones es que no son verdaderas, pero su contraria tampoco. Es decir, según el principio de tercio excluso, siempre ocurre que «p o no p», pero en nuestro caso no son verdaderas ni «el actual rey de Francia es calvo» ni su contraria «el actual rey de Francia no es

calvo».

Otro ejemplo de descripción que incumple las normas establecidas por el análisis de Russell es «el filósofo que bebe whisky escocés», porque aunque la podemos traducir a «existe un x tal que ese x es filósofo y bebe whisky escocés», no es solo uno el x que cumple las condiciones, sino que hay más de uno, por lo que en este caso sí se cumple el requisito de la existencia, pero no el del carácter único.

Un último caso de descripción que resulta problemática cuando la observamos con la lupa de sir Bertrand Russell es «el actual rey de Francia no existe», puesto que encierra una paradoja.

La Teoría de tipos

Como ya se ha dicho, Russell y Whitehead escribieron juntos los *Principia Mathematica*. Al igual que *Las leyes fundamentales de la aritmética* de Frege, este tratado intenta demostrar que las matemáticas son una rama de la lógica y procura dotar a las primeras de una base lógica firme, construyendo la serie de los números naturales a partir de conceptos lógicos como «clase», «identidad», «pertenencia» o «equivalencia». El problema reside en considerar las clases como clasificables, es decir, como susceptibles de ser miembros de otras clases. La pregunta es: ¿puede una clase ser miembro de otra? Y la respuesta es doble: sí, la clase de las clases, y no, el resto de las clases.

Aquí se abre una división entre las clases: las clases normales, que no se contienen a sí mismas (por ejemplo, el conjunto de las cosas que son libros no es un libro), y las clases singulares, que se contienen a sí mismas (por ejemplo, el conjunto de las cosas que no son libros no es un libro, y por tanto es parte del conjunto de las cosas que no son libros).

¿NORMAL O SINGULAR? LA PARADOJA DE RUSSELL

Para Russell existían dos tipos de clases: las normales, aquellas que no se contienen a sí mismas, como el conjunto o clase de las cosas que son libros (Fig. 1), y las clases singulares, aquellas que se contienen a sí mismas, como el conjunto o clase de las cosas que no son libros (Fig. 2). Pero ¿qué ocurre si se asciende un nivel, y en vez de clases de cosas, se plantea hacer clases de clases? Por ejemplo, ¿qué ocurre con la clase de las clases que no se contienen a sí mismas? Pues que según la clase de clases que se analice se llega a una paradoja. Tomemos una clase A que contiene a las clases que no se contienen a sí mismas. Como no se contiene a sí misma, la clase A sería una clase del tipo normal. Pero si no se contiene a sí misma, debería formar parte de la clase de las clases que no se contienen a sí mismas, es decir, debería ser miembro de A, y por tanto, ser una clase singular, es decir, contenerse a sí misma. Pero si se contiene a sí misma, no puede formar parte de la clase de clases que no se contienen a sí mismas. Es decir que para ser normal debe ser singular y viceversa.

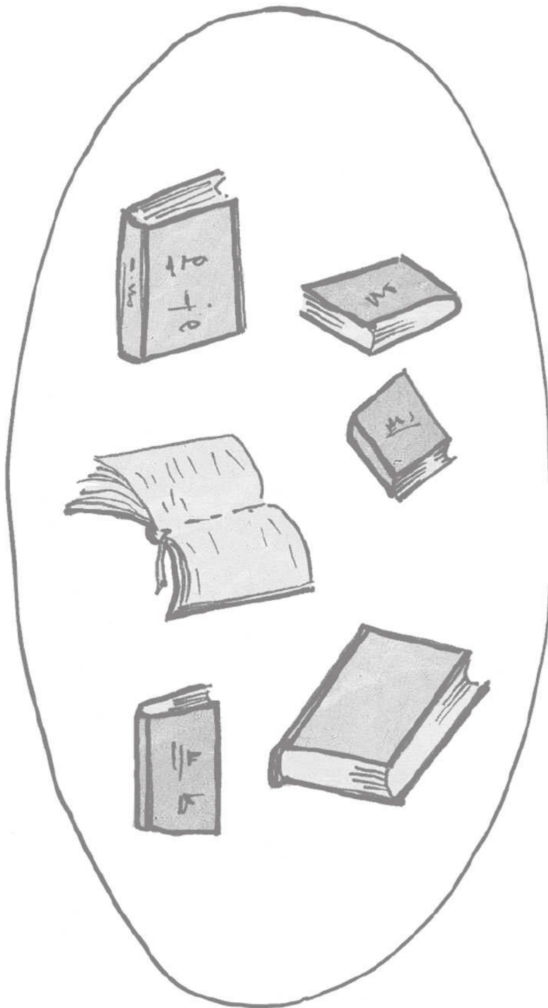


Fig. 1

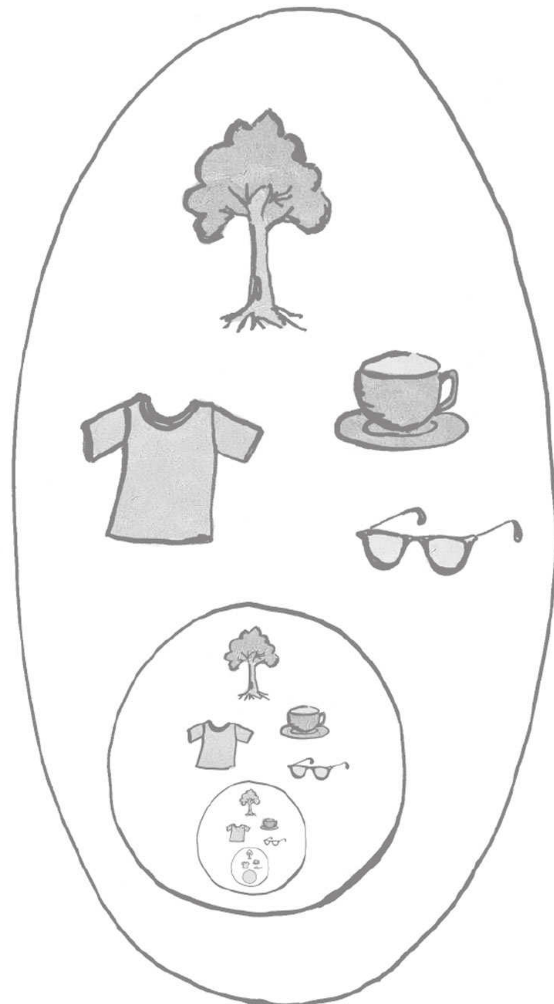
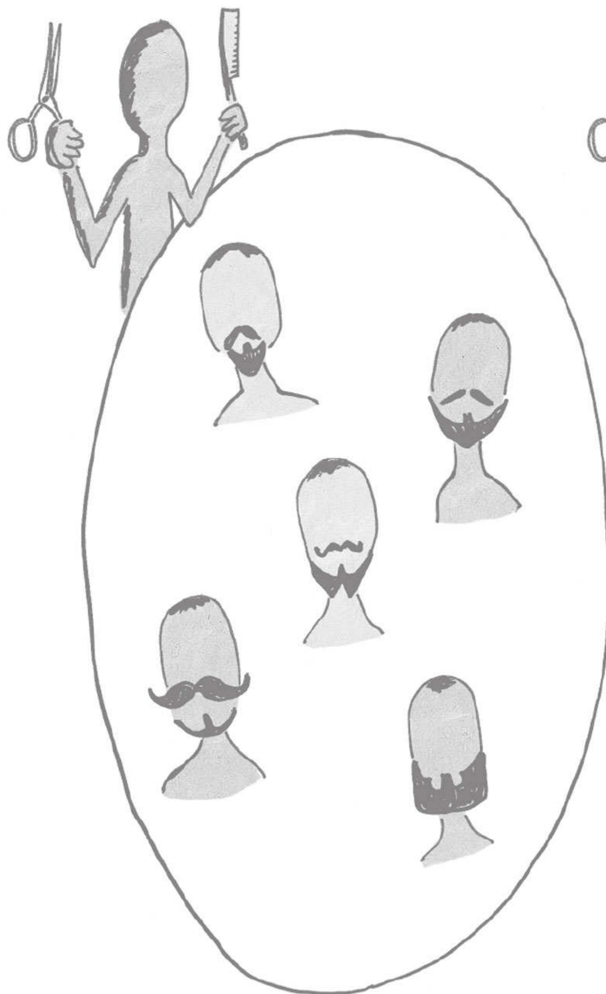
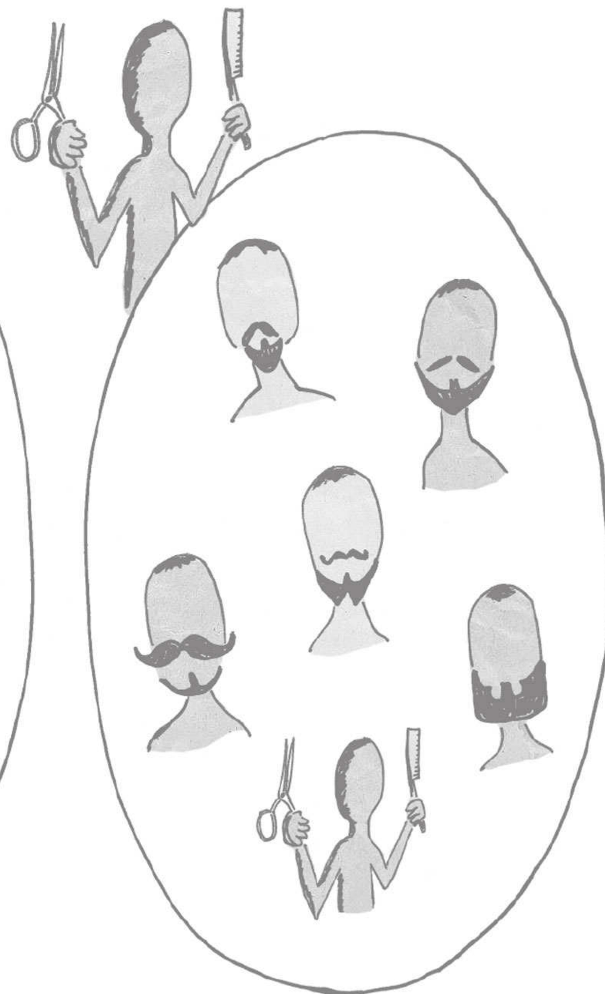


Fig. 2

¿Afeitarse o no afeitarse? He ahí la cuestión

La Paradoja de Russell también se llama paradoja del barbero: el único barbero de un pueblo tiene la orden de afeitar únicamente a los miembros del conjunto de hombres que no pueden afeitarse a sí mismos (Fig. 3). Si él no puede afeitarse a sí mismo, debería formar parte de dicho conjunto (Fig. 4), pero eso significaría que debería afeitarse a sí mismo, lo que lo excluiría de la clase de personas a las que debe afeitar. La conclusión paradójica es que el barbero debe y no debe afeitarse a sí mismo.


Fig. 3


Fig. 4

La Paradoja de Russell pone en cuestión la definición del concepto de conjunto como grupo definido por una propiedad común. La solución que propuso es lo que se conoce como la «Teoría de tipos» o «teoría de las clases»: las clases no son como los individuos, no son objetos clasificables; clases e individuos son tipos lógicos diferentes. El primer tipo son individuos; el segundo tipo, clases de individuos; el tercer tipo, clases de clases de individuos. De esta manera, ninguna clase es miembro de sí misma. Pero esto

tampoco satisfizo a Russell, quien reconoció que no había conseguido hallar la solución al problema de los fundamentos del razonamiento.

Como conclusión y resumen sobre el período de formación intelectual de Wittgenstein, cabe decir que el austríaco retomó los problemas conceptuales existentes en la Viena de comienzos del siglo XX y se enfrentó a ellos de manera peculiar, una vez que hubo tratado a Frege y a Russell y tras heredar de ellos las herramientas lógicas que le permitirían, ya en plena Primera Guerra Mundial, escribir el *Tractatus*. La que hoy en día sigue siendo su obra más conocida nace de una preocupación ética, aunque esté escrita en un lenguaje lógico. Dicha preocupación ética, explicitada por el propio Wittgenstein en varias ocasiones, puede traducirse en la necesidad de separar los hechos de los valores y marcar al lenguaje un límite que separe aquello que podemos describir de todo aquello que sobrepasa la capacidad representativa de las palabras y que no está supeditado a las limitaciones formales de la lógica ni a las de la ciencia.

EL ANÁLISIS LÓGICO
DEL LENGUAJE

Tras aquel trienio pasado por Wittgenstein en Manchester, tendrían que transcurrir otros veinte años hasta que el filósofo vienés volviera a residir tanto tiempo en un mismo lugar. Su vida fue desde entonces un continuo vaivén: en 1911 y 1912 estuvo en Cambridge (Reino Unido) y en Austria; en 1913 se instaló en Noruega y en 1914, con motivo del estallido de la Primera Guerra Mundial, regresó a Austria.

A pesar de haber sido declarado incapacitado para el servicio militar a causa de una hernia, una semana después del comienzo de la guerra, Wittgenstein se alistó como voluntario en el ejército austríaco, donde desempeñó diversas funciones y ganó condecoraciones, pero sobre todo hizo algo inaudito: escribió una obra que cambiaría la historia de la filosofía contemporánea y que lo convertiría en autor de referencia, primero, y de culto, después: el *Tractatus logico-philosophicus*.

En contra de todos los lugares comunes sobre el filósofo encerrado en su torre de marfil, Wittgenstein escribió su obra maestra durante la guerra, en las trincheras. El carácter solitario e individual de sus obligaciones y la repercusión anímica y moral de sus experiencias (solicitó, por ejemplo, combatir en primera línea del frente para descubrir el límite de la vida y hacerse un hombre más decente), se vieron reflejados de algún modo en la obra, ya que,

como él mismo aseguraba, sus problemas personales aparecían en la filosofía que escribía.

Durante los más de cuatro años que duró la guerra, Wittgenstein no solo fue tomando notas en varios cuadernos a partir de los que se gestaría el *Tractatus* (apuntes que se conservan y fueron publicados bajo el título de *Diario filosófico 1914-1916*, a pesar de que él mismo ordenó destruirlos), sino que además fue condecorado dos veces por su valor, aunque se dice que su hazaña de guerra más valerosa fue escribir el *Tractatus*.

LOS LÍMITES DEL LENGUAJE

La filosofía analítica considera que todos los problemas filosóficos son problemas lingüísticos. Desde ese punto de partida, Wittgenstein se propuso resolver en el *Tractatus* todos los problemas filosóficos y demostrar que se deben a que no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje. Por eso mismo es necesario trazar un límite al lenguaje, para saber sobre qué podemos hablar y sobre qué no, qué temas puede abordar la filosofía con sentido y sobre qué cuestiones no puede manifestarse debido a las limitaciones impuestas por la propia lógica del lenguaje.

Esto no debe ser entendido, sin embargo, como una prohibición, sino como una demarcación del límite más allá del cual nos precipitamos en el sinsentido. Una vez realizada la tarea, aseguraba Wittgenstein, los problemas filosóficos desaparecerían, se disolverían, dejarían de existir.

Sin embargo, lejos de cualquier actitud de júbilo, Wittgenstein advertía ya en el prólogo del *Tractatus* de que casi nada se avanzaría en realidad con la resolución de estos problemas, pues, en su opinión, todas las cuestiones existenciales más importantes seguirían en pie: el sentido del mundo, la muerte, la voluntad, el sujeto, Dios, etc., todo aquello que ha mantenido ocupada a la metafísica tradicional contra la que se levantó Wittgenstein y sobre lo que nada se puede decir sin caer en el sinsentido.

Wittgenstein diferenciaba, en definitiva, entre problemas filosóficos, que se disuelven en cuanto reconocemos la lógica del lenguaje que los expresa, y los problemas esenciales o existenciales que atormentan con preguntas y dudas a todo ser humano, con independencia de que se dedique o no a la filosofía. De ahí que la séptima y última proposición del *Tractatus* rece: «De lo que no se

puede hablar, se debe callar».

El Tractatus*: una aproximación*

El *Tractatus* es una obra filosófica relativamente breve; está compuesta por unas 20.000 palabras. Y a diferencia de los tratados filosóficos usuales, escritos en una prosa de largas y complejas oraciones construidas a base de subordinadas, el *Tractatus* tiene una estructura muy clara, dividida en siete proposiciones principales muy concisas. Por ejemplo, la primera es «El mundo es todo lo que acaece».

Estas proposiciones fundamentales están numeradas del 1 al 7 y son complementadas por proposiciones secundarias que dependen de ellas, lo que se evidencia tanto en la numeración como en el contenido: por ejemplo, la 1.1 aclara que «El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas».



La guerra marcó la filosofía de Wittgenstein, que buscó durante toda su vida la actitud adecuada que hiciera de su existencia una experiencia valiosa. Voluntario del ejército austríaco, el filósofo quiso combatir en primera línea; en aquellas trincheras daría forma a las notas para escribir el *Tractatus*. En la foto, detalle del frente del Vístula en 1915.

Este estilo aforístico hace que quien se enfrenta por vez primera a su lectura tenga que superar muchas dificultades de comprensión, debido precisamente al hecho de que los enunciados sean muy sintéticos y nada explicativos, y que respondan, si bien de forma implícita, a las cuestiones filosóficas específicas del primer cuarto del siglo XX. A esto se le suma la dificultad propia de todo texto filosófico, esto es, la utilización de un vocabulario con el que hay que familiarizarse.

A pesar de que el *Tractatus* es una obra de filosofía del lenguaje, su contenido abarca, por la propia naturaleza del planteamiento de Wittgenstein, la ontología, la epistemología o la teoría del conocimiento, la lógica, la teoría de la ciencia, la ética, la estética y la religión.

Tras diversos rechazos editoriales, el *Tractatus* se publicó, por fin, en 1921, en alemán, en la revista *Annalen der Naturphilosophie*, y un año después, en 1922, en alemán e inglés por Routledge & Kegan Paul, lo que inauguró la tradición de las ediciones bilingües del *Tractatus* en alemán y otro idioma. Tras rechazar varias sugerencias de títulos, como por ejemplo «Lógica filosófica», Wittgenstein aceptó la propuesta del filósofo George Edward Moore de publicar su obra bajo el nombre de *Tractatus logico-philosophicus*, que remite al *Tractatus theologico-politicus* de Baruch Spinoza.

EL LENGUAJE COMO ESPEJO DEL MUNDO

La filosofía de Wittgenstein tiene como objetivo, como se ha visto, establecer claramente los límites del lenguaje, o dicho de otro modo, delimitar o definir hasta dónde puede llegar el lenguaje. Para avanzar en esa dirección, el primer paso será descubrir cómo es la relación entre el lenguaje y el mundo, y en qué se basa.

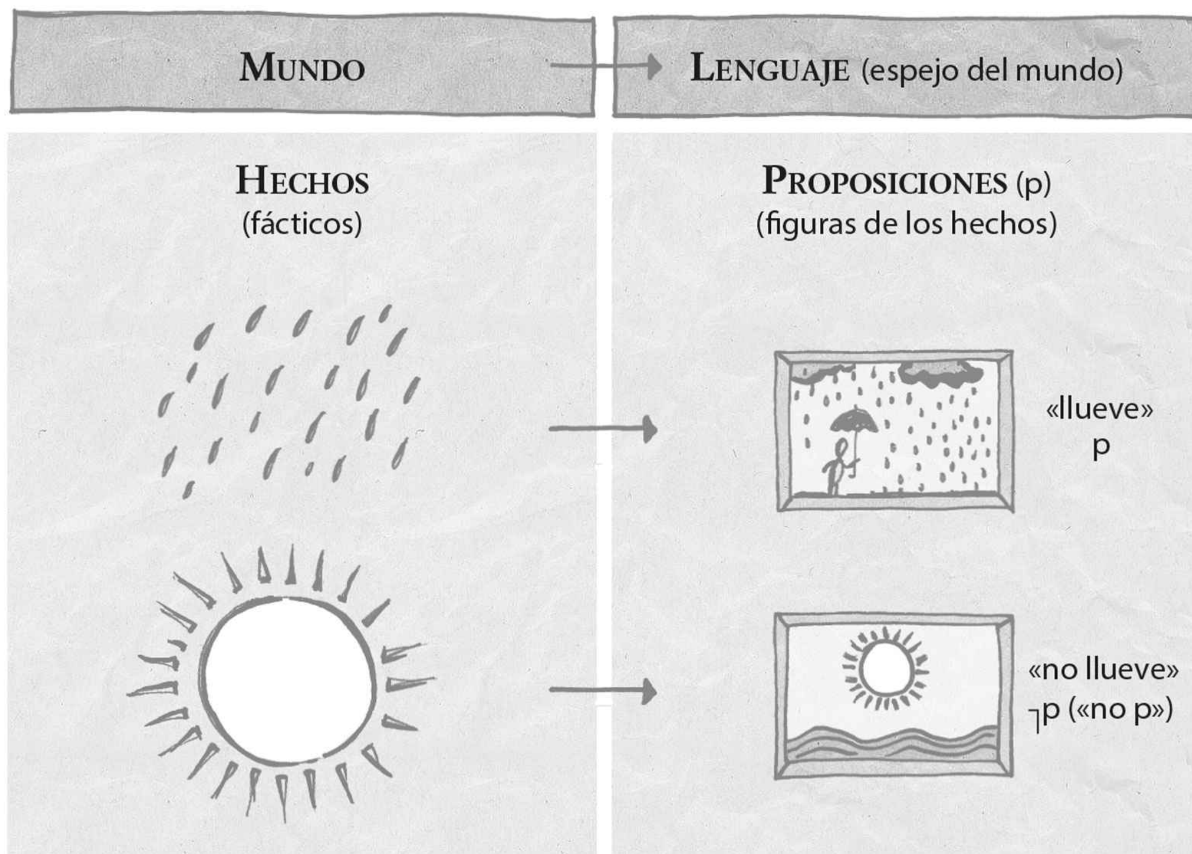
Un mundo fáctico

Cuando Wittgenstein se refiere al «mundo» (*Welt*) hace referencia a «los hechos» (*Tatsachen*), a lo que acaece, lo que ocurre, lo que sucede, lo fáctico. Por lo tanto, todo aquello que no sea un hecho quedará fuera de los límites del mundo. Por esto mismo será tan importante la noción de «límite» (*Grenze*), porque hay que saber dónde está el límite que separa los hechos del mundo de todo lo que no son hechos y, por tanto, no pertenece al mundo, sino que cae fuera del mismo. Porque solo lo que queda dentro de los límites del mundo puede ser dicho con sentido; solo los hechos pueden ser expresados mediante las proposiciones. Usando el lenguaje podemos decir si llueve o no llueve, porque que llueva es un hecho, y que no llueva es otro hecho. Pero nuestras conversaciones y nuestros pensamientos no tratan solo del clima, ni nos limitamos a hablar únicamente de los hechos que acaecen en el mundo. También nos preocupan y nos interesan cuestiones existenciales, religiosas, éticas, estéticas: si la vida tiene algún sentido, si existe o no algún tipo de divinidad, y en caso afirmativo, cuál es su relación con nosotros; si hay algo más allá de la muerte, cómo debemos convivir con los demás, si hay unos valores más importantes que otros, etcétera.

Pues bien, todas estas cuestiones a las que nos conducen nuestras cavilaciones cuando sobrepasamos el límite de los hechos, para Wittgenstein no son más que pseudoproposiciones, es decir, el mal estado en el que queda el lenguaje como resultado de haber sobrepasado los límites de lo que se puede decir con sentido.

Pero todo eso es sobre lo que han versado la teología, la filosofía, la ética y la estética desde hace cientos de años. Efectivamente, la de Wittgenstein fue una cruzada contra la metafísica tradicional, ocupada durante tantos siglos en objetos que están fuera del mundo, como Dios o los universales. Porque lo que a Wittgenstein le interesa no son los objetos separados, las meras enumeraciones de objetos, sino, precisamente, las conexiones que tienen las cosas entre sí, los «estados de cosas» (*Sachverhalten*); dicho de otro modo, le interesa no cuántos eslabones conforman una cadena, sino el orden de esos eslabones en esa cadena, cuál precede y cuál antecede a cuál. La traducción de esto al lenguaje es que, aunque contengan exactamente los mismos elementos, no es lo mismo decir «el tenedor está a la derecha del cuchillo» que «el cuchillo está a la derecha del tenedor»; como tampoco es lo mismo decir «Ludwig quiere a David» que «David quiere a Ludwig». Decir «hay cosas» o «hay n cosas» no interesa porque no aporta ninguna información: que hay objetos ya se muestra en los nombres, y la cantidad de objetos que hay se muestra en la cantidad de nombres. Lo que interesa es la relación o combinación (*Verbindung*) de los objetos.

Para que el lenguaje pueda decirnos algo acerca del mundo y de los hechos que en él acaecen, ambos, lenguaje y mundo, deben compartir una misma estructura. Por eso se dice que debe haber un isomorfismo estructural entre el lenguaje y el mundo, entre lo que hay y lo que decimos de lo que hay, y que el lenguaje es el espejo del mundo, porque para el Wittgenstein del *Tractatus*, la única función del lenguaje es la de representar los hechos del mundo, reflejarlos.



En virtud del isomorfismo entre mundo y lenguaje, a cada cosa le corresponde un nombre, y a cada hecho atómico, una proposición atómica.

Los límites de la metafísica

El problema del lenguaje de la metafísica tradicional y de prácticamente toda la historia de la filosofía es que no ha cumplido ciertos requisitos en cuanto a estructura lógica y contiene elementos a los que no se ha dotado de significado o son equívocos, por lo que su análisis no arrojará ninguna información sobre el mundo. La progresiva formalización del lenguaje a la que contribuyeron los filósofos interesados por la lógica, como Aristóteles, Leibniz, Frege, Russell y Wittgenstein, no aspira a implantar un lenguaje perfecto que

elimine y sustituya nuestro lenguaje cotidiano, de modo que todos nos veamos obligados a utilizar símbolos lógicos en nuestra comunicación diaria, sino a perfeccionar los procesos de razonamiento y argumentación filosófica, a evitar los malentendidos y a arrojar luz sobre cómo es el mundo, esto es, sobre lo que los filósofos llaman la ontología. Si, como Wittgenstein, partimos de la premisa de que «el lenguaje disfraza el pensamiento», reflexionar sobre cómo nos comunicamos y seguir los pasos del método analítico debería ayudarnos a deshacer los nudos y a hacer caer los disfraces, ofreciéndonos así una visión más clara de lo que hay y de las relaciones que se dan entre sus elementos más simples.

La teoría pictórica del significado

Las proposiciones tienen un sentido definido solo si hay cosas, objetos o simples —Wittgenstein los llama de las tres formas— que ya no pueden ser analizados, que solo existen formando parte de un hecho y que son nombrados por signos simples.

Su teoría pictórica del significado afirma que «nos hacemos figuras de los hechos». Parece ser que esta idea se le ocurrió durante la Primera Guerra Mundial, en 1914, hojeando una revista que daba noticia de cómo en los tribunales de París se utilizaban coches de juguete para reproducir los accidentes de tráfico. Por eso no interesa solo enumerar los objetos, por ejemplo, un coche y un camión, sino que lo importante es conocer cuál es su relación, la posición relativa de uno respecto del otro, es decir, saber cuál de los dos se saltó el *stop* o el semáforo del cruce en el que se produjo el choque.

Cuando decimos que «nos hacemos figuras de los hechos», esas figuras o retratos pueden ser una proposición, un dibujo, una fotografía, un mapa, una partitura musical, una escultura, etc.; por lo tanto, cuando decimos que «el lenguaje representa el mundo» nos

referimos al lenguaje oral, escrito, de signos, pictórico, musical, etc. Pero para que las figuras de cualquiera de todos estos lenguajes puedan representar el mundo, deben cumplir unos requisitos, o, dicho de otro modo, el hecho debe tener algo en común con lo figurado.

Según Wittgenstein, la relación que los elementos de la figura tienen entre sí es su estructura. Wittgenstein llama «forma de figuración» (o «forma de representación» o «forma pictórica») a la posibilidad de que las cosas del mundo se relacionen entre sí de igual modo que los elementos de la figura. Por ejemplo, en el caso de la reconstrucción de los accidentes de tráfico, lo importante será que los coches y camiones de juguete reproduzcan fielmente las posiciones relativas de los coches y camiones de verdad, es decir, que emulen en tres dimensiones la situación a escala. La forma de representación hace referencia a la posibilidad de que en el mundo haya una estructura de objetos como la que se da entre los elementos de la representación, la posibilidad de que la representación sea verdadera. Dicho de otro modo: toda representación se corresponde con un hecho y es verdadera en algún mundo posible.

La teoría pictórica del significado se basa, por tanto, en la existencia de una «relación figurativa» o «relación pictórica», términos que expresan la coordinación de los elementos de la figura con los elementos de la cosa, algo así como los «tentáculos», dice Wittgenstein, que salen de la representación hacia la realidad, como proyectándose. Por debajo de esa relación entre lenguaje y mundo, debe haber, según Wittgenstein, una «forma lógica», algo que toda figura debe tener en común con la realidad para poder figurarla. Dado que la forma lógica no es un hecho, no se puede representar, solo se puede mostrar. Por ejemplo: es posible hacer una foto de una madre y es posible hacer una foto de su hija, pero no es posible hacer una foto del parecido que guardan entre sí madre e hija. El parecido, como la forma lógica, se muestra, pero no se puede representar.

La realidad es representable en la medida en la que tiene una forma lógica, que es la misma que exhibe toda representación por el

hecho de serlo. La forma lógica es la formulación más explícita del isomorfismo lenguaje-mundo; contiene sin ninguna determinación ni propiedad la posibilidad de que lo representado exista. La forma lógica no es parte del sentido de la representación ni se puede representar, solo puede mostrarse.

Decir y mostrar

La diferencia entre «decir» (*sagen*) y «mostrar» (*zeigen*) es fundamental para comprender el sentido y la intención de la filosofía de Wittgenstein al escribir el *Tractatus*. Resulta muy ilustrativo al respecto conocer sus palabras al leer un poema del alemán Ludwig Uhland, titulado «El espino del conde Eberhard». Tras leerlo, Wittgenstein exclamó entusiasmado que casi todos los demás poemas intentaban expresar lo inexpresable, pero no así aquel, y precisamente por ello lo conseguía: solo al no intentar expresar lo inexpresable conseguimos que nada se pierda. «¡Pero lo inexpresable estará —inexpresablemente— *contenido* en lo que ha sido expresado!»

Para Wittgenstein, la lógica establece las posibilidades de combinación de los objetos y las proposiciones, y marca el límite del mundo; los límites de la lógica son los límites del mundo, pero para hablar de la lógica hay que salir del mundo, lo cual no significa que la lógica constituya un mundo aparte, sino que es el armazón del mundo.

La lógica no dice nada sobre el mundo ni describe los hechos; por esa razón, las proposiciones lógicas no son propiamente proposiciones, sino solo pseudoproposiciones, y, como tales, carecen de sentido (aunque, a diferencia de las pseudoproposiciones metafísicas, no son un completo sinsentido).

Hay dos casos extremos de pseudoproposiciones lógicas. Las

tautologías no dicen nada del mundo, sino que son verdaderas siempre y en todos los casos independientemente del mundo. Por ejemplo, la afirmación: «llueve o no llueve» (p o no p) siempre es lógicamente verdadera, llueva o no llueva. Por el contrario, las contradicciones son falsas en todos y cada uno de los casos independientemente del mundo, por ejemplo, la afirmación: «siempre llueve y no llueve» (p y no p).

La verdad de las tautologías es cierta; la de las contradicciones, imposible, y la de las proposiciones, posible. Solo hay necesidad lógica e imposibilidad lógica; no hay proposiciones necesariamente verdaderas, ni leyes científicas, solo hipótesis (el principio de causalidad o el principio de razón suficiente versan no sobre el mundo, sino sobre nuestro aparato conceptual).

Las proposiciones y el mundo

En *Lógica y conocimiento*, obra publicada en 1956, que recopila sus ensayos de 1901 a 1950, Russell afirmó que para cada hecho hay dos proposiciones, una verdadera y otra falsa, lo que Wittgenstein tradujo del siguiente modo: «Una proposición tiene que fijar la realidad en un sí o en un no». Es como si cada proposición tuviera dos polos, uno positivo (verdadero, V) y uno negativo (falso, F), y solo uno de ellos se activará en contacto con el mundo.

Según Wittgenstein, cuando entendemos una proposición lo que hacemos es captar su sentido (que es algo que la proposición nos muestra), es decir, sabemos qué tendría que suceder para que dicha proposición fuera verdadera y qué tendría que ocurrir para que fuera falsa, pero hasta que no la contrastamos con los hechos no podemos saber si es verdadera o falsa.

Si estuviéramos encerrados en un búnker y alguien dijera «llueve» podríamos entender el significado de dicha oración, pero hasta que

no saliéramos del búnker no podríamos saber si dicha afirmación era verdadera o falsa. Y esto es extensible a todas las proposiciones con sentido: no hay proposiciones verdaderas a priori (lo cual es una crítica a los juicios sintéticos a priori de Kant), todas deben ser comparadas con los hechos del mundo para saber si los reflejan fielmente, para saber si hay una correspondencia entre las proposiciones y los hechos, si se da una concordancia entre el lenguaje y el mundo.

Pero como nuestra vida no se reduce a oraciones afirmativas tan sencillas como «llueve», sino que solemos utilizar oraciones mucho más complejas, lo que debemos hacer, según Wittgenstein, si queremos descubrir si son verdaderas o falsas, es descomponerlas en sus componentes más sencillos. En eso precisamente consiste el método del análisis, en dividir el lenguaje hasta llegar a sus componentes más simples.

Una vez que tenemos todas las proposiciones atómicas, adjudicamos a todas y cada una de ellas el valor que a cada una le corresponda, V o F, según su correspondencia o no correspondencia con los hechos del mundo, y operamos con ellas hasta llegar al resultado final, que nos desvelará si la proposición compleja de la que partimos es verdadera o falsa. Para ello nos valemos de las tablas de verdad.

Independientemente de que las proposiciones sean verdaderas o falsas, para Wittgenstein «todas las proposiciones valen lo mismo». Esta aseveración, con su neutra apariencia, resultó explosiva en su momento, puesto que de ella se deriva que la proposición «he colgado un cuadro» y la proposición «he colgado a un hombre» tienen el mismo valor: ambas se limitan a describir un hecho, por muy distinto que pueda ser el uno del otro en cualquier escala legal, moral, ética o religiosa.

No menos polémica fue otra de las consecuencias que se extraen de su propuesta: si solo tienen sentido las proposiciones que figuran hechos del mundo y esas proposiciones son producción exclusiva de

las ciencias naturales, todas las proposiciones filosóficas que versan sobre objetos ajenos a lo fáctico no son más que pseudoproposiciones, sinsentidos y malentendidos, nudos provocados por no haber comprendido la lógica de nuestro lenguaje. Por tanto, ¿qué debe hacer la filosofía si no puede hablar ni sobre el mundo, que solo es objeto de la ciencia, ni sobre lo que queda fuera del mundo, pues tal cosa implicaría caer en el sinsentido? La respuesta de Wittgenstein fue taxativa: guardar silencio. La filosofía no es una teoría ni una doctrina, sino una actividad: la de deshacer los nudos forjados durante tantos siglos. El mundo es la totalidad de los hechos. El lenguaje es la totalidad de las proposiciones (con sentido) verdaderas y falsas. La ciencia natural es la totalidad de las proposiciones (con sentido) verdaderas.

LO QUE NO ESTÁ EN EL MUNDO

La sensación de aislamiento de Wittgenstein fue aumentando a medida que avanzaba la guerra: quienes en algún momento le habían ayudado a superar su soledad antes de la contienda, como Russell, Pinsent o el economista John Maynard Keynes (1883-1946), autor de *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, estaban todos en el bando aliado. Por sus *Diarios secretos* sabemos que al menos entre octubre de 1914 y julio de 1916 recibió postales y cartas de su madre y de varios de sus amigos. En la primavera de 1916, tras casi dos años de guerra, se produjo un giro en la vida de Wittgenstein como soldado: fue trasladado a primera línea. Así lo recogió en la entrada del 15 de abril de ese año de sus *Diarios secretos*: «Dentro de ocho días marcharemos a la posición de fuego. ¡Ojalá se me permita poner en juego mi vida en una misión difícil!». Y a primeros de mayo continuó: «Solo entonces comenzó la guerra para mí. Y —quizás— incluso la vida. Quizá la proximidad de la muerte traiga luz a la vida. Dios me ilumine».

LAS TABLAS DE VERDAD

Según Wittgenstein, la adjudicación de valores V o F a las proposiciones se puede hacer a partir de las proposiciones atómicas, con todas las operaciones que queramos llevar a cabo: conjunción, disyunción, negación, implicación (Tabla 1). Por ejemplo, si le propusiéramos a un amigo irnos de viaje un fin de semana y nos respondiera «no sé si he cobrado hoy la nómina o no; voy a mirarlo y, si he cobrado y tengo dinero, nos vamos», podríamos descomponer su respuesta en las siguientes proposiciones atómicas:

«tengo dinero» = p
«nos vamos» = q

Y la estructura lógica de lo que nos dice nuestro amigo sería:

«si p, entonces q» (p → q)

Es decir, primero se tiene que dar una condición, que nuestro amigo haya cobrado y, por tanto, tenga dinero (p), para que se dé el resultado final que deseamos, que es irnos juntos de excursión el fin de semana (q). Ahora solo faltaría que nuestro amigo comprobara en su cuenta bancaria si ha cobrado o no. Si ha cobrado, es decir, si p es verdadero, entonces q también será verdadero y nos iremos de viaje. Pero si no ha cobrado y no tiene dinero, es decir, si no p, si p es falso, entonces (→) q también será falso y no nos iremos de viaje.







		Conjunción	Disyunción	Negación	Implicación
p	**q**	**p y q**	**p o q**	**¬p**	**p → q**
F	**F**	F	F	V	V
F	**V**	F	V	V	V
V	**F**	F	V	F	F
V	**V**	V	V	F	V

Tabla 1

Tautología y contradicción

Por el contrario, las tablas de verdad de una tautología (Tabla 2) o de una contradicción (Tabla 3) arrojan siempre un mismo resultado, con independencia de la verdad o falsedad de las proposiciones atómicas que las compongan (es decir, con independencia de lo que pase en el mundo). Por eso son pseudoproposiciones y no nos dicen nada del mundo. Por

ejemplo, «Llueve o no llueve» es una tautología y será siempre verdadera tanto si llueve como si no; y «llueve y no llueve» es una contradicción y será siempre falsa, pase lo que pase, como puede verse en las correspondientes tablas de verdad:

Tautología

p	¬p	p o ¬p
F	V	V
V	F	V

Tabla 2

Contradicción

p	¬p	p y ¬p
F	V	F
V	F	F

Tabla 3

Estar cerca de la muerte se convirtió en una necesidad para el filósofo vienés. Prueba de ello es la siguiente anécdota: tras haber estado enfermo y débil, su comandante le comunicó que, de seguir así, sería enviado de vuelta a la retaguardia; Wittgenstein anotó en su diario, el 2 de abril de 1916: «si eso ocurre, me quitaré la vida».

Después de haber sido un blanco perfecto como único responsable del reflector de la patrullera *Goplana*, que navegaba en el río Vístula, Wittgenstein pasó a ocupar otro cargo igualmente

solitario y aún más peligroso: hacer guardia en un puesto de observación. Las anotaciones de esa época en este tercer cuaderno reflejan un cambio: casi la totalidad de las entradas hace alusión, en primer lugar, a la desesperación, las tinieblas, la tortura y el tormento; en segundo lugar, a la muerte como límite de la vida y, finalmente, a la necesidad de Dios, de ser iluminado, ayudado, asistido y redimido por Él.

Cuando avistó por primera vez al enemigo y estuvo cara a cara con la muerte, consideró la ocasión como la oportunidad de comenzar a ser un ser humano decente. El 11 de junio, durante la ofensiva rusa, una de las fases más duras de toda la Primera Guerra Mundial, Wittgenstein interrumpió su reflexión sobre lógica y se preguntó: «¿Qué sé de Dios y del propósito de la vida?». Este viraje vital se vio reflejado en su pensamiento filosófico, recogido en las últimas proposiciones del *Tractatus*, que se centran en cuestiones sobre el sentido de la vida, la voluntad, la ética, la estética y Dios.

Lo que no se vio interrumpido en esas circunstancias, sino que incluso se fortaleció, fue la convicción de Wittgenstein, expresada en múltiples ocasiones, de «vivir en lo bueno y en lo bello hasta que la vida acabe por sí misma». La lógica es el límite del mundo, «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo» y la muerte es el límite que da forma y «significado a la vida». Como un Sócrates imperturbable ante el veredicto que lo condenó a muerte, Wittgenstein escribía el 8 julio que «el miedo ante la muerte es el mejor signo de una vida deshonesta». Al igual que la lógica, la ética es trascendental: es una condición del mundo, pero no trata del mundo. Lo mismo ocurre con el sujeto al que se le atribuyen pensamientos, sentimientos o voluntad: es una condición del mundo, pero no está en el mundo, sino en su límite. Es como el ojo, que no pertenece al campo visual, pero es lo que lo hace posible.

ARROJAR LA ESCALERA

A lo largo de su *Tractatus*, Wittgenstein nos invita en varias ocasiones al silencio: cuando afirma que la filosofía no tiene nada que decir, pero sí mucho que hacer, y cuando sentencia que sobre lo que no se puede hablar es mejor callar. Hay cosas que no se pueden decir y que solo se pueden mostrar, como la forma lógica o el sentido de una proposición, pero también todas aquellas cosas sobre las que no hay que hablar porque hacerlo solo conducirá al sinsentido y al absurdo.

La lectura del *Tractatus* es lo más parecido a la lucha del escalador consigo mismo o a la soledad del corredor de fondo, siempre al borde del abandono. El *Tractatus* es duro con el lector, exige una modificación tan radical como repentina de los hábitos filosóficos. Obliga a asumir las nuevas limitaciones que introduce en la filosofía tal y como la conocíamos hasta comienzos del siglo XX, si bien se trata de limitaciones del sentimiento, no del entendimiento. Induce a empezar a pensar como Wittgenstein, pues de lo contrario no se entenderá nada.

Por último, está la proposición final, la 7, tan citada como incomprendido el *Tractatus*. La famosa incitación a guardar silencio sobre lo que no se puede hablar no ha cesado de despertar discusiones en torno a si ese silencio al que se nos conmina es un silencio sobre algo, lo más importante, aquello que no se deja decir, o es un silencio sobre nada.



EL MAL DE UNA ÉPOCA

La vida de Ludwig Wittgenstein estuvo marcada permanentemente por la sombra de la muerte, y más concretamente del suicidio, en el que pensó seriamente en más de una ocasión como una opción válida para escapar de una existencia mediocre. De hecho, en la Viena de la época, entre las clases altas, el suicidio se convirtió casi en una epidemia, un

fenómeno social que el pintor Edouard Manet plasmó en *El suicida* (1877). Además de los suicidios de sus tres hermanos, Wittgenstein vivió de cerca las muertes voluntarias de Otto Weininger, autor de *Sexo y carácter*, obra que admiraba; Ludwig Boltzmann, con quien Wittgenstein hubiera querido estudiar, y Otto Mahler, hermano del compositor, asiduo de las veladas musicales en la mansión Wittgenstein.

Pero la proposición que más desorienta al lector por sus implicaciones, y también por ser menos conocida que la séptima y última, es justamente la penúltima, la 6.54. En ella, Wittgenstein reconoce que sus proposiciones son absurdas, al menos para quien las entiende y, por tanto, «tiene que arrojar la escalera después de haber subido por ella». Es decir, tras leer el *Tractatus*, no solo no volveremos a entender la filosofía como se ha hecho en los últimos veinticinco siglos, no solo deberemos guardar silencio sobre todo aquello sobre lo que la filosofía ha versado en estos aproximadamente dos mil quinientos años, sino que además tendremos que arrojar la escalera sobre la que hemos avanzado, tirarla, prescindir de ella, reconocerla como inútil en adelante. Tan concentrado estuvo el lector en comprender, que no se percató de que las proposiciones del *Tractatus* no eran tales, sino que solo eran pseudoproposiciones. ¿Por qué? Porque ninguna de ellas versa sobre hechos ni sobre el mundo: no son más que pseudoproposiciones y, por tanto, sinsentidos. Por eso asegura Wittgenstein que el *Tractatus* es un sinsentido, si bien no lo es del mismo modo que lo son las palabras de los filósofos prewittgensteinianos, porque el *Tractatus* no es ninguna doctrina, sino que es un texto-herramienta.

LAS CRÍTICAS A FREGE

La filosofía de Wittgenstein expuesta en el *Tractatus* fue el resultado de combinar su genio filosófico, la preocupación vienesa por el problema de la representación y las herramientas lógicas de Gottlob Frege y Bertrand Russell. Gracias a su trato con ellos y a la lectura crítica de sus obras pudo profundizar en los fundamentos de la lógica y de la matemática, especialmente de la aritmética.

Frege fue una de las primeras personas a las que Wittgenstein quiso mostrar su trabajo y le envió una copia del *Tractatus*, pero su respuesta puso en duda la necesidad de la proliferación de términos como «hecho» y «ser el caso», que para Frege eran lo mismo, y todos sus comentarios se limitaron a las diez primeras proposiciones. De la ausencia de observaciones sobre la teoría del simbolismo y la intención ética de su filosofía, Wittgenstein dedujo que Frege no había entendido literalmente «ni una palabra», como le escribió a Russell.

Wittgenstein coincidía con Frege en considerar que la rama fundamental de la filosofía es la filosofía del lenguaje y en que la aritmética es una rama de la lógica. Asimismo, aceptaba el principio de composicionalidad, cuando explicitaba: «Yo concibo la proposición —como Frege y Russell— como una función de las expresiones que contiene». Y, también como Frege, consideraba que hay unos límites más allá de los cuales no se puede hablar con sentido, como declaraba en la última y más célebre proposición del *Tractatus*, pero discrepaba de Frege en muchas otras cosas.

Efectivamente. Si la filosofía del primer Wittgenstein consistió en gran parte en una respuesta a las aportaciones a la lógica hechas por Frege, no siempre fue para aceptarlas, sino que en muchas ocasiones pretendía revisarlas y corregirlas o superarlas, lo cual

permitió avanzar en el proceso de formalización del lenguaje. Wittgenstein disentía de Frege en la concepción general de la lógica por él propuesta (nociones primitivas, relaciones entre lógica y matemáticas, conocimiento lógico, estatus de las proposiciones lógicas), pues para el autor del *Tractatus* todas las proposiciones tenían igual valor; mientras Frege admitía unos postulados indemostrables, Wittgenstein se negaba a aceptar que exista ninguna proposición verdadera a priori.

Una de las divergencias más importantes entre Frege y Wittgenstein radicaba en la teoría de la verdad. Frege creía que la referencia de una proposición es lo verdadero o lo falso, es decir, que todas las proposiciones verdaderas son nombres de Lo Verdadero y todas las proposiciones falsas, nombres de Lo Falso. Sin embargo, Wittgenstein consideraba que la proposición representa su sentido, es decir, que cuando la leemos o la escuchamos, primero captamos su significado y solo en un segundo paso podemos determinar, previa contrastación con el mundo, si es verdadera o falsa. Dicho de otro modo: para entender el sentido de «¬p» hay que haber entendido previamente el sentido de «p».

Otra de las cuestiones fundamentales en las que Wittgenstein se distanció de Frege fue en lo relativo al sentido y la referencia. Para Frege, todas las proposiciones tienen un sentido y una referencia, y si bien Wittgenstein retomó estos dos conceptos en numerosas ocasiones, consideraba que los nombres solo tienen referencia, son como puntos, y las proposiciones solo tienen sentido, son como flechas; el nombre solo adquiere sentido en la proposición.

El problema de la teoría del significado de Frege estriba en sostener que el sentido sea un ingrediente de los nombres propios, cuando la función de estos es simplemente referencial: denotan un objeto, lo señalan diferenciándolo de otros. Para Wittgenstein, como para Russell, un nombre en sentido lógico es un signo simple que se limita a nombrar, no a describir el objeto, por eso no puede tener sentido.

Por último, el signo de aserción de Frege, simbolizado por (⊦), que antepuesto a una proposición p (⊦p) quiere decir que dicha proposición afirma de sí misma que es verdadera, fue rechazado fulminantemente por Wittgenstein, quien negaba toda posibilidad de que dicho signo (⊦) tuviera significado, por la razón de que es imposible que una proposición pueda expresar de sí misma que es verdadera, pues sería lo mismo que admitir que puede existir alguna proposición verdadera antes de ser comparada con el mundo. La consecuencia inmediata de esto es que para saber si una proposición es verdadera o falsa deberemos contrastarla con el mundo.

LAS CRÍTICAS A RUSSELL

La influencia de Russell en Wittgenstein es evidente, pero a pesar de haber heredado del inglés su método del análisis lógico, Wittgenstein no aplicó dicho procedimiento hasta el nivel de los objetos del mundo, de las cosas, de aquello más simple (y, por lo tanto, tampoco al de su correspondiente en el lenguaje, los nombres), sino solo al de los hechos y las proposiciones. Es decir, Wittgenstein compartió con Russell el método, pero no el alcance que este tiene, pues consideró que el análisis lógico no alcanza tanta profundidad, no desciende a lo más elemental, sino que se queda en un nivel más superficial.

Russell defendió el carácter unitario de la proposición, el cual se pierde si intentamos enumerar los elementos que la constituyen. Y a pesar de que Wittgenstein estuvo de acuerdo con el método analítico de dividir las proposiciones complejas en proposiciones atómicas, se negó a seguir la inercia de la metafísica tradicional, que durante siglos había versado sobre objetos separados del espacio y del tiempo: Wittgenstein estaba interesado en cómo esos objetos o esas cosas se relacionan entre sí, qué estados de cosas conforman. Por eso afirmó que el mundo se descompone en hechos, no en cosas, y que el estado de cosas es una conexión de objetos o cosas. En definitiva, que lo esencial de los objetos es ser parte constitutiva de un hecho atómico.

Wittgenstein denunció la Paradoja de Russell. Según el vienés, el error de su maestro se hizo evidente en el momento en el que para establecer reglas sígnicas tuvo que hablar del significado de los signos. Y lo mismo que le reprochaba a Frege en relación al signo de aserción (⊦), se lo reprochó a Russell respecto a la teoría de los tipos: una proposición no puede decir nada de sí misma debido a que el signo proposicional no puede estar contenido en sí mismo; en otras

palabras, una función no puede ser su propio argumento. En definitiva, no hay necesidad de un aparato extralógico añadido.

Crítica del axioma de infinitud

La imposibilidad de formar clases de clases en que desemboca la teoría de tipos de Russell conduce según Wittgenstein a un nuevo problema: el de cómo definir entonces la serie de los números naturales. Para definir un número infinito de objetos se necesita que exista un número infinito de objetos porque si solo hay x objetos, no puede haber clases con x + 1 individuos, ni, por tanto, un número cardinal que sea x + 1. De ahí que Bertrand Russell concluyera que el número de objetos del universo no es finito, lo que se conoce como «el axioma de infinitud» y fue criticado por Wittgenstein por no ser una verdad lógica.

Las reglas de la lógica deben ser sintácticas, no semánticas

Precisamente Wittgenstein le comunicó a Russell que debería haber una única teoría del simbolismo que permitiera desechar todas las teorías de tipos. Los diferentes tipos de cosas deben estar simbolizados por diferentes tipos de símbolos. Durante 1913 y 1914, Wittgenstein trabajó en una teoría de esta clase; consideraba que el error que encerraba la Teoría de tipos de Russell era que pretendía decir algo indecible. Decir «La clase de los hombres es un hombre» es un sinsentido. «La clase de los hombres» puede ser el sujeto del predicado «es un hombre» solo si atendemos a los sonidos, no a los significados. De ahí que Wittgenstein concluyera que las reglas de la lógica deben ser sintácticas, no semánticas, es decir, deben regular

las relaciones de los signos, no sus significados. Para evitar estos errores «debemos emplear un simbolismo que los excluya, no usando el mismo signo en símbolos diferentes ni usando signos que designen de modo diverso, de manera aparentemente igual». Debemos atender a la sintaxis, en la cual el significado no desempeña ningún papel, y no a la semántica.

Unas proposiciones son más antiguas que otras

Wittgenstein denunció que todos los sistemas axiomáticos, es decir, toda deducción hecha a partir de unos axiomas o postulados indemostrables y, por lo tanto, también el sistema axiomático propuesto por Russell y Whitehead en los *Principia Mathematica*, contienen en su mismo seno el problema de albergar unas proposiciones más primitivas y otras derivadas o secundarias. Contra esto, Wittgenstein propuso en su *Tractatus* un conjunto de proposiciones de igual importancia, como muestra con las tablas de verdad.

Las constantes lógicas no denotan

Wittgenstein también rechazó una serie de supuestos russellianos sobre el papel de las constantes lógicas, que fue refutando sucesivamente.

El signo de negación no se corresponde con nada en el mundo real: esto quiere decir que una proposición «p» y su negación «¬p» (léase «no p») comparten la misma realidad. Esto ocurre porque el sentido de la proposición es solo uno, aunque la oración pueda tener dos valores: verdadera o falsa. La prueba de ello es que la doble negación «¬¬p» (léase «no no p») anula y nos devuelve a la

proposición original.

Las conectivas binarias (y, o) no denotan relaciones y requieren de paréntesis: Wittgenstein degradó al nivel de pseudorrelaciones aquello que Russell denomina «relaciones lógicas», como la conjunción («y») y la disyunción («o»). También niega que los paréntesis sean signos primitivos o tengan algún significado autónomo; para él no son más que signos de puntuación. En la realidad nada requiere paréntesis.

Los cuantificadores particular y universal ($\forall$ y $\exists$) no denotan relaciones: los cuantificadores sirven para abreviar o simplificar y evitar la repetición de todos los casos particulares. En lugar de decir «Ludwig es mortal», «Paul es mortal», etc., el cuantificador general sirve para decir «todos los hombres son mortales». Y en lugar de decir «o Ludwig es filósofo, o Platón es filósofo», el cuantificador particular abrevia «algunos hombres son filósofos», o bien «existen filósofos». Pero ninguno de los dos, ni el general, que abrevia una conjunción de proposiciones elementales («para todo x»), ni el particular, que abrevia una disyunción de proposiciones elementales («hay un x»), expresan un hecho de la realidad: no hay hechos generales ni hechos existenciales. Si existen más objetos, se mostrarán en los nombres que conforman las proposiciones simples, y que esos sean todos los objetos se mostrará en que no hay más nombres. Estos cuantificadores son signos que expresan cuántos elementos de un conjunto cumplen una propiedad o, dicho de otro modo, cuántas veces se satisface el predicado, si se cumple para todos los individuos («todos los hombres son mortales») o para uno solo («Ludwig es mortal»). Lo que indican los cuantificadores debe ser mostrado, no dicho, por las proposiciones analizadas.

La identidad (=) no es un objeto, ni una relación entre objetos, ni una propiedad, ni un hecho: decir que algo es igual a sí mismo es no decir nada, y decir que dos cosas son idénticas es un sinsentido, puesto que para usar correctamente el término «idéntico» antes tendríamos que haberlo dotado de un significado. En un lenguaje

analizado, cada objeto solo puede corresponderse con un nombre, y cada nombre debe distinguir solo a un objeto. Según Wittgenstein, la identidad debe ser expresada por la identidad del nombre, y la diversidad de los objetos, por la diversidad de los nombres, porque una proposición no puede decir lo que muestra. En definitiva, el signo de identidad no es esencial en el simbolismo lógico.

Hasta aquí la concepción del lenguaje de lo que se ha dado en llamar «el primer Wittgenstein». Una vez acabada la guerra y el *Tractatus*, Wittgenstein cambió radicalmente de actividad, como se verá en el siguiente capítulo, lo que repercutió en su concepción del lenguaje y sus funciones.

LAS LIMITACIONES POSITIVISTAS Y LOS JUICIOS DE VALOR

A pesar de haber conseguido terminar su libro, Wittgenstein era consciente de que poco se hacía con resolver una serie de problemas lógicos. La experiencia de la guerra lo había transformado. Su búsqueda ya no podía satisfacerse en el terreno de ninguna ciencia. Se había convertido en un pensador de tendencias místicas.

Tan solo un año después del fin de la contienda, en diciembre de 1919, Russell compartió con lady Ottoline su percepción de los cambios que se habían operado en el austríaco: «Se ha adentrado profundamente en los modos místicos del pensamiento y la sensibilidad, pero yo creo (aunque él no estaría de acuerdo) que lo que más valora de la mística es su capacidad para impedirle pensar», escribió el filósofo inglés. En esta afirmación puede intuirse su desacuerdo con el giro efectuado por el pensamiento wittgensteiniano, materializado en las últimas proposiciones del *Tractatus*, específicamente de la 6.41 en adelante, que versan sobre lo místico; el sujeto y la voluntad; el tiempo, la vida, la eternidad, la inmortalidad y la muerte; el carácter inexpresable y trascendental de la ética y la estética; y un mundo fáctico, solo contingente, en el que no hay cabida para Dios, los valores o el sentido. Como se verá, este

distanciamiento intelectual no solo fue experimentado por Russell, sino también por algunos de quienes habían pretendido encontrar en el *Tractatus* un nuevo credo positivista.

La nueva perspectiva intelectual de Wittgenstein también influyó en las decisiones que iba a tomar sobre su destino inmediato. De regreso en Viena, para asombro e incomprensión de su familia, se deshizo de la herencia paterna y sopesó la idea de hacerse sacerdote o monje; pero finalmente se decidió por el magisterio, lo que le permitiría leer el Evangelio a los niños (uno de sus propósitos confesos). Para ello se matriculó en la *Lehrerbildungsanhalt* (escuela de formación de maestros). En su decisión de explorar la vida de docente influyó Ludwig Hänsel (1886-1959), un maestro muy conocido en los círculos educativos vieneses de quien Wittgenstein se había hecho amigo al acabar la guerra, en el campo de prisioneros donde estuvo temporalmente retenido, y con quien compartía cierta afinidad religiosa. Corrían los tiempos de la Primera República Austríaca, constituida en 1919 tras la disolución del Imperio austrohúngaro y el ministro de Educación, Otto Glöckel (1874-1935), lideraba el movimiento de reforma de la escuela, caracterizado por ideales laicos, republicanos y socialistas.

Un vez que recibió el certificado que lo declaraba apto para la enseñanza, Wittgenstein pasó el verano de 1920 trabajando como jardinero en el monasterio de Klosterneuburg (una pequeña ciudad de Austria, a orillas del Danubio), y poco antes del inicio del curso se mudó a Trattenbach, su nuevo destino en las montañas. Por las cartas que escribió en esa época sabemos que su ánimo oscilaba entre la alegría que le produjo el inicio de su carrera en el magisterio, como manifestó al propio Russell, a Engelmann y a Hänsel, y el dolor de haber perdido a Pinsent (fallecido en un accidente aéreo poco antes de concluir la guerra, en mayo de 1918), que todavía perduraba (como le confesó a Russell en agosto: «Cada día pienso

en Pinsent, se llevó con él la mitad de mi vida. El diablo se llevará la otra mitad»).

Pocos meses antes, en julio de 1918, la noticia de la muerte de su amigo le había dejado tan impactado que su tío Paul lo halló en la estación de Salzburgo (Austria) dispuesto a suicidarse, pero consiguió convencerle para que lo acompañara a su casa de Hallein, cerca de Salzburgo, donde Ludwig dio forma final al *Tractatus*, que dedicaría a la memoria de Pinsent.

La llegada a ese pequeño y humilde pueblo de los Alpes de aquel aristócrata que rechazaba la riqueza y llevaba una vida extremadamente austera fue vista como una excentricidad por los lugareños, que no tardaron en referirse a Wittgenstein como «el extraño», percepción que se agudizaría ante sus métodos pedagógicos y sus esfuerzos en pro de la instrucción de sus alumnos, incluso en horas extraescolares.

Su hermana Hermine destacó el interés que Ludwig demostraba por todas las materias, la claridad de sus explicaciones, lo placentero que era verlo dar clase, cómo conducía a los chicos a la solución correcta por medio de preguntas, el interés que despertaba, la metodología tan motivadora que seguía («inventar un motor de vapor, diseñar una torre, dibujar figuras humanas en movimiento»). Todo ello estaba en perfecta concordancia con uno de los objetivos pedagógicos impulsados por Glöckel: que los estudiantes pensaran por sí mismos. De hecho, tanto el enfoque magisterial de Wittgenstein como las grandes directrices de aquella reforma educativa austríaca pueden ser vistos como una continuación o una puesta en práctica de la función que el *Tractatus* atribuyó a la filosofía: una actividad orientada a aclarar el pensamiento.

El diccionario escolar de Wittgenstein

A pesar de sus buenas intenciones y de la unción demostrada en el desempeño de su trabajo, Wittgenstein nunca fue comprendido por aquellos hombres y mujeres de campo. Los lugareños desconfiaban de ese aristócrata que voluntariamente había elegido una vida tan difícil, y no veían con buenos ojos que mantuviera ocupados a sus hijos más allá del horario estrictamente obligatorio de la escuela, dándoles clases particulares de forma desinteresada, hecho que les robaba tiempo de trabajo en las granjas familiares. Tamaña incomprensión hacia el interés del maestro en ofrecer una formación extra a estudiantes tan destacados como pobres fue minando la alegría del pedagogo, hasta el punto de que a finales de 1920 su hermana Hermine escribió que prefería tener por hermano a una persona feliz que a un santo infeliz.

Nada más comenzar 1921, Wittgenstein escribió a Engelmann una carta en la que reconocía su fracaso y el estado ruinoso de su existencia por haber abrazado una vida absurda y fútil apegado a la tierra, en vez de haberse convertido en una estrella del cielo. Sin embargo, nunca cejó en sus empeños educativos y fue en Otterhal, donde estuvo destinado desde septiembre de 1924, donde aportó su contribución más afín al Movimiento de Reforma: el *Wörterbuch für Volksschulen*, un diccionario para las escuelas elementales que venía a llenar el vacío material y docente dejado por la ausencia de obras similares, que habitualmente eran o muy grandes y muy caras, o muy pequeñas, pero en cualquier caso poco adecuadas para la didáctica de la enseñanza primaria, en tanto que contenían un altísimo número de palabras extranjeras y carecían de aquellos términos en cuya ortografía los alumnos más erraban.

El diccionario de Wittgenstein, fruto de un arduo trabajo, sirvió para despertar la conciencia ortográfica austríaca, hasta el punto de que fue rápidamente publicado y usado por sus colegas de profesión. La obra excluía palabras alemanas que no se utilizaban en Austria e incluía expresiones dialectales del país. Dado a la imprenta en 1926

(y reeditado en 1977, aunque ya solo para interés de los especialistas en estudios wittgensteinianos), el maestro de Otterhal recibió por su labor una decena de ejemplares y un diez por ciento del precio de cada ejemplar en concepto de derechos de autor.

En resumidas cuentas, el resultado del magisterio de Wittgenstein en los pueblos de la montaña austríaca consiguió que los buenos estudiantes alcanzaran un nivel impensable si él no hubiera aparecido en sus vidas, pero a costa de ganarse la animadversión de sus padres y la desconfianza de sus colegas profesores, por lo distinto de sus programas de enseñanza. Sin embargo, a pesar de tantos sinsabores, la etapa docente de la vida de Wittgenstein, durante la cual fue testigo directo de cómo aprendían los niños, también resultó determinante a la hora de dar forma a su nueva teoría del significado, entendido como el uso, que dejaría atrás la expuesta en el *Tractatus*.

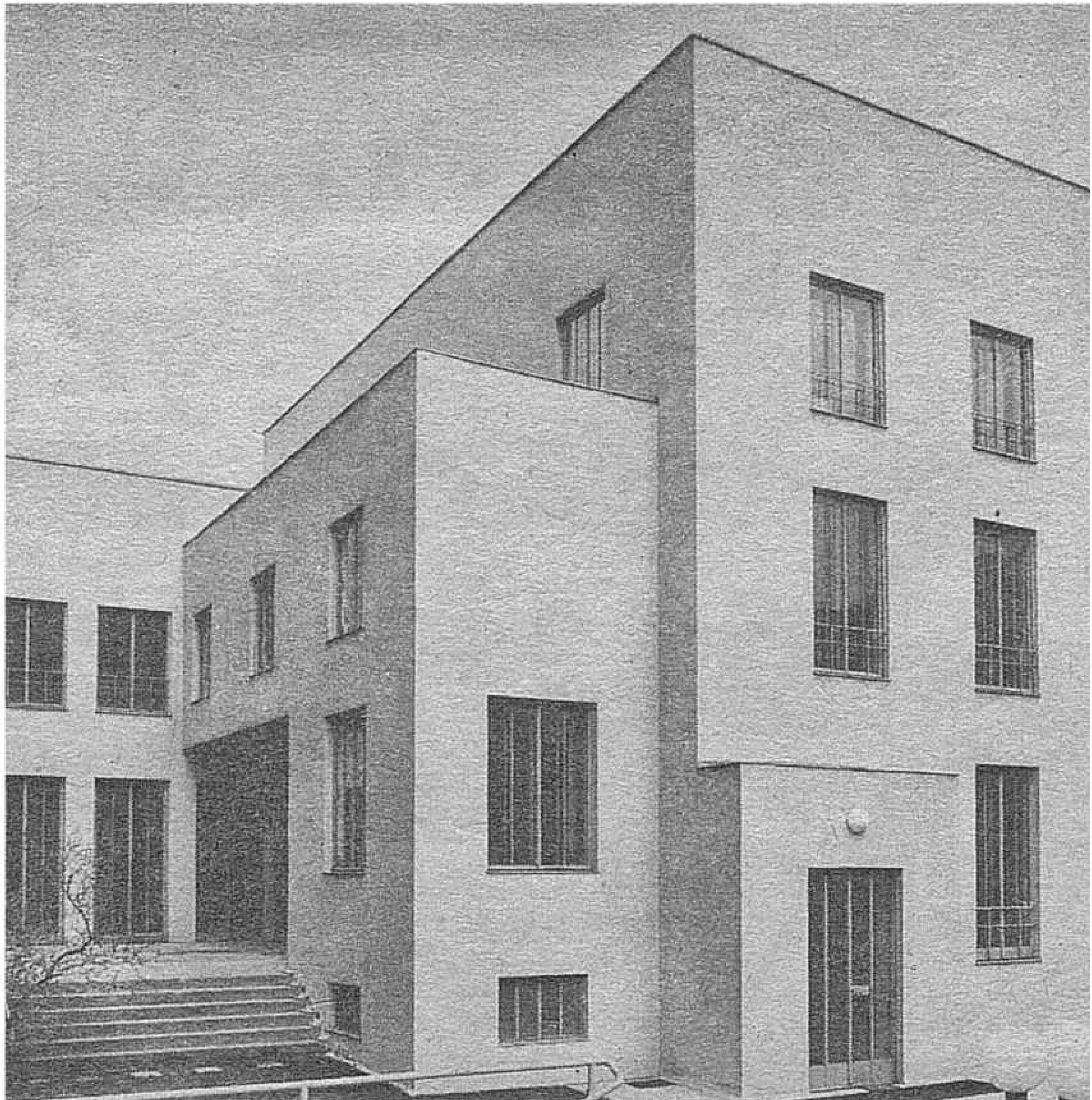
El final de la docencia

En abril de 1926, Wittgenstein abandonó el ejercicio de la enseñanza primaria repentinamente, debido a lo que se conoció como «el caso Haidbauer». El filósofo golpeó en la cabeza a uno de sus alumnos de Otterhal, Josef Haidbauer, un estudiante enfermizo que se desplomó por efecto del castigo. El maestro suspendió la clase y, mientras se esperaba la llegada del médico, uno de sus enemigos acérrimos, Herr Piribauer, le acusó de ser un adiestrador de animales en vez de un educador, y quiso denunciarlo a la policía. Sin embargo, se dio la coincidencia de que el único agente local no se encontraba en la comisaría. Esa misma noche, Wittgenstein desapareció del pueblo, entregando su dimisión el 28 de abril de 1926 a Wilhelm Kundt, uno de los inspectores escolares del distrito. Este, que apreciaba mucho su labor, le aconsejó que se tomara unas vacaciones y decidiera más

adelante si quería seguir o no, una vez se viera liberado de tensiones.

A pesar de que el proceso judicial subsiguiente se cerró con una sentencia absolutoria de la acusación de brutalidad (entre otros motivos porque el encausado mintió al negar que hubiera agredido al estudiante, un fracaso moral diametralmente opuesto a su ideal de una vida buena y bella), Wittgenstein ya había decidido abandonar su empleo como maestro de escuela rural.

Entre sus primeras intenciones tras este cese figuró la de ingresar en un monasterio, pero fue rechazado al solicitarlo. Más tarde consiguió un trabajo como jardinero de los monjes hospitalarios de Hütteldorf, a las afueras de Viena, donde permaneció tres meses, durante los cuales durmió en el cobertizo de las herramientas. En ese lapso, su madre murió el 3 de junio de 1926 en la casa familiar. Curiosamente, desde entonces y hasta la anexión de Austria a Alemania en 1938, Wittgenstein retomó su participación en las celebraciones familiares navideñas que tan cuesta arriba le habían resultado desde que muriera su padre en 1913.



LA CASA LÓGICA

Interesado desde su juventud por la arquitectura, Wittgenstein demostró sus conocimientos técnicos en esta disciplina y su sentido de la proporción y de la armonía con ocasión del diseño y la construcción entre 1926 y 1928 de la casa de su hermana Margarethe. Aunque el autor de los planos fue su amigo el arquitecto Paul Engelmann, el filósofo realizó una

serie de modificaciones en el proyecto y seleccionó los materiales empleados en la obra. La minuciosidad de Wittgenstein y su inflexibilidad a la hora de rechazar todo lo que no fuera exactamente lo que él había pedido o diseñado tuvieron como resultado la casa que muestra esta fotografía, que es la versión arquitectónica del *Tractatus*: su hermana Hermine escribió que era «la lógica encarnada en casa».

Poco después de estos sucesos, el versátil filósofo, que ya había renovado una de las casas de la familia y construido una habitación en otra casa para que su hermano Paul pudiera exponer su colección de porcelanas, fue elegido por su hermana Margarethe para diseñar y construir junto con el arquitecto Paul Engelmann su nueva casa en la Kundmanngasse, junto a la escuela donde él mismo estudió magisterio, en el distrito III de Viena, una zona poco distinguida. Aunque fue Engelmann quien dibujó los primeros planos, el proyecto definitivo fue firmado por «Paul Engelmann y Ludwig Wittgenstein, arquitectos», y durante años, tanto en la guía de teléfonos de Viena como en el papel de cartas se leía «Paul Engelmann y Ludwig Wittgenstein, Arquitectos, Viena III, Parkgasse 18».

PRIMERAS LECTURAS DEL TRACTATUS

Mientras Wittgenstein ejercía como profesor de escuela rural en Austria, el *Tractatus* iba acaparando la atención de los intelectuales continentales e insulares, hasta el punto de que el matemático vienés Hans Hahn (1879-1934) ofreció en 1922 un seminario sobre el libro en la Universidad de Viena. Lo que allí se expuso mereció los elogios del matemático alemán Kurt Reidemeister (1893-1971) y llamó la atención de un grupo de jóvenes filósofos a quienes preocupaba el estatus de las ciencias y se esforzaban en descalificar lo que consideraban como desvaríos conceptuales de la metafísica.

Hahn, quien contribuyó a difundir en los cenáculos filosóficos de la capital austríaca la concepción tautológica de la lógica y las matemáticas (es decir, la concepción de ambas disciplinas como un sistema de fórmulas atómicas —proposiciones bien formadas— que resulta verdadero en cualquier interpretación), apreció especialmente del *Tractatus* la dependencia lógica entre los enunciados científicos y las proposiciones elementales que expresaban los hechos del mundo. También valoraba el interés de Wittgenstein por el análisis lógico del lenguaje, que implicaba la necesidad de afinar en su precisión descriptiva.

Más allá de su valor intrínseco, el seminario de Hahn sirvió para conectar, a través de la lectura del *Tractatus*, a dos de las mentes privilegiadas de aquel tiempo: Wittgenstein y Moritz Schlick (1882-1936), un físico y profesor de filosofía de tendencia antimetafísica que acababa de llegar a la Universidad de Viena. Schlick estableció pronto una relación de colaboración intelectual con Hahn, conformando así el germen del grupo de filósofos y científicos más adelante conocido como el Círculo de Viena; todos ellos compartían un enfoque positivista de la filosofía y una visión científica del mundo.

Interpretaciones británicas

Con idéntico interés, el filósofo inglés Richard B. Braithwaite (1900-1990), especializado en ética, religión y filosofía de la ciencia, impartió en enero de 1923 una conferencia ante el Club de Ciencia Moral de Cambridge sobre el tema «La lógica de Wittgenstein tal como se expone en su *Tractatus logico-philosophicus*». Dada su formación mixta como filósofo moral y científico, no es casual que Braithwaite se interesara por la combinación de lógica y ética que Wittgenstein había plasmado en el *Tractatus*.

La influencia del *Tractatus* comenzaba a ser tal que C. K. Ogden (1889-1957), el lingüista británico que hizo la primera traducción de la obra al inglés, y el poeta y crítico literario I. A. Richards (1893-1979), escribieron a cuatro manos *El significado del significado*, obra que pretendía dar solución a los problemas sobre el significado planteados por Wittgenstein. Sin embargo, este manifestó en público su descontento con las conclusiones mantenidas por la pareja de autores.

El filósofo y matemático británico Frank P. Ramsey (1903-1930), la persona a través de la cual Wittgenstein mantenía su relación con Cambridge (pues su amistad con Russell había ido perdiendo intensidad), fue quien con solo diecinueve años publicó la reseña más fiable del *Tractatus*, aparecida en la revista *Mind* en 1923. Esta publicación, apreciada por Wittgenstein, propició que este invitara a Ramsey a visitarlo en Puchberg (por entonces su destino escolar), ofrecimiento que el británico aceptó. Ambos pasaron medio mes repasando proposición por proposición. Tanto detallismo tuvo como fruto que Wittgenstein pudiera introducir algunas correcciones y modificaciones incluidas en posteriores ediciones. El propósito de Ramsey era continuar con un desarrollo posterior propio, porque Wittgenstein le reconoció que su mente ya no era flexible y que tras los siete años de trabajo dedicado al *Tractatus* había perdido la

capacidad de seguir trabajando en el campo de la filosofía.

Tras su marcha y por encargo de Wittgenstein, Ramsey indagó en Cambridge si con los seis semestres cursados y la publicación del *Tractatus* podría licenciarse en filosofía. Pero las condiciones habían variado: el austríaco tendría que regresar a Cambridge, estudiar otro año y presentar una tesis si quería conseguir su título y cambiar nuevamente de trabajo. Tanto Ramsey como otro de sus amigos ingleses, el economista John Maynard Keynes, intentaron durante meses convencerlo para que abandonara su empleo de maestro rural y regresara a Cambridge, a fin de retomar la vida académica. Finalmente, el 18 de agosto de 1925, tras recibir de Keynes una nueva invitación y diez libras para el viaje, Wittgenstein volvió durante unos meses a Inglaterra.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS: EL CÍRCULO DE VIENA

En la Viena de finales del siglo XIX y principios del XX se desarrolló una corriente de pensamiento ilustrada y antimetafísica, cimentada en la experiencia, que dejó su impronta en todas las ramas de las ciencias empíricas. Representantes de este movimiento fueron el físico y filósofo Ernst Mach (1838-1916), reconocido precursor de Albert Einstein, y su colega Ludwig Boltzmann. Ambos promovieron el interés por la filosofía de la ciencia, la epistemología y la lógica. Incluso un sacerdote como Franz Brentano (1838-1917) dejó a un lado toda filosofía idealista para focalizarse en el estudio de lógicos tan destacados como Leibniz. Gracias a este caldo de cultivo, la ciudad fue escenario de brillantes discusiones acerca de los fundamentos de las ciencias, ya fueran la lógica, la aritmética o la física; cenáculos que prepararon el ambiente idóneo para la irrupción del Círculo de Viena.

Dicho grupo de filósofos y científicos centró su reflexión en cuestiones de filosofía de la ciencia y del lenguaje, tales como la demarcación entre la ciencia y la metafísica, las relaciones entre la ciencia y la verdad y las condiciones de validez del lenguaje científico. Aunque sus principales miembros ya colaboraban entre sí desde principios de la década de 1920, y su prehistoria se remonta a 1907, el grupo no se autodenominó como Círculo de Viena hasta la firma colectiva del ensayo *La concepción científica del mundo* (1929), su manifiesto programático. Miembros destacados fueron Hans Hahn, Moritz Schlick, Rudolf Carnap (1891-1970), Otto Neurath (1882-1945) y Friedrich Waismann (1896-1959). El grupo se disolvió con la llegada de los nazis al poder y la emigración forzada de sus miembros, la mayoría de los cuales se establecieron en Estados Unidos.

El Círculo de Viena supuso una renovación del espíritu del positivismo del siglo XIX, puesto que sus miembros partían de la convicción de que la experiencia era la única base del conocimiento, y entendieron el análisis lógico y lingüístico como método adecuado para diferenciar el discurso científico del que no era tal. De ahí que no se reconociera a la filosofía más sentido que la aclaración lógica del pensamiento; es decir, el análisis lógico de las teorías y discursos ya elaborados.

De este modo, la tarea filosófica adquiría una orientación netamente cientifista, puesto que en ningún caso debía ocuparse de enunciar tesis sobre la realidad. Para los miembros del Círculo, la filosofía no era un saber sustantivo, sino meramente instrumental. Desde esta perspectiva, la metafísica quedaba como ejemplo de lenguaje no significativo y carente de sentido (algunos miembros del Círculo le negaron incluso un valor literario); así que no fue rechazada porque excediera los límites de nuestro entendimiento, como había criticado Kant, sino por su carencia total de un sentido que solo se medía por su posibilidad de verificación empírica.

Schlick —además de Hahn— fue uno de los primeros miembros del Círculo en leer, comprender y apreciar el *Tractatus*, lo que le llevó a comentarlo con sus colegas y alumnos primero y a escribir a Wittgenstein después.



Moritz Schlick, que en este retrato de 1920 aún no había cumplido los treinta y ocho años, fue uno de los pensadores dominantes del Círculo y el más sobresaliente del ala wittgensteiniana. De origen burgués y mentalidad cosmopolita, fue discípulo de Ernst Mach y amigo de Albert Einstein. Seguidor del ideal ilustrado de racionalidad, fue un humanista y un pacifista crítico con el nacionalsocialismo. Rechazó la metafísica y el dogmatismo y defendió la autonomía de la ciencia y la filosofía. Él fue quien el 25 de diciembre de 1924 escribió por primera vez a Wittgenstein en nombre del Círculo para proponerle un

encuentro, que no llegaría a producirse finalmente hasta 1927.

Lo que atraía a Schlick del pensamiento plasmado en el *Tractatus* era la firme convicción expresada en el prólogo de que lo que se puede decir, se puede decir claramente, *dictum* que sintonizaba a la perfección con el objetivo del Círculo de Viena de eliminar toda oscuridad del lenguaje. Del mismo modo le interesó la afirmación wittgensteiniana de que no hay problemas filosóficos, sino problemas del lenguaje, y que estos se disuelven en cuanto comprendemos su lógica, pues los miembros del Círculo sostenían la convicción de que no hay enigmas irresolubles ni profundidades inescrutables. Además, tanto Wittgenstein como el Círculo de Viena compartían el método del análisis lógico y la lucha contra las proposiciones carentes de sentido; así, la proposición 2.225 del *Tractatus*, que asegura que ningún retrato de los hechos puede ser verdadero mientras no se contraste con el mundo, conectaba con el rechazo del Círculo con respecto al apriorismo de la ontología, la epistemología y la metafísica kantianas. Por último, todos coincidían en reconocer que la totalidad de las proposiciones verdaderas es la ciencia natural, como afirma el *Tractatus* en su proposición 4.11, pues solo dichas proposiciones han sido verificadas.

El encuentro de Wittgenstein y el Círculo de Viena

Si bien está documentado que durante el lustro siguiente a la publicación del *Tractatus*, los filósofos y científicos del Círculo se reunían en la Universidad de Viena para discutir acerca de su contenido, que en 1924 se realizó un trabajo sistemático de exégesis, y que en 1926 su texto fue leído en voz alta y comentado proposición por proposición, hasta 1927 no se produciría el encuentro entre Wittgenstein y Schlick, cuando Margarethe invitó a

este a conocer a su hermano. Fue la mujer de Schlick quien contó que su marido regresó de dicha cita «en un estado extático». Por su parte, Wittgenstein le dijo a Engelmann, tras su encuentro con Schlick, que cada uno de ellos dos debía de haber pensado que el otro estaba loco.

Wittgenstein aceptó reunirse con Schlick, a quien consideraba un interlocutor cultivado, pero no estaba en disposición de hacerlo con todos los miembros del Círculo. Solo las buenas gestiones de Schlick permitieron que los encuentros pudieran ampliarse al filósofo, matemático y físico Friedrich Waismann, y a los filósofos Rudolf Carnap y Herbert Feigl (1902-1988), siempre y cuando estos siguieran sus recomendaciones: dejar hablar a Wittgenstein y solo después pedirle las aclaraciones que fueran necesarias, evitando toda pregunta directa que pudiera alterar su sensibilidad. Además, los interlocutores debían estar prevenidos ante la posibilidad de que Wittgenstein no quisiera hablar de filosofía y, en cambio, prefiriera leerles poemas de Rabindranath Tagore —muy de moda en Viena por aquel entonces— o cualquier otra digresión, a las que era muy dado el autor del *Tractatus*.

Estas charlas dejaron claro a Schlick, Carnap, Waismann y Feigl que Wittgenstein no era el positivista que ellos habían esperado encontrar, y que en ningún caso compartía la misma actitud de desapego mantenida por el Círculo con respecto a lo inefable. El interés de Wittgenstein por la mística, expresado en algunas de las proposiciones últimas del *Tractatus*, había sido pasado previamente por alto. El autor del *Tractatus*, quien había sido admirado como paradigma de claridad y precisión filosóficas, se les antojaba ahora más parecido a un profeta o a un artista que a un científico, tanto en su metodología —en cómo daba a luz sus ideas tras una larga lucha interior— como en su carácter voluble. Carnap recordaba que en ocasiones sentía el rechazo de Wittgenstein hacia todo ideal ilustrado de racionalidad.

De cualquier modo, los miembros del Círculo pudieron mantener algunas conversaciones provechosas en torno a temas de interés común, como por ejemplo la conferencia que impartió Ramsey sobre los fundamentos de las matemáticas en la Sociedad Matemática de Londres en noviembre de 1925. Sirviéndose de las ideas expuestas por Wittgenstein, Russell y Frege, Ramsey defendía la hipótesis de que toda la matemática puede ser reducida a la lógica. Según el británico, las proposiciones matemáticas son proposiciones lógicas (y, por tanto, tautologías), posición que lo enfrentaba al intuicionismo sostenido por matemáticos puros como el holandés L. E. J. Brouwer, cuyo objetivo era reconstruir las matemáticas y aceptar únicamente los teoremas que pudieran aprobarse desde dentro del sistema, dejando fuera todos los demás por conocidos y aceptados que fueran.

Por otra parte, Ramsey sostenía que dos cosas, A y B, podían tener las mismas propiedades y sin embargo ser numéricamente distintas (a diferencia de Russell y Frege, que por definición negaban esta identidad de propiedades); así pues, el matemático inglés entendía la identidad como puramente simbólica, sin correspondencia con una función proposicional genuina.

Wittgenstein escribió a Ramsey, criticándole tanto su noción de «identidad» como su objetivo de fundar las matemáticas sobre la lógica. Él mismo, en su *Tractatus*, no afirmó que las proposiciones matemáticas sean proposiciones lógicas, sino que distinguió entre tautologías (las proposiciones compuestas que tienen asegurada su verdad) y ecuaciones (las reglas sintácticas). De hecho, Wittgenstein catalogó a Ramsey como pensador burgués, en tanto que no reflexionaba sobre la esencia ni sobre los aspectos filosóficos, sino únicamente sobre la cuestión matemática.

Divergencias entre Wittgenstein y el Círculo de

Viena

En las conversaciones de Wittgenstein con algunos de los miembros del Círculo de Viena también salieron a relucir los nombres de filósofos de acendrado misticismo, como Agustín de Hipona, Søren Kierkegaard o Martin Heidegger, porque, aunque el autor del *Tractatus* pensara que hablar de ética solo conducía al sinsentido, no dejaba de parecerle lo más importante. Por eso llegó a asegurar que entendía la intención de Kierkegaard cuando este escribió «este algo con que la razón colisiona cuando está inspirada por su pasión paradójica», o la de Heidegger, según el cual frente a lo que se siente angustia es ante estar-en-el-mundo como tal.

Varias razones pueden ayudar a entender por qué los componentes del Círculo habían pasado por alto el interés de Wittgenstein por la mística, o, dicho de otro modo, la recepción intencionalmente parcial de la obra wittgensteiniana. En primer lugar estaba la falta de interés de los empiristas lógicos por las cuestiones no verificables. En segundo lugar se dio la circunstancia de que las proposiciones dedicadas a cuestiones místicas ocupan un porcentaje pequeño del *Tractatus* con respecto al total de la obra. En tercer lugar, el hecho de que las reseñas sobre el *Tractatus* le habían atribuido a su autor la etiqueta de positivista. Y tampoco se puede obviar que, en su mayor parte, el *Tractatus* era el complemento perfecto al programa intelectual del Círculo.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que desde la publicación del *Tractatus*, Wittgenstein se fue alejando de su pensamiento a medida que el Círculo se acercaba al mismo. En otras palabras: mientras Schlick y sus colegas positivistas respetaban la autoridad intelectual de Wittgenstein, este arrojó la escalera. Más interesado en avanzar en sus investigaciones filosóficas que en ser asociado para siempre a una producción intelectual específica y concreta, estaba además profundizando en la relación lenguaje-mundo y en el

ensamblaje de la lógica y la ética, que le interesaban mucho más que las cuestiones puramente epistemológicas.

No obstante todo lo anterior, para entender la diferencia fundamental entre Wittgenstein y el Círculo de Viena resultó definitivo el testimonio de Paul Engelmann: que el autor del *Tractatus* fuera tomado por muchos por un positivista se debió a que compartía con ellos la necesidad de separar aquello de lo que podemos hablar de todo aquello sobre lo que no podemos hacerlo. Pero mientras que para los positivistas lo más importante era aquello de lo que se puede hablar, para Wittgenstein lo más valioso era precisamente aquello sobre lo que debemos callar.

Hay que advertir, sin embargo, que afirmar que para el positivismo lo importante es lo decible y lo verificable no implica que los miembros del Círculo de Viena carecieran de preocupaciones morales ni que no reflexionaran sobre el asunto: el propio fundador del grupo, Moritz Schlick, escribió una obra titulada *Cuestiones de ética*.

Como se ha dicho anteriormente, el acta de nacimiento oficial del Círculo de Viena fue la publicación del manifiesto titulado *La visión científica del mundo: el Círculo de Viena*, a modo de homenaje y agradecimiento a Schlick, núcleo de este colectivo filosófico. Pues bien, su lectura provocó una reacción negativa en Wittgenstein, quien escribió a Waismann —como se recordará, uno de los firmantes del texto— para recordarle que su rechazo de la metafísica no era nada nuevo —él mismo, por ejemplo, se les había adelantado en dicha tarea— y que «lo que la escuela de Viena ha logrado debería mostrarse, no decirse».

En esta publicación del Círculo se anunciaba la salida de una obra de Waismann, «Lógica, Lenguaje, Filosofía», que pretendía ser una introducción al *Tractatus*; para contribuir a una correcta interpretación del mismo, Wittgenstein había accedido a reunirse con el autor y explicarle sus ideas, pero, dado que estas cambiaron tanto

debido a su progresivo alejamiento del simbolismo lógico como herramienta explicativa del uso cotidiano del lenguaje, el libro quedó inédito en vida de ambos: no aparecería hasta 1965, con el título de *Principios de lingüística filosófica*. Fue a Schlick y a Waismann a quienes Wittgenstein confesó esas navidades que toda su concepción de la proposición elemental del *Tractatus* era errónea, pues no daba razón del comportamiento lingüístico real.

Inspirándose en el título del libro de Waismann, el filósofo británico Alfred Julius Ayer (1910-1989) publicó en 1936 *Lenguaje, Verdad y Lógica*, obra en la que aparece lo que en el Círculo de Viena llegó a conocerse como «el principio de verificación de Wittgenstein», que Ayer expuso así: «El sentido de una proposición es su medio de verificación». Dicho principio exige la existencia de al menos una experiencia que determine la verdad o falsedad de una hipótesis empírica. Toda supuesta proposición que no satisfaga este requisito —y que no sea una tautología— será una proposición metafísica y, por lo tanto, no podrá ser calificada ni como verdadera ni como falsa, sino como un sinsentido (así rezaba la teoría del significado expuesta en el *Tractatus*). Consecuentemente, gran parte de la historia de la filosofía occidental quedaba relegada a la categoría de una metafísica carente de todo sentido.

Posteriormente, Wittgenstein negaría que él hubiera querido construir una teoría del significado a partir de la necesidad de interrogarse sobre la verificación, cuando lo que él consideraba mucho más útil era preguntarse cómo se aprende una palabra o cómo se le enseña a un niño a utilizar un vocablo. Esto es precisamente lo que se abordará en el último capítulo: cómo se conecta su experiencia pedagógica y docente en la montaña austríaca con su nueva concepción del lenguaje, en la que el significado está determinado no por ninguna correspondencia directa con el mundo, sino por el uso dentro de una comunidad y de una determinada forma de vida (en suma, es la praxis la que da sentido a

las palabras).

El 22 de junio de 1936, Moritz Schlick fue asesinado a tiros en la Universidad de Viena por un exalumno y Wittgenstein dejó de reunirse con los miembros del Círculo. Se separaban así dos formas de trabajo filosófico totalmente opuestas: la individualista y la colectiva. No fue, empero, una ruptura repentina, sino la confirmación de un cisma que había tenido su punto de inflexión en 1929. Hasta ese momento, Wittgenstein y los defensores del empirismo lógico discutieron de asuntos lógicos, filosóficos, científicos y lingüísticos. Algunos de los puntos de fricción que pusieron en evidencia lo encontrado de sus posturas fueron, por ejemplo, el esperanto, que en tanto lenguaje artificial internacional entusiasmaba a Carnap y a Neurath en el mismo grado en el que repugnaba a Wittgenstein por su falta de carácter orgánico; la popularización de la ciencia, contra la que Wittgenstein se mostraba tan cáustico como a favor se manifestaba Waismann; el fisicalismo (doctrina según la cual todo lo real existente es exclusivamente físico), piedra de toque de la discusión de Wittgenstein con Carnap; el irracionalismo asociado por los positivistas a Schopenhauer, defendido por Wittgenstein frente a las críticas de Schlick y, en general, la racionalidad ilustrada, moderna y enciclopédica, tan atacada por Wittgenstein como admirada y continuada por el Círculo.

LA ÉTICA Y LOS JUICIOS DE VALOR

En la segunda mitad de 1929 cabe mencionar dos acontecimientos de la carrera académica de Wittgenstein que tuvieron consecuencias directas tanto en el desarrollo de su actividad filosófica como en la difusión de sus ideas. El primero fue que el 18 de julio de dicho año superó su examen oral de doctorado en Cambridge. Ejercieron como examinadores George Edward Moore y Bertrand Russell. Las relaciones de Wittgenstein con ambos eran por entonces nulas: con el primero no se hablaba desde su encuentro en Noruega, antes de la Primera Guerra Mundial, y con el segundo desde su encuentro en Innsbruck (Austria), en 1922. Al día siguiente de recibir el título, le fue concedida una beca del Trinity College de cien libras, que le permitiría pasar el verano y vivir el siguiente semestre, puesto que Wittgenstein no tenía dinero y se negaba a pedir un solo penique a su acaudalada familia.

DESTINADOS A NO ENTENDERSE

Pese a la voluntad de los miembros del Círculo de Viena de hacer suyas muchas de las ideas del «primer Wittgenstein», las diferencias de fondo entre ambas filosofías eran insalvables. Tres de ellas merecen ser destacadas. La fundamental es la que respecta a aquello de lo que no se puede hablar, considerado lo más valioso por Wittgenstein y carente de valor para los empiristas lógicos. En segundo lugar está la defensa del Círculo de Viena de los ideales ilustrados de razón, ciencia y progreso que caracterizan a la modernidad, diametralmente opuesta a la crítica wittgensteiniana. Finalmente, también les enfrentaron cuestiones de método: mientras que Wittgenstein fue el genio solitario cuyo proceso creador se asemeja más al del artista, los miembros del Círculo fueron ejemplo del trabajo colaborativo y en grupo que caracteriza el progreso científico.

	Círculo de Viena	Wittgenstein
Lo inefable	No tiene valor	Lo más valioso es aquello sobre lo que debemos guardar silencio
Ciencia	Visión científica del mundo, a favor de su popularización	Denuncia el hechizo de la ciencia y critica su popularización
Razón y progreso	Defienden el ideal ilustrado y enciclopédico	Critica la racionalidad moderna y la idea de progreso
Estilo de pensamiento	Sistemático, científico	Aforístico, casi místico
El esperanto	Un lenguaje científicamente creado, universal	Un invento sin vida, algo artificial, frío y repugnante

---

El segundo suceso tuvo lugar en noviembre, cuando recibió la invitación de C. K. Ogden, el traductor al inglés del *Tractatus*, para dar una conferencia en The Heretics, una sociedad de librepensadores integrada por intelectuales y profesionales. La alocución del filósofo austríaco, «Conferencia sobre ética», está considerada como uno de los textos filosóficos cardinales del siglo

XX. Su intención era clarificar una serie de cuestiones planteadas en el *Tractatus* que habían sido malinterpretadas por la exégesis posterior.

Comenzó Wittgenstein su charla con una crítica a la sociedad moderna, ávida de satisfacer su curiosidad superficial mediante conferencias divulgativas, es decir, de extender el conocimiento en dirección horizontal, en lugar de profundizar de forma vertical; la misma crítica que recorre de principio a fin los aforismos wittgensteinianos de *Cultura y valor* y lo emparenta fuertemente con los corrosivos ataques a los valores de la modernidad del periodista Karl Kraus, que ya ha sido citado como uno de los intelectuales que influyó en la conformación del primer pensamiento del filósofo vienés.

En la misma conferencia, Wittgenstein reconoció que no comprendía los fines de la civilización europea, si es que esta tenía alguno. Tanto él como Kraus atacaron y ridiculizaron la idea de progreso, un legado de la Ilustración que entendía el decurso histórico como un proceso hacia el perfeccionamiento de la humanidad, en el que la acumulación de conocimientos científicos y técnicos coadyuvaría a la depuración moral de los individuos. En este sentido, Wittgenstein consideraba que la filosofía no contribuía a esa pretendida causa con ningún progreso ni descubrimiento, en tanto que el trabajo filosófico no consistía en la elaboración de teorías, sino en el trabajo sobre uno mismo. De ahí la conclusión de que las buenas doctrinas no sirven para nada: lo que se debe hacer es rectificar el rumbo de la vida.

Lo que no se puede decir

Tras esta introducción, Wittgenstein entró en materia haciendo referencia a la definición de ética dada por el filósofo Moore —su reciente examinador de doctorado— en su libro *Principia Ethica*: «La

ética es la investigación sobre lo bueno», esto es, sobre lo valioso, lo que importa o hace que la vida merezca la pena ser vivida. Tomando este punto de partida, Wittgenstein diferenció dos sentidos que usualmente aplicamos a la palabra «bueno»: uno relativo o trivial y otro absoluto.

Por una parte, el sentido relativo o trivial de «bueno» es aquel que expresamos cuando decimos que alguien tiene destreza («es bueno») tocando un instrumento musical, practicando algún deporte o jugando a un videojuego; en palabras de Wittgenstein, cuando «satisface un cierto estándar predeterminado» de habilidad o utilidad. Por ello, los juicios de valor relativos se limitan a describir hechos; son enunciados sobre el mundo, proposiciones cuyo valor es el mismo, pues ninguna de ellas aventaja en importancia a las otras.

La implicación directa de esta igualdad radical estriba en que —y aquí estalla la polémica— «el asesinato estará en el mismo nivel que cualquier otro acontecimiento». Independientemente de que un crimen nos provoque rabia, tristeza, ira o desesperación, no es ni más ni menos que un hecho; no es ética, porque nada que los seres humanos seamos capaces de pensar será nunca objeto de la ética. Ningún estado de cosas tiene «el poder coactivo de un juez absoluto». Nuestro lenguaje solo puede hablar con sentido de los hechos, de lo natural… No de algo sobrenatural, como es la ética.

Pretender que nuestras proposiciones expresen ese algo sobrenatural en que se cifra la ética es como intentar que una pequeña tacita de té sea capaz de contener toda el agua de una gran tetera. Y precisamente caemos en un despropósito similar cuando emitimos juicios de valor y decimos de alguien que es «bueno» en el sentido de que se comporta bien; en este caso, estamos utilizando el adjetivo «bueno» en términos absolutos. A la postre, esto no es más que otra forma de decir lo que ya había escrito Wittgenstein en el *Tractatus*: «Todas las proposiciones valen lo mismo». Es decir, no puede haber proposiciones éticas.

Wittgenstein pasó entonces a describir las experiencias psíquicas que tenemos en mente cuando nos servimos de expresiones como «el bien absoluto», «valor absoluto» o «valor ético»: el asombro de que el mundo exista, sentirse seguro en las manos de Dios y sentirse culpable. Estas tres vivencias, creía Wittgenstein, son las que nos impulsan a pronunciar frases tales como: «Qué extraordinario es que exista el mundo», «Pase lo que pase nada puede dañarme» y «Dios condena nuestra conducta», respectivamente.



Esta fotografía de Ludwig Wittgenstein fue tomada hacia 1930, en una época crucial para su pensamiento filosófico, cuando estaba a punto de romper los lazos dialécticos con el Círculo de Viena y ya había dado por fallido el proyecto años atrás culminado en la redacción del *Tractatus*. Azorado por preocupaciones morales y místicas, el vienés se disponía a afrontar la renovación total de ideas que daría lugar al llamado «segundo

Wittgenstein».

En este punto, proseguía, se hace patente que el lenguaje ético y religioso suele acudir a los símiles o alegorías; pero estos símiles deben ser símiles de algo, es decir, que si somos capaces de describir un hecho a través de un símil debemos también ser capaces de describirlo prescindiendo de él. Sin embargo, cuando intentamos hacer esta descripción pura, nos percatamos de que tras dichas expresiones no hay ningún hecho, sino tan solo un sinsentido. Si lo que hemos descrito como experiencias, realmente lo fueran, habrían acaecido en un tiempo y un lugar, es decir, serían hechos y, por lo tanto, podrían ser descritos mediante proposiciones. Y toda proposición es una combinación simple o compleja de nombres que representan objetos y reflejan las relaciones entre los mismos. Su función, por tanto, no es valorativa, sino meramente descriptiva (recuérdese el ejemplo del asesinato).

Wittgenstein concluyó que todos los intentos por formalizar nuestros juicios éticos estaban condenados a fracasar, en tanto que ese propósito dependía en última instancia de un lenguaje, el humano, que no está capacitado para describir cuanto no sean hechos; su terreno es la realidad contingente, no lo absoluto. La pretensión de hablar sobre cuestiones éticas o religiosas, o de emitir juicios de valor y recurrir al sentido absoluto de adjetivos como «bueno», supone arremeter con desesperanza contra los límites de nuestra jaula; salirse de los márgenes del lenguaje significativo e ir más allá del mundo, porque, como se lee en el *Tractatus*, «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo». Dicho de otro modo, el mundo es mi mundo, según la expresión wittgensteiniana del solipsismo. Por ello, la ética nunca podría constituirse como una ciencia: jamás añadirá ninguna información nueva a nuestro conocimiento del mundo. Sin embargo, y a diferencia del criterio de los miembros del Círculo de Viena, el autor del *Tractatus* reconoció

explícitamente su profundo respeto por estos testimonios que se refieren a las inclinaciones místicas de nuestro espíritu.

En definitiva, y como ya habían hecho algunos de sus conciudadanos vieneses, Wittgenstein subrayó la necesidad de separar la esfera de los hechos y la esfera de los valores, esto es, las proposiciones con sentido de los juicios de valor absolutos. Estos últimos remiten a algo que queda fuera del mundo, a algo sobrenatural, inexpresable y trascendental, divino, por lo que se podría decir: «Lo que es bueno es también divino». De nada sirven las teorías éticas: lo ético no se puede enseñar. Recordando el final del *Tractatus*, la ética —como la metafísica o la lógica, junto con todos los discursos que pretenden ser normativos— entra dentro de aquello sobre lo que es mejor callar, porque nada se puede decir al respecto. Pero su importancia no resulta menor, puesto que, como también se lee en el *Tractatus*, «El sentido del mundo debe residir fuera del mundo»; en aquello que se muestra: «Hablar de lo inefable es caer en el sinsentido». Y en vez de disertar sobre fábulas, lo importante para el ser humano consiste en llevar una vida buena y bella.

LA FUNCIÓN TERAPÉUTICA DE LA FILOSOFÍA

Frank P. Ramsey, con quien Wittgenstein había trabado una gran amistad, murió el 19 de enero de 1930, a la edad de veintiséis años. El día siguiente comenzaron las clases de filosofía impartidas por el austríaco en la Universidad de Cambridge, estructuradas en sesiones de tres horas (una hora de exposición y dos de discusión); primero tuvieron lugar en el ambiente formal de la sala de conferencias de la escuela de arte y finalmente en las habitaciones del propio Wittgenstein en el Trinity College.

Con sus clases de filosofía, Wittgenstein pretendía librar a sus alumnos de las habituales confusiones del lenguaje. A las largas sesiones asistían una quincena de estudiantes y algunos catedráticos, como George Edward Moore. Fue este quien escribió a Russell para proponerle que diera un informe positivo de la tarea de Wittgenstein, a fin de que le renovaran la beca de que disfrutaba y pudiera continuar su trabajo. Para que Russell evaluara mejor el progreso de su tarea, el austríaco pasó las navidades de 1930 en Viena, dictándole a un mecanógrafo las notas que más tarde conformarían las *Observaciones filosóficas*, escrito de transición entre el *Tractatus* y las *Investigaciones filosóficas*; de cualquier modo, un texto que seguía siendo deudor de la terminología de la

primera de estas obras, y que aún estaba dedicado a los problemas que atañían a la naturaleza de la lógica y las matemáticas. Tras la lectura del original, Russell envió a la junta del Trinity College una carta de recomendación que sirvió para renovar la beca de cien libras de Wittgenstein. La obra no fue dada a conocer en público hasta 1964.

A la misma época (1930-1933) corresponden también los apuntes que dieron lugar a la *Gramática filosófica*, otro ensayo que su autor no vio publicado en vida, pues fue dado a la estampa en 1969. Partiendo de un tema esencial del *Tractatus*, como es la relación entre el lenguaje y lo real, Wittgenstein desarrolló una idea novedosa: en una proposición con sentido, la «gramática» de una palabra estará formada por sus reglas de utilización. Por lo tanto, la norma para considerar que una proposición está en concordancia con los hechos del mundo no dependía ya de ninguna relación lógica, sino de los usos del lenguaje. Y como consecuencia de ello, la validez de las expresiones del lenguaje quedaba restringida a los ámbitos particulares de una comunidad de hablantes, es decir, a las relaciones sociales.

NUEVA VIDA, NUEVA FILOSOFÍA

Las *Investigaciones filosóficas*, obra que suele identificarse con ese período que se ha dado en llamar «segundo Wittgenstein», nacieron de la vanidad de su autor, tal y como él mismo reconoció por escrito. A mediados de 1938 se dedicó a preparar para la imprenta todo lo que había escrito durante los últimos meses, debido a que los resultados de sus investigaciones —aquellos que había ido exponiendo de forma oral, en discusiones y conferencias, o escrita— habían sido «malentendidos, aguados o mutilados».

En tal sentido, las *Investigaciones filosóficas* tuvieron un fin terapéutico desde antes incluso de ver la luz (no fueron publicadas hasta 1953, dos años después de la muerte de su autor), algo que encaja a la perfección con la función que Wittgenstein adjudicó a la filosofía en esta época de su actividad intelectual.

La editorial Cambridge University Press aceptó publicar la obra en edición bilingüe (alemán-inglés). Sin embargo, dos diatribas íntimas del autor comenzaron a hacer peligrar la posibilidad de que esta nueva empresa filosófica llegara a buen puerto: la primera, la disconformidad progresiva de Wittgenstein con respecto a la segunda parte de la obra, donde se ocupaba de la filosofía de las matemáticas; la segunda, la traducción del texto alemán al inglés. Con respecto al segundo de estos problemas, cabe decir que la versión inglesa de la obra fue encargada a otro filósofo, Rush Rhees (1905-1989), por consejo de Moore. La tarea no era baladí, debido al particular uso del alemán que hacía Wittgenstein, coloquial y preciso al mismo tiempo. Cuando el autor pudo leer la primera parte del trabajo de Rhees se sintió horrorizado, y en lugar de esperar a que el traductor regresara de un viaje a Estados Unidos, él mismo decidió verter su texto a la lengua de Shakespeare.

El objetivo de Wittgenstein era presentar las *Investigaciones* —al menos, la parte traducida— como respaldo de su solicitud para tomar posesión de la cátedra de filosofía que había quedado vacante tras la dimisión presentada por Moore. Para lograr el puesto tenía que competir con aspirantes de valía como John Wisdom (1904-1993), discípulo del catedrático dimisionario y futuro investigador de prestigio en filosofía del lenguaje. Entre los miembros del tribunal examinador figuraba Robin George Collingwood (1889-1943), filósofo e historiador formado en la Universidad de Oxford que no apreciaba particularmente la obra del pensador vienés, pero también estaba su amigo John Maynard Keynes. Wittgenstein superó el trámite el 11 de febrero de 1939, convirtiéndose en catedrático de filosofía, logro que posteriormente facilitaría que le fuera concedida la nacionalidad británica.

De aristócrata austríaco a judío alemán

Hasta el 10 de marzo de 1938 Wittgenstein fue ciudadano austríaco. Al día siguiente se consumó el proceso de *Anschluss*, la anexión de Austria a la Alemania liderada por Adolf Hitler, que tuvo lugar ante la impasibilidad de una sociedad austríaca profundamente dividida entre los partidarios del nazismo y su mensaje pangermanista y belicista, y los defensores de la identidad nacional y la democracia austríacas. De este modo se convirtió el filósofo en ciudadano alemán, si bien con una trágica peculiaridad: su condición de judío, etnia execrada por el ideario nacionalsocialista, cuyos miembros alemanes ya sufrían por entonces las medidas racistas que habrían de culminar, durante la Segunda Guerra Mundial, con la tristemente célebre «solución final a la cuestión judía» y su constelación de campos de exterminio.

Tanto las noticias sobre la represión contra los hebreos como las

imágenes de la marcha triunfal de Hitler por las calles de Viena convencieron a Wittgenstein de la necesidad de acogerse de un modo más estable a la hospitalidad del Reino Unido mediante la nacionalización. El 2 de junio de 1939 recibió el pasaporte que lo reconocía como súbdito británico.

En Cambridge, Wittgenstein reunió en torno a sí un nuevo y reducido grupo de estudiantes: Yorick Smythies, Rush Rhees, James Taylor, Casimir Lewy y Theodore Redpath. De ellos, los más cercanos —hasta el punto de convertirse en sus amigos para toda la vida—, fueron Rhees (a pesar de sus problemas con la traducción de las *Investigaciones filosóficas*), Taylor (que murió en una reyerta de bar en Australia, donde había ganado una plaza de profesor universitario) y Smythies, quien estuvo siempre preocupado por los problemas filosóficos sin necesidad de ser profesor, sino bibliotecario en Oxford; al declarársele una grave enfermedad mental, esquizofrenia paranoide, fue paciente de otro de los amigos de Wittgenstein, el psiquiatra Maurice O. Drury (1907-1976).

Lo que el austríaco confesó a Drury confirma que su concepción de la filosofía, expuesta ya en el *Tractatus*, era práctica y no teórica, y consistía en hacer, no en decir: «Mi padre era un hombre de negocios, y yo soy un hombre de negocios; quiero que mi filosofía sea como un negocio, hacer algo, fundar algo». Y fue Drury quien mejor describió el efecto que el profesor austríaco ejercía sobre los jóvenes de Cambridge: lo equiparó a la impresión que Sócrates causó en el siglo V a.C. entre la juventud ateniense.

Estética y creencia religiosa

Durante la década de 1930, debido a que el ascendiente de Wittgenstein sobre algunos de sus estudiantes les llevó a alejarse de la enseñanza reglada, la producción académica de esa época no refleja la influencia del autor y su obra (si exceptuamos la

recopilación de ensayos filosóficos y psicológicos de Drury, *El peligro de las palabras*). En sus clases, Wittgenstein disertaba sobre estética y religión del mismo modo que lo hacía sobre filosofía de las matemáticas o psicología, como quedó constancia en las notas que tomaban sus estudiantes y de las que él desconfiaba, consciente de la posibilidad de que algún día se publicaran y dieran a conocer sus reflexiones en un estadio inacabado.



LA EXPANSIÓN DE LA ALEMANIA HITLERIANA

Convertido en canciller de Alemania tras la victoria electoral de los nazis en 1933, Adolf Hitler liquidó de un plumazo las instituciones republicanas, prohibió los partidos políticos opuestos al nazismo, proclamó el Tercer Reich (imperio), procedió a la anexión de los territorios que habían pertenecido a Alemania o estaban habitados por pueblos de lengua alemana, e inició su implacable persecución contra los judíos, primero dictando leyes discriminatorias y de inmediato aumentando las medidas de acoso físico que culminarían con la persecución salvaje y los tristemente conocidos campos de exterminio. Buena parte de la población judía de las regiones sometidas bajo el yugo nazi emigró en cuanto le fue

posible hacia Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. Esta situación de inseguridad llevó a Wittgenstein a tomar la decisión de nacionalizarse británico aprovechando que residía y daba clases en Cambridge. Mientras, el 20 de abril de 1939, Hitler celebraba en Berlín su 50 aniversario con este impresionante desfile de la Wehrmacht que poco después invadiría Polonia.

Tal y como ya se anunció en el *Cuaderno azul* (texto dictado por Wittgenstein en sus clases del curso 1933-1934 y llamado así por el color de las guardas del cuaderno en el que fue escrito), estética y religión son dos casos paradigmáticos de cómo la aplicación indiscriminada del método científico a ciertos ámbitos de la cultura y de las preocupaciones humanas trae la confusión y la distorsión. El método de Wittgenstein para criticar la idolatría por la ciencia no consistía en elaborar ninguna teoría, sino en dar ejemplos y describir casos concretos. Ni en estética ni en religión hay causas, resultados, hipótesis, ciencia o explicaciones. «Entre Russell y los curas han hecho un daño infinito, infinito», le dijo en una ocasión Wittgenstein a Drury.

Según el filósofo austríaco, ateos y creyentes tenían algo en común: ambos eran víctimas del pensamiento científico. Los primeros, como Russell, porque no encontraban pruebas de la existencia de Dios; los segundos, cuyo caso más paradigmático serían los teólogos, porque intentaban probarla. Sin embargo, aseguraba Wittgenstein, sobre la creencia religiosa y sobre la apreciación estética nada cabe decir, ambas se mostrarán en nuestras acciones y reacciones, las cuales guardarán entre sí parecidos de familia. De este modo, Wittgenstein pretendía combatir un modo de pensar generalmente extendido en su tiempo e instaurar uno nuevo. No es casualidad que una de sus lecturas favoritas por esta época fuera *El rey del salón oscuro*, del poeta indio Rabindranath Tagore, una alegoría sobre cómo la creencia religiosa nace y nos dobla hasta la resignación, y solamente nos salva cuando

somos capaces de vencernos a nosotros mismos.

Filosofía de las matemáticas

Si en lo referente a estética y creencias religiosas los acusados por Wittgenstein de haber promovido los daños del cientifismo habían sido Russell y los curas, en el caso de la filosofía de las matemáticas los culpables fueron Russell y los lógicos. Wittgenstein dedicó a esta materia varias clases durante el año 1939, en este caso orientadas a deshacer el hechizo (*Verhexung*) y la fascinación provocados por ciertas demostraciones. Dichas clases estaban orientadas a acabar con la idolatría profesada a la ciencia, que Wittgenstein asociaba a la decadencia cultural denunciada por autores como el alemán Oswald Spengler (1880-1936) en su ensayo *La decadencia de Occidente*. En este libro se presentaba la civilización surgida del proyecto ilustrado como una enfermedad del estado social propio de la naturaleza humana, estado determinado por el apego a las raíces culturales del pueblo al que se pertenece por origen; así pues, el cosmopolitismo, la democracia, el materialismo, la mezcla de culturas —con la introducción de elementos bárbaros foráneos— y la sustitución del «Destino» por la «Razón» serían los causantes de la decadencia de Occidente. El giro wittgensteiniano hacia el marco conceptual y social que más tarde recibiría la denominación de «formas de vida» no puede entenderse sin la influencia de Spengler.

Dichas clases contaron entre sus asistentes con la presencia del matemático británico Alan Turing (1912-1954), padre de la computación, con quien Wittgenstein no se cansó de discutir sobre los fundamentos de las matemáticas, de modo especial acerca de la posibilidad —sustentada por el austríaco— de que esta ciencia exacta pueda contener contradicciones irresolubles. Semejante suposición azoraba a Turing, defensor acérrimo del carácter

axiomático de las matemáticas, en especial por la repercusión que estas contradicciones, si existieran, podrían tener sobre las aplicaciones materiales de la formalidad matemática. La intención del austríaco era demostrar que las matemáticas no aportaban ninguna verdad absoluta. La polémica alcanzó tal fogosidad que Turing abandonó el curso antes de su conclusión.

Otro de los asistentes a estas clases fue el americano Norman Malcolm (1911-1990), quien se convirtió en uno de los mejores amigos de Wittgenstein. Cuando regresó a Estados Unidos, Malcolm fue el responsable de abastecer al austríaco tanto de noticias como de su revista favorita, *Detective Story Magazine*, que reunía entre sus firmas a escritores como Raymond Chandler. Una de las historias aparecidas en dicha publicación mostraba que el *êthos* o carácter de Wittgenstein era el de uno de aquellos detectives: «No soy el tipo de detective que aparece en los libros de deducciones. Soy un individuo que trabaja duro, que no se arredra ante nada».

La pasión… y el dolor

Entre los allegados a Wittgenstein figuraba igualmente el matemático Francis Skinner (1912-1941), colaborador en el proyecto frustrado de un libro sobre filosofía y matemáticas, amanuense del C*uaderno marrón* (recopilación de las clases del filósofo austríaco del curso 1934-1935) y, además de todo eso, amante del autor del *Tractatus*.

El 11 de octubre de 1941, Francis Skinner murió de poliomielitis. Era la segunda ocasión, tras el fallecimiento de David Pinsent en mayo de 1918, en que Wittgenstein perdía prematuramente a un persona que amaba. Impresionado por la noticia, escribió que siempre recordaría a Skinner con remordimiento y no con gratitud, por no haberlo amado durante los dos últimos años de su vida y haberle sido infiel de pensamiento con Keith Kirk, un compañero de

trabajo de Skinner a quien Wittgenstein se ofreció a dar clases particulares gratuitas de matemáticas, física y mecánica, con vistas a preparar un examen de formación profesional. El filósofo escribió que sus pensamientos sobre Kirk eran bajos, deshonestos e indecentes.

UN HOMBRE ACOSTUMBRADO A PENSAR

Desde que se iniciara la Segunda Guerra Mundial, el 1 de septiembre de 1939, Wittgenstein se sintió llamado a colaborar en la lucha contra el nazismo e intentó encontrar alguna ocupación relacionada con ella, pero fue en vano: aunque tuviera la nacionalidad británica, su nombre y su apellido despertaban desconfianza. Finalmente, logró su propósito gracias a la mediación del físico John Ryle, hermano del filósofo Gilbert Ryle: John había servido como soldado en la Primera Guerra Mundial y desde 1938 colaboraba en la labor de sacar de Alemania y Austria a médicos judíos. Consiguió para Wittgenstein un trabajo en el Guy's Hospital de Londres, situado en una zona azotada de pleno por los bombardeos de la Luftwaffe (fuerza aérea) alemana, después de que Wittgenstein le dijera que prefería morir de inmediato colaborando en la situación excepcional que se vivía en Inglaterra a causa de la contienda, que agonizar lentamente enseñando filosofía en Cambridge.

Su primera ocupación en el hospital fue la de ayudante del dispensario. La tarea consistía en repartir los medicamentos entre los pacientes de las distintas plantas, a quienes, según el testimonio de la mujer de Ryle, Wittgenstein aconsejaba que no se los tomaran. Su jefe lo recordaba como «un hombre acostumbrado a pensar»: en apenas tres semanas pasó a trabajar como técnico farmacéutico en el laboratorio de fabricación del departamento de dermatología, donde consiguió elevar la calidad del ungüento Lassar.

Su trabajo filosófico de esta época consistió en escribir tres cuadernos de observaciones sobre la filosofía de las matemáticas para mejorar las *Investigaciones filosóficas*. Los tres textos fueron publicados por separado con el título de *Observaciones sobre los*

fundamentos de la matemática.

Las investigaciones médicas de Wittgenstein

A sus más de cincuenta años, el trabajo de recorrer de lado a lado el hospital en su labor de reparto agotaba a Wittgenstein. Esta fue una de las razones por las cuales aprovechó una nueva oportunidad de aplicar su inteligencia y su capacidad de observación y de reflexión para ayudar a los heridos de guerra. Dos de los profesionales que había conocido en el Guy’s, Basil Reeve y el doctor R. T. Grant, estaban llevando a cabo una investigación sobre la «conmoción traumática» y los problemas prácticos derivados de la dificultad de definirla. Conforme se redujo el número de bombardeos sobre el Guy’s, sus salas vieron disminuir el número de pacientes, lo cual era una buena noticia, pero reducía la cantidad de casos observables. En abril de 1943, Wittgenstein, Reeve y Grant se trasladaron al Hospital Royal Victoria de Newcastle, donde el flujo de heridos era mayor. Su objetivo era, como escribió Hertz en sus *Principios de mecánica*, eliminar toda confusión, dar forma a la expresión y dejar de hacer preguntas que no venían al caso.

De las conversaciones de Reeve y Wittgenstein en Newcastle se desprende que hay más maneras de hacer filosofía y de ejercer una influencia filosófica que hablando de la propia filosofía, pues Reeve siempre recordó que Wittgenstein le influyó de dos maneras: al hacerle ver que las cosas son como son y no son otra cosa, e inculcándole la importancia de encontrar comparaciones que permitan ver las relaciones entre las cosas. El austríaco había tomado la sentencia primera del filósofo, teólogo y obispo inglés John Butler (1692-1752) para emplearla en sus *Investigaciones filosóficas*, pero la directriz segunda era considerada por él mismo como su principal aportación original a la filosofía.

La investigación en la que participó Wittgenstein con Reeve y Grant tuvo como resultado que se dejara de usar la expresión «conmoción traumática» y se buscaran diagnósticos más provechosos. A lo largo del proyecto, Wittgenstein no solo fue el encargado de preparar el material histológico (cortar los tejidos congelados y teñirlos para su observación), sino que inventó un aparato para medir la variación del volumen y el ritmo del pulso en función de la profundidad y el ritmo de la respiración, una anomalía conocida como *pulsus paradoxus* que se presentaba en pacientes con heridas serias.

El 16 de febrero de 1944, Wittgenstein tuvo que marcharse de Newcastle para cumplir con las exigencias de Cambridge University Press: tenía que pasar al menos un trimestre escribiendo un tratado filosófico. El escrito que la editorial exigía no era otro que el propuesto por el propio Wittgenstein unos meses antes: la publicación conjunta del viejo *Tractatus* y las nuevas *Investigaciones filosóficas*, en las que él mismo refutaba sus antiguas ideas. El proyecto no llegó a materializarse nunca.

A su regreso a Cambridge se reencontró con Russell, a quien no veía desde hacía catorce años, y con Moore, anciano y enfermo, quien por prescripción médica no debía agitarse, lo cual implicaba no discutir con Wittgenstein. Pero este no solo despreciaba semejante consejo, sino que insistió en que Moore debería discutir tanto como deseara, y si se excitaba o cansaba, y sufría una apoplejía y fallecía, sería una manera decente de morir «con las botas puestas», tal y como dijo a Malcolm.

EL LENGUAJE COMO CAJA DE HERRAMIENTAS

En su prefacio a las *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein presentó su obra como el precipitado de las pesquisas que le ocuparon durante al menos dieciséis años, esto es, desde su regreso a Cambridge en 1929 hasta 1945 (aunque no abandonaría definitivamente el proyecto hasta 1949, dos años antes de morir). Fue tan ardua la labor de escritura y reescritura, que el autor reconoció la imposibilidad de mejorar el contenido de la obra aunque pasara otros cien años dedicado a ello. No se trataba de una cuestión de tiempo, simplemente se veía incapaz de hacer algo mejor.

Si en el *Tractatus* se desplegaba ante el lector una concepción de la filosofía cimentada sobre argumentos trascendentales, las *Investigaciones filosóficas* mostraban un modo de hacer filosofía basado en descripciones y ejemplos, la crítica del atomismo lógico y la argumentación en contra de la posibilidad de que exista un «lenguaje privado», esto es, un lenguaje cuyas palabras se refieren a las sensaciones particulares que solo pueden ser conocidas por quien las experimenta, y que este no puede explicar mediante el uso de las palabras del lenguaje público (social). Según Wittgenstein, la existencia de este lenguaje restringido es imposible.

El problema de la existencia o la imposibilidad de los lenguajes privados tiene importancia filosófica por las consecuencias que acarrea para ámbitos como la epistemología o la filosofía de la mente. Algunos representantes del empirismo consideraron que lo único que podemos llegar a conocer son nuestras propias experiencias, que son las que dotan de significado a las palabras a las que son asociadas por procesos exclusivamente privados. El problema es que si cada uno da significado a las palabras a partir de

los ejemplos de las experiencias internas, nadie puede tener la certeza de que sus ejemplos de experiencias sean los mismos que los conocidos por los demás y, en definitiva, nadie puede estar seguro de si lo que llama «dolor» es lo mismo que su médico denomina con el mismo término, o si lo que un daltónico llama «rojo» es lo mismo que lo que una persona sin ninguna alteración de la visión llama «rojo».

Formas de vida y juegos del lenguaje

Lo que hoy en pleno siglo XXI conocemos como *best seller* existía ya a comienzos de la pasada centuria. Eduard Spranger (1882-1963) fue un filósofo, psicólogo y pedagogo alemán que en 1914 publicó un libro que resultó ser un superventas: *Formas de vida*. En 1920 había vendido 28.000 ejemplares, una cifra inusualmente elevada para la época.

Spranger intentó clasificar los perfiles psicológicos dentro de criterios humanistas, a los que atribuyó mayor capacidad comprehensiva que las explicaciones meramente fisiológicas, de corte estructuralista (corriente de pensamiento que se estaba desarrollando con fuerza desde la segunda década del siglo XX) o meramente cientifistas. La taxonomía que iba a proponer —en palabras de Spranger, el método «típico-ideal»— estaba en relación directa con los valores; en concreto, seis tipos humanos ideales determinados por el sentido prioritario que daban a sus vidas. Se trataba, por tanto, de un estudio tanto fenomenológico como ético de la psique humana. Esos seis tipos eran: el hombre teorético, inclinado al saber, que se caracteriza por su individualismo y cierto aristocraticismo; el hombre estético, que busca siempre la belleza y procura gozar de los dones sensitivos que ofrece la vida; el hombre religioso, perseguidor de la santidad, para quien el mundo solo es un

camino hacia Dios; el hombre político, de carácter enérgico, cuya finalidad en la vida es el gobierno de las masas; el hombre social, sacrificado por el bien de sus semejantes, ejemplo de altruismo; y por último el hombre económico, dominado por el interés material, práctico y egoísta, que antepone el valor de utilidad en todos los ámbitos de la existencia.



PALABRAS MUERTAS

Todo lenguaje nace de una forma de vida, y si esa cambia, su lenguaje reflejará ese cambio. Si esa forma de vida muere, como el oficio que Velázquez retrataba en su famoso cuadro *Las hilanderas*, el lenguaje que en ella floreció (huso, rueca, hilar) dejará de tener significado para quienes no conocieron dicha forma de vida. Por eso dice Wittgenstein que imaginar un

lenguaje es imaginar una forma de vida. Porque el lenguaje está tejido con las acciones, nace de la praxis social de una comunidad concreta. Los problemas filosóficos, las confusiones y los malentendidos surgen cuando «el lenguaje hace fiesta», cuando la rueda del lenguaje se sale del engranaje y comienza a girar en el vacío, sin apoyarse en ninguna forma de vida, como la rueca sin hilo de una hilandera ociosa.

Según Spranger, las formas de vida permitían estructurar e interpretar la experiencia, lo que las convertía en los datos filosóficos últimos. Sin embargo, este concepto no dio todo el potencial significativo que podía ofrecer hasta que cayó en manos de Wittgenstein, quien fue más allá de este esquema más bien abstracto y señaló que esas formas de vida son lo único dado, lo único que hay que aceptar, lo que da significado a los conceptos de hecho, porque estos solo cobran significado en tanto son usados por los seres humanos. En tal sentido hay que entender lo escrito en las *Investigaciones filosóficas*: «Imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida». Siguiendo el principio ya conocido de que el lenguaje marca los límites del mundo, el austríaco amplió la noción de formas de vida a toda la constelación de significantes —usos y costumbres, valores, normas, leyes...— que informa y guía como referente práctico la vida cotidiana de las personas integradas en un determinado colectivo, en cuyo seno se emplea un lenguaje común. Y dado que las formas de vida son colectivas y que el lenguaje se aprehende en la convivencia con una comunidad y asociado a una praxis, no puede existir un lenguaje privado.

El lenguaje es juego y herramienta

Ese tejido que contiene en sí tanto las acciones como el lenguaje es lo que Wittgenstein denominó «juego del lenguaje» (*Sprachspiel*). La palabra «dolor» sirve como ejemplo de cómo aprendemos el uso de

un concepto: no mediante definiciones, sino siendo testigos en sucesivas ocasiones de cómo los demás lo usan. De otro modo sería imposible conocer algo que cada uno siente en su interior; no podríamos construir su significado simplemente adjudicando un nombre a un objeto interno que solo nosotros conocemos y que queda fuera de cualquier juego del lenguaje. Todo proceso interno necesita de un criterio externo.

En las *Investigaciones*, Wittgenstein enumeró una ya famosa lista de algunos ejemplos de lo que considera juegos del lenguaje. Dicha nómina no tiene intención de ser exhaustiva, pues los juegos nacen, crecen, se modifican o desaparecen al mismo ritmo que lo hacen las formas de vida. Algunos de los juegos del lenguaje citados son: dar órdenes, describir un objeto por su apariencia, fabricar un objeto de acuerdo con una descripción, relatar un suceso, comprobar una hipótesis, presentar los resultados de un experimento mediante tablas y diagramas, inventar una historia, actuar en el teatro, cantar a coro, adivinar acertijos, contar un chiste, resolver un problema de aritmética, traducir, suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar.

Mediante esta exhibición, Wittgenstein mostró la multiplicidad de herramientas del lenguaje, así como sus modos de empleo (el lenguaje es como una caja de herramientas, se lee en las *Investigaciones*); herramientas que son como alicates, destornilladores, llaves, martillos, sierras y tenazas, todas diferentes entre sí y cada cual con su función propia. Lo mismo sucede con las palabras: se parecen en que son palabras, pero difieren en su función. Y para diferenciar una palabra de otra, como una herramienta de otra, no tenemos más que fijarnos en su empleo (*Verwendung*).

El otro ejemplo con el que Wittgenstein intentó esclarecer la funcionalidad de las palabras consiste en una cabina de locomotora en donde hay distintos manubrios, diseñados todos para ser usados con la mano —por lo que parecen iguales— pero cada uno de ellos

con una función distinta.

El álbum familiar de las palabras

Independientemente de que hablemos de juegos de mesa, juegos con pelota, juegos de adivinar, etc., lo que todos los juegos tienen en común es que están organizados según reglas. Por ello guardan entre sí una relación de parentesco; tienen en común lo que Wittgenstein denominó «parecidos de familia» (*Familienähnlichkeiten*). Lo mismo ocurre cuando nos detenemos a observar un álbum de fotos familiar: si bien no todos los familiares comparten el mismo rasgo, sí somos capaces de localizar un rasgo que aparece y desaparece, como la curvatura de las cejas, la rectitud de la nariz, lo marcado del mentón, etcétera.

Cuando invitamos a un amigo a jugar, lo primero que hacemos es explicarle cómo se juega, esto es, le contamos qué reglas debe seguir. Pero a veces no es necesario explicarle al nuevo jugador las reglas, sino que este puede llegar a inducirlas observando cómo juegan los demás jugadores. Del mismo modo, cuando estamos aprendiendo una lengua —ora la nuestra cuando somos niños ora un idioma extranjero— atendemos al modo en que usan sus palabras quienes ya saben hablarla. Es decir, en qué contextos usan ciertas palabras, dentro de qué expresiones emplean unas u otras, con qué sentidos distintos pueden hacerlo, etcétera.

Si queremos saber qué significa un término, solo tenemos que mirar cómo lo usan los hablantes de esa lengua. Inversamente, para demostrar que sabemos el significado de una palabra, debemos ser capaces de dar ejemplos de situaciones en las que se use. «Comprender una frase es conocer al menos uno de sus usos. Si no podemos pensar en alguna de sus utilizaciones, entonces no la comprendemos», escribió Wittgenstein. Para saber cuál es la

relación entre el nombre y lo nombrado no tenemos que pensar, sino solo mirar el juego de lenguaje. «No pienses», dice Wittgenstein, «¡mira!». Lo que da vida al signo, su hálito vital, es el uso. Si alguien nos pregunta qué es una proposición, no tenemos que definirla sino dar ejemplos de «la serie inductiva de las proposiciones», tal y como la llamó el autor de las *Investigaciones filosóficas*.

LA FUNCIÓN TERAPÉUTICA DE LA FILOSOFÍA

La teoría del significado propuesta en el *Tractatus* estaba basada en la relación de correspondencia entre las proposiciones y los hechos, pero en las *Investigaciones* esta fue dejada atrás: ya no tenía sentido hablar de corrección. Paralelamente, aquello que en el *Tractatus* era señalado como un sinsentido, en las *Investigaciones filosóficas* se explicaba como resultado de intentar aplicar la gramática de un juego del lenguaje a otro juego del lenguaje. Dicho de otro modo: en cuanto descubrimos qué juego del lenguaje se está jugando, desaparecen los problemas filosóficos, se disuelven como azúcar en agua tibia.

Según el segundo Wittgenstein, el juego del lenguaje de la filosofía es una especie de parásito del lenguaje cotidiano. Si en el *Tractatus* el error de la filosofía —y de la ética, la estética, la teología y la metafísica— era querer decir algo que estuviera más allá de los límites marcados por ese lenguaje ideal que es la lógica, las *Investigaciones* trocaban ese yerro por la aspiración a ir más allá del lenguaje cotidiano, ya que este era considerado un «fenómeno primitivo» (*Urphäenomen*). Wittgenstein tomó este concepto de uno de sus escritores más apreciados: Goethe. «Nuestro error es buscar una explicación allí donde deberíamos ver los hechos como “protofenómenos”, es decir, donde deberíamos decir: este es el juego de lenguaje que se está jugando». Por lo tanto, la tarea del filósofo sería encauzar el empleo de las palabras, redirigiéndolas desde sus usos metafísicos al uso cotidiano.

Según el *Tractatus*, los problemas filosóficos nacían de nuestra incomprensión de la lógica de nuestro lenguaje; según las *Investigaciones*, «cuando el lenguaje hace fiesta». Los problemas filosóficos no son empíricos, por lo que su solución no se alcanza mediante la experiencia. La filosofía no explica cómo usamos el

lenguaje ni lo fundamenta, solo lo describe y «deja todo como está»; se limita a descubrir los sinsentidos y los chichones que nos hacemos al chocar contra los límites del lenguaje. Los problemas filosóficos deben desaparecer para dejar paso a una completa claridad y a la posibilidad de dejar de filosofar a voluntad, de descansar cuando queramos, de dejar de azotarnos con preguntas que cuestionan la propia filosofía. En filosofía no hay un problema, sino muchos problemas; no hay un método, sino varios; y no hay una única solución, sino multitud de terapias. El lenguaje nos hechiza y la labor de la filosofía es deshacer ese hechizo, como vimos en las clases sobre estética, creencia religiosa y filosofía de las matemáticas. «La filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje.» Lo único que la filosofía puede hacer es destruir ídolos.

Contra los filósofos profesionales

Ninguna de las funciones que Wittgenstein le adjudicó a la filosofía parece muy imprescindible, al menos desde el punto de vista de los filósofos anteriores a él: en el *Tractatus* pidió guardar silencio, empezar a hacer y dejar de decir; después, dejar todo como está. No fue el austríaco un pensador tradicional: para empezar, nunca emprendió una lectura sistemática de textos filosóficos. No fue un estudiante de filosofía que comenzara leyendo los fragmentos de Tales, Heráclito, Parménides, Anaxágoras, Anaximandro y Anaxímenes, y de todos los autores que han sido llamados presocráticos, para después seguir con los diálogos de Platón y todas las obras de Aristóteles, y así hasta llegar a los filósofos inmediatamente anteriores a él. Para Wittgenstein, como muestra su relación epistolar con Norman Malcolm, estudiar filosofía solo servía para hablar verosímilmente acerca de cuestiones abstrusas como la

lógica, pero no para aprender a pensar mejor sobre los asuntos realmente importantes de la vida cotidiana. Wittgenstein aseguraba que la lectura de libros filosóficos no solo no mejoraba sus pensamientos, sino que los hacía aún peores. Si uno quiere pensar de una forma que merezca la pena, se hará daño; inversamente, si uno no quiere hacerse daño, no deberá pensar.

WITTGENSTEIN *VERSUS* WITTGENSTEIN

Si hubo realmente un filósofo que refutó al «primer Wittgenstein» ese no fue otro que el propio Wittgenstein, el «segundo». Si bien el primero consideró que con el *Tractatus* había resuelto todos los problemas, el segundo señaló algunas de las limitaciones de esa concepción del lenguaje que únicamente tenía en cuenta el lenguaje ideal o formalizado y solo le concedía una función: la referencial. Precisamente de esto deriva su distinta concepción del significado, que en el *Tractatus* depende del isomorfismo del lenguaje y el mundo, mientras que en las *Investigaciones* viene determinada por los distintos usos que se le dé a una palabra o expresión. Paralelamente, lo que en cada momento se entiende por sinsentido varía: mientras que para el primero implica salirse de los límites del mundo, para el segundo es salirse del juego del lenguaje que se esté jugando en cada momento.

Primer Wittgenstein		Segundo Wittgenstein
Tractatus logico-philosophicus	← Obra fundamental →	*Investigaciones filosóficas*
Formalización del lenguaje	← Tema de estudio →	Lenguaje ordinario
Análisis lógico (piensa)	← Método filosófico →	Observación (¡mira!)
Espejo del mundo (teoría pictórica del significado)	← El lenguaje es… →	Una caja de herramientas (formas de vida y juegos del lenguaje)
Correspondencia lenguaje-mundo	← El significado… →	Depende del uso
Aclara, elucida, deshace nudos	← La filosofía… →	Es terapéutica, aquieta la mente
Salirse de los límites del mundo que acota la lógica	← El sinsentido es… →	Aplicar las reglas de un juego del lenguaje a otro

A este rechazo de la actividad propia de los filósofos hay que sumarle sus críticas tanto a su «absurdo empleo de profesor de filosofía», como le escribió a Malcolm, como a la Universidad de Cambridge (a sus personajes, sus normas tácitas y al ambiente académico en general). Por si esto no fuera suficiente, con el paso del tiempo Wittgenstein terminó por oponer la sabiduría y la teoría, ambas grises y frías, a la pasión, el color y la vida que según él eran

los rasgos definitorios de la fe y la religión.

Esta actitud tan reacia a todo lo que constituye el día a día de cualquier profesor de filosofía universitario actual le llevó a tener varios incidentes: el más famoso tuvo lugar con un compatriota, el filósofo vienés Karl Popper (1902-1994). Ambos se enzarzaron en una discusión acerca de la existencia de normas éticas que acabó con Wittgenstein iracundo (llegó a blandir un atizador de chimenea contra su oponente dialéctico). Otro incidente fue provocado por su falta de aceptación de los procedimientos académicos y tuvo lugar cuando fue invitado a la Universidad de Oxford, donde no consintió en responder a las preguntas que le planteaban, pues deseaba conducirse según su propio método, que no era propiamente reconocido como ortodoxo.

Todo este descontento le llevó en 1947 a tomar la decisión de abandonar su carrera docente. Sin embargo, su ausencia de las aulas no implicó que abandonara la filosofía: lo único que dejó atrás fue el ambiente de Cambridge, que consideraba corrupto y asfixiante. Lo cambió por una estancia en la granja de Redcross, en County Wicklow (Irlanda), y más tarde en Dublín, la capital irlandesa, donde redactó los *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*.

Escepticismo y certeza

Tras varias estancias en Irlanda, cuyas costas y paisajes fascinaban a Wittgenstein, viajó a Ithaca (Estados Unidos) para visitar a su amigo Norman Malcolm. Allí tuvo la oportunidad de conocer a varios filósofos de la Universidad de Cornell. Las notas que Wittgenstein escribió durante aquel viaje hasta dos días antes de morir fueron publicadas póstumamente, en 1969, bajo el título de *Sobre la certeza*. En ellas se ocupaba de cuestiones de epistemología o teoría del conocimiento, en diálogo implícito con las *Meditaciones*

metafísicas de Descartes y dos obras de Moore, *Una defensa del sentido común* (1925) y *Prueba de un mundo externo* (1939). Wittgenstein pretendía defender la existencia de proposiciones que pertenecen a nuestro «marco de referencia», sin las cuales no podríamos emitir ningún juicio. El escepticismo que duda de aquello sobre lo que ni siquiera puede preguntarse es absurdo. Las proposiciones «de referencia» no describen un corpus de conocimiento, sino cómo comprendemos el mundo. Y si lo contrario de una proposición no tiene sentido, entonces la proposición no describe el mundo, sino nuestro sistema conceptual (es decir, forma parte de la lógica).

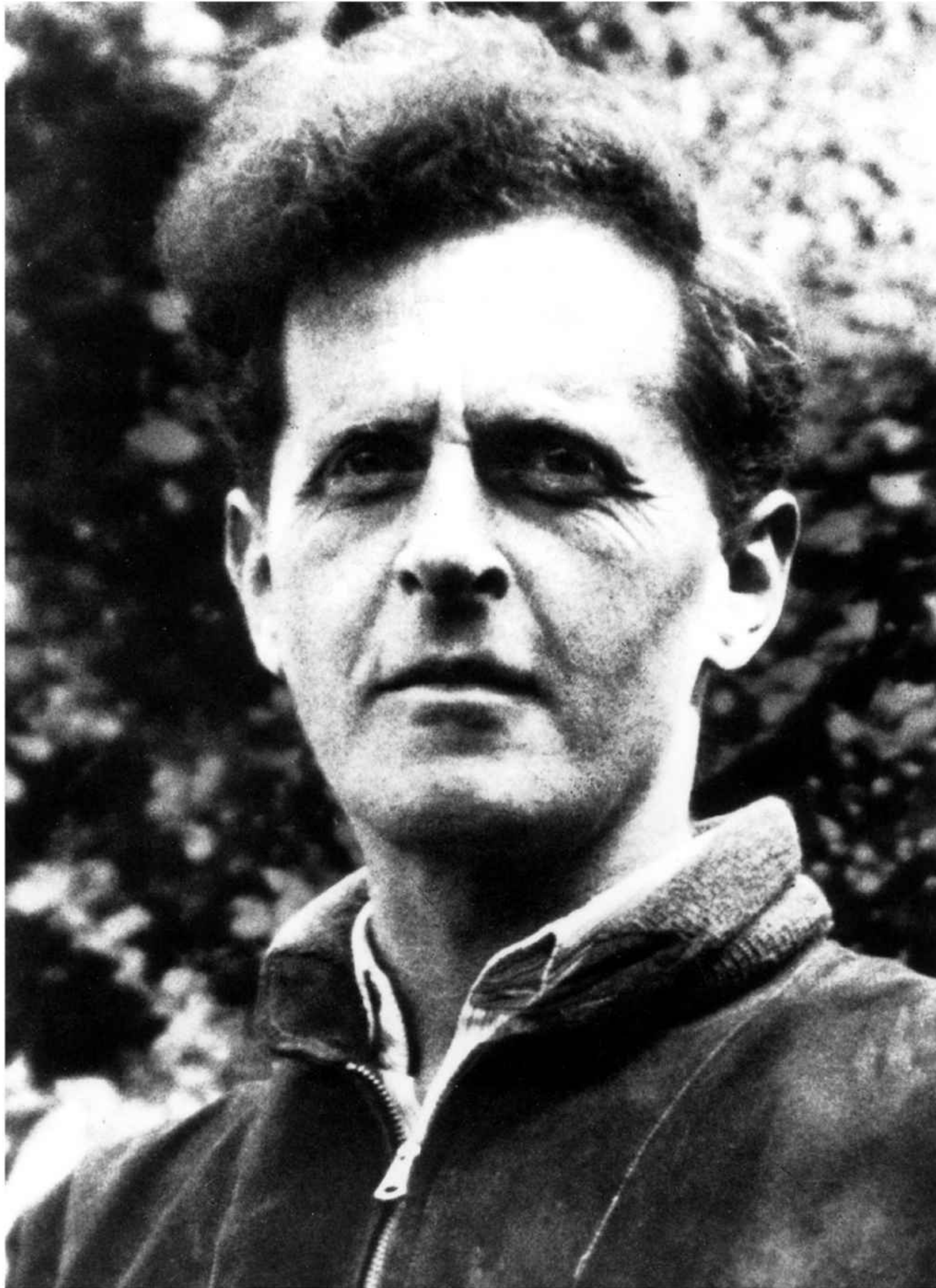
Las cinco hipótesis desarrolladas en *Sobre la certeza* son las siguientes:

1. La duda necesita fundamentos: el simple hecho de ser capaces de imaginar «no p», permite dudar de «p».
2. La duda debe consistir en algo: lo que marca la diferencia entre la duda especulativa y la duda práctica.
3. La duda presupone el dominio de un juego del lenguaje: si alguien no está seguro de un hecho, entonces tampoco puede estar seguro de sus palabras. Afirmar «no sé si lo que tengo en la mano es un libro» presupone que conozco el significado de las palabras «mano» y «libro».
4. La duda universal es imposible: la duda se da dentro de determinados juegos del lenguaje. Cuando los niños aprenden es porque creen al adulto; solo después de la creencia puede nacer la duda. Cuando alguien comienza a creer algo, no cree solo una proposición, sino que cree en todo el sistema en el que dicha proposición está inscrita, en todas sus premisas y en todas sus conclusiones, sobre las que se construyen los juegos del lenguaje de argumentar, razonar, deducir, contrastar, comparar.
5. La duda presupone certeza: el hecho de dudar presupone la

certeza en tanto dudamos a partir de proposiciones que no se contrastan y sobre las que no se duda.

El final de su estancia en Estados Unidos se vio complicado por un malestar que le llevó a ser internado en un hospital. Su única preocupación, según Malcolm, no era morir, sino no morir en Europa.

A su regreso al Viejo Continente visitó al médico que le había recomendado su amigo Drury, el doctor Bevan, y tras varias pruebas recibió la noticia de que padecía cáncer de próstata, diagnóstico que no lo alteró en absoluto y que le condujo a ser tratado con estrógenos y rayos X. Un deseo que sí expresó fue regresar a Viena para, entre otras cosas, despedirse de su hermana Hermine, también enferma de cáncer, pero sin decirle a nadie de su familia que había contraído la dolencia. Allí escribió las observaciones que constituyen *Sobre el color*.



Esta foto fue tomada en 1948, año que Wittgenstein pasó en gran parte en Irlanda, de cuyos paisajes tanto disfrutaba, aunque eso no fue suficiente para compensar su malestar físico, las constantes indigestiones que le agotaban y le impedían trabajar, la fragilidad de sus nervios, su estado mental al borde de la locura y los ataques de melancolía. Después de una visita en Viena a su hermana Hermine, enferma de cáncer, regresó a Cambridge y dictó el texto de *Observaciones sobre filosofía de la psicología* y en invierno escribió

Últimos escritos sobre filosofía de la psicología.

Una vez de vuelta en Inglaterra su salud fue empeorando hasta el punto de acabar con todos sus planes de volver a viajar de nuevo a Noruega o de pasar una temporada en un monasterio. Wittgenstein sentía horror ante la expectativa de morir en un hospital, así que el doctor Bevan, dando muestras de ser la persona excepcional que Drury le había descrito, le ofreció que se mudara a su casa, a vivir el tiempo que le quedara con él y su mujer.

A finales de febrero de 1951 se le dejó de aplicar la terapia y se le comunicó que no viviría más que unos meses, lo que no solo alivió a Wittgenstein, sino que le infundió ánimos para ponerse a trabajar como nunca lo había hecho en los últimos tiempos.

El 26 de abril cumplió sesenta y dos años. Cuando la señora Bevan le dio su regalo, una manta eléctrica, le deseó que cumpliera muchos más. Wittgenstein respondió que no iba a cumplir ninguno más. Y estaba en lo cierto, pues aquel sería el último cumpleaños de su vida.

Al día siguiente escribió la última observación de *Sobre la certeza* y, cuando regresó de su paseo diario al pub con la señora Bevan, se encontró tan mal que tuvo que acostarse. A pesar de que en su *Tractatus* escribió que la muerte no es un acontecimiento de la vida, que no se vive la muerte, seguramente sintió su llegada inminente, porque antes de perder la conciencia aún alcanzó a decirle al doctor Bevan las que serían sus últimas palabras: «Dígales que he tenido una vida maravillosa». Las últimas horas de su vida las pasó inconsciente en compañía de Ben, Drury, Anscombe y Smythies. Murió el 29 de abril. Fue enterrado por el rito católico en la iglesia de Saint Gilles de Cambridge.

No deja de ser curioso que alguien como Wittgenstein, tan preocupado por la necesidad de encontrar criterios externos para todos los procesos internos, se despidiera de ese modo, después de

haber descrito su infancia como infeliz y su juventud como odiosa, y después de haber pasado gran parte de su vida pensando en suicidarse.

GLOSARIO

COSA (*Ding*): objeto, simple, sustancia del mundo. Es lógicamente simple (no divisible), es necesaria y siempre forma parte de un hecho atómico.

ESTADO DE COSAS (*Sachverhalten*): combinación de cosas, objetos o simples. Cada una de las configuraciones posibles según las cuales las cosas se conectan o relacionan.

ESTRUCTURA (*Struktur*): relación de los elementos de la figura entre sí. No interesan los elementos de la proposición por separado, sino el modo como se combinan; no los eslabones sueltos, sino la cadena.

FALSA: dícese de la proposición con sentido que hace referencia a un hecho que no existe. Esto solo se sabe tras contrastar la proposición con el mundo.

FILOSOFÍA (*Philosophie*): no es una teoría, sino una actividad, la de delimitar y aclarar, elucidar o esclarecer lógicamente el pensamiento y la estructura del lenguaje; es crítica del lenguaje, no ciencia; es un trabajo sobre uno mismo; es una enfermedad del lenguaje cotidiano; es una terapia que reconduce las palabras del uso metafísico al cotidiano.

FORMA DE FIGURACIÓN O FORMA PICTÓRICA (*Form der Abbildung*): posibilidad de que las cosas del mundo se relacionen entre sí igual que los elementos de la figura. Por ejemplo, en el caso de la reconstrucción de los accidentes de tráfico, lo importante será que los coches y camiones de juguete reproduzcan fielmente las posiciones relativas de los coches y camiones de verdad, es decir, que emulen en tres dimensiones la situación a escala.

FORMA LÓGICA (*logische Form*): lo que toda figura debe tener en común con la

realidad para poder figurarla. Dado que la forma lógica no es un hecho, no se puede representar, sino que la forma lógica solo se puede *mostrar*.

HECHO (*Tatsache*): lo que ocurre, acaece o es el caso; combinación, configuración o conexión de cosas, objetos o simples. La totalidad de los hechos es el mundo.

JUEGO DEL LENGUAJE (*Sprachspiel*): es parte de una forma de vida y señala la característica del lenguaje de estar regido por reglas.

LENGUAJE (*Sprache*) **COTIDIANO**: su significado viene determinado por el uso, es una caja de herramientas.

LENGUAJE (*Sprache*) **IDEAL**: espejo del mundo, formalización lógica que hace corresponder nombres con objetos del mundo y proposiciones con hechos y estados de cosas posibles.

LENGUAJE (*Sprache*) **PRIVADO**: aquel en el que los referentes solo son conocidos por el hablante.

LÍMITE (*Grenze*): el límite de mi lenguaje es el límite del mundo; el límite del mundo, el límite de los hechos y el límite del sentido está marcado por la lógica.

LÓGICA (*Logik*): armazón del mundo, los hechos y el sentido; determina lo posible.

MUNDO (*Welt*): conjunto de todos los hechos que ocurren, acaecen o son el caso.

NOMBRE: etiqueta que le ponemos a un objeto, solo tiene sentido en la proposición.

PROPOSICIÓN (*Satz*): oración enunciativa afirmativa, asertórica o declarativa compuesta de sujeto y predicado y susceptible de ser verdadera o falsa. Retrato, foto o figura de un hecho. La totalidad de las proposiciones es el lenguaje.

PSEUDOPROPOSICIÓN: proposición que carece de sentido bien por desconocer la estructura lógica del lenguaje (filosófica), bien por no decir nada sobre los hechos del mundo (lógica), bien por pretender decir lo indecible, lo que está fuera del mundo (ética, estética, religiosa).

REFERENCIA (*Bedeutung*): objeto al que etiqueta el nombre y al que se puede aludir en diversos sentidos.

RELACIÓN FIGURATIVA O RELACIÓN PICTÓRICA (*abbildende Beziehung*): coordinación de los elementos de la figura con los elementos de la cosa, algo así como los «tentáculos» que salen de la representación hacia la realidad, como proyectándose.

REPRESENTACIÓN (*Vorstellung*, *Darstellung*, *Bild*): retrato, foto o figura que nos

hacemos de un hecho.

SENTIDO (*Sinn*): lo que captamos cuando entendemos una proposición sin necesidad de saber si es verdadera o falsa. Una proposición tiene sentido y dice algo de los hechos del mundo si puede ser verdadera o falsa.

SIGNIFICADO: relación de correspondencia entre una proposición y el hecho que figura o entre una expresión lingüística y su uso.

TABLAS DE VERDAD: procedimiento lógico propuesto por Wittgenstein para determinar si una proposición compleja es verdadera o falsa en función de la verdad o falsedad de todas sus proposiciones atómicas.

VERDADERA: dícese de la proposición con sentido que refleja fidedignamente un hecho del mundo. La totalidad de las proposiciones verdaderas es la ciencia natural.

BIBLIOGRAFÍA

ANSCOMBE, G. E. M., *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, Buenos Aires, El Ateneo, 1977. El *Tractatus* estudiado en profundidad y contextualizado en la tradición analítica de formalización del lenguaje de Frege y Russell por la que fuera discípula directa de Wittgenstein y albacea de su legado.

BOUVERESSE, J., *Wittgenstein. La modernidad, el progreso y la decadencia*, México, UNAM, 2006. Estudios culturales sobre Wittgenstein caracterizados por la minuciosidad del proceder analítico, rigor histórico y un estilo discursivo.

HADOT, P., *Wittgenstein y los límites del lenguaje*, Valencia, PreTextos, 2007. Una presentación breve, bien estructurada, clara y elegante del pensamiento del primer y segundo Wittgenstein, escrita por un especialista en misticismo filosófico.

JANIK, A. Y TOULMIN, S., *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus, 1974. Obra ensayística sobre los nombres fundamentales de la historia, la política, la ciencia, el periodismo, la literatura y el arte vieneses de finales del siglo XIX y principios del XX.

KENNY, A., *Wittgenstein*, Madrid, Alianza, 1976 [1982]. La mejor y más completa obra introductoria sobre la obra y el desarrollo del pensamiento de Wittgenstein.

MCGUINNESS, B., *Wittgenstein. El joven Ludwig (1989-1921)*, Madrid, Alianza, 1991. Investigación minuciosa que alcanza gran detalle sobre la biografía de Wittgenstein hasta la publicación del *Tractatus*. Con fotos.

MONK, R., *Ludwig. El deber de un genio*, Barcelona, Anagrama, 1994. La biografía

de Wittgenstein por excelencia. Investigación documental amplia y muy detallada en cuanto a personas, lugares y fechas, abarca lo intelectual, lo profesional, lo familiar y lo emocional. Con fotos.

MOUNCE H. O., *Introducción al Tractatus de Wittgenstein*, Madrid, Tecnos, 1983 [2007]. Una obra breve, sencilla y general sobre los conceptos y temas fundamentales del *Tractatus*.

NOLL, J., *Ludwig Wittgenstein y David Pinsent*, Barcelona, Muchnik, 2001. Una obra poco conocida que contextualiza la relación entre ambos amigos en el ámbito intelectual y emocional de comienzos del XX y ayuda a entender el carácter casi exclusivamente interior de la afectividad de Wittgenstein. Con fotos.

SCHÖRSKE, C., *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 2011. La recopilación por excelencia de ensayos sobre el panorama intelectual vienés de finales del siglo XIX y principios del XX, escrita por un historiador que fue Premio Pulitzer de ensayo y Premio Ludwig Wittgenstein de la Asociación Austríaca de Investigación. Con fotos.

TOMASINI, A., *Los atomismos lógicos de Russell y Wittgenstein*, México, UNAM, 1986. Estudio comparativo del pensamiento de ambos autores respecto a ontología, concepción y uso del método del análisis lógico, epistemología, filosofía del lenguaje y de la ciencia. Claro y didáctico dentro de la complejidad del tema. Escrito por un especialista en ambos autores.

WAUGH, A., *La familia Wittgenstein*, Barcelona, Lumen, 2009. La apasionante historia familiar de cuatro generaciones (desde los abuelos de Wittgenstein hasta sus sobrinos) que toma como eje de la narración a Paul, el hermano pianista de Ludwig que perdió un brazo en la guerra. Nuevos datos sobre la familia durante la ocupación de Austria por la Alemania nazi. Con fotos.

ÍNDICE ANALÍTICO

BIBLIOTECA CLÁSICA

MARCO AURELIO

MEDITACIONES

GREDOS

Meditaciones

Marco Aurelio
9788424939175
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Último gran exponente de la filosofía estoica, el emperador Marco Aurelio escribió en griego, en las noches de campaña a lo largo de sus últimos diez años, unas meditaciones que todavía hablan al corazón humano por su noble sinceridad acerca de las cuestiones esenciales.
Descendiente de una familia de origen hispánico, Marco Aurelio nació en Roma en el año 121 de nuestra era y, tras ser adoptado por Antonino Pío, lo sucedió como emperador, ocupando el cargo desde el año 161 hasta su muerte en 180. Su reinado, que ocupa la época de máxima extensión de Roma, estuvo marcado por las numerosas y dilatadas guerras que mantuvo contra los pueblos que habitaban en los límites del Imperio, sobre todo frente al Danubio. El último de los grandes emperadores Antoninos hubo de demostrar repetidamente entereza y valor a lo largo de estos veinte años; se comportó siempre como un filósofo estoico y un digno romano.
Sin embargo, su devoción por las letras fue notoria, y dedicó muchas horas al estudio de la filosofía. Durante los descansos que le concedían su intensa actividad bélica y las obligaciones políticas, en las noches de vigilia de los diez últimos años de su reinado, estando de campaña, compuso las Meditaciones, una de las

principales obras del estoicismo romano, pese a estar redactadas en griego. Los doce libros que forman esta obra constituyen una compilación de ideas y sentencias breves en la que Marco Aurelio reflexiona sobre temas como los límites de la naturaleza humana, la fugacidad del tiempo, los valores morales o la manera correcta de conducirse en la vida. Las Meditaciones carecen de orden sistemático y consisten en los apuntes de un diario personal; Marco Aurelio no usa un tono elevado ni grandes abstracciones, sino que se dirige a sí mismo con veracidad; la grandeza que se percibe en sus escritos es real, no retórica ni literaria. Ningún otro gran personaje del mundo antiguo nos ha legado un testimonio personal tan sincero y hondo, de tanta inmediatez e intensidad.
Traducción y notas de R. Bach Pellicer. Introducción y revisión de C. García Gual.

ROBERT GRAVES

LOS MITOS GRIEGOS

GREDOS

Los mitos griegos

Graves, Robert

9788424939199
832 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los mitos griegos es una obra que sistematiza la abundante información existente sobre los dioses y los héroes de Antigüedad griega. La voluntad enciclopédica de recopilar ordenadamente toda la información disponible combinada con el estilo literario elegante y fresco que convirtió a Robert Graves en uno de los narradores históricos más sobresalientes de las últimas décadas hacen de él un libro imprescindible.

Cómpralo y empieza a leer

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO

ILÍADA

GREDOS

Ilíada

Homero
9788424939038
664 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Unos pocos días antes del último de los diez años que duró el asedio de los saqueos a la ciudad de Troya, proporcionan el marco cronológico a los acontecimientos narrados en la Ilíada, el poema más antiguo de la literatura occidental. Producto de una larga tradición oral, la epopeya, como advierte su autor en el primer verso, relata la historia de las consecuencias de una pasión humana. Aquiles, encolerizado por el ultraje de Agamenón, que como caudillo de la expedición griega le ha arrebatado a Briseida, su parte del botín, decide retirarse del combate. Pero no tardará mucho en volver a él, con furia renovada, a raíz de la muerte de su compañero Patroclo a manos de los troyanos.

Cómpralo y empieza a leer

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO

ODISEA

GREDOS

Odisea

Homero
9788424929893
518 Páginas

No hay, probablemente, en toda la literatura occidental una obra más rica en motivos que la *Odisea*, compuesta a finales del siglo VIII a. C. por un gran poeta que llamamos Homero. Aunque compuesto en hexámetros y según las técnicas tradicionales de la composición oral, el *Poema de Ulises* es mucho más moderno y vario que un cantar de gestas guerreras. Es, como se ha dicho muchas veces, un primer relato de aventuras casi novelescas, con diversos registros y ambientes, como es también diverso y versátil su protagonista, Odiseo. Sus grandes lances son bien conocidos por todos, incluso por quienes no han leído la obra, pero tener acceso a una traducción rítmica tan cuidada como la que ofrece este volumen, pulida a lo largo de muchos años, acentúa el placer de sumergirse en este texto.

[Cómpralo y empieza a leer]

BIBLIOTECA DE GRANDES PENSADORES

Spinoza

Estudio introductorio de

LUCIANO ESPINOSA



Spinoza

Spinoza, Baruch
9788424930301
872 Páginas

El pensador que mejor supo unir racionalidad y alegría ética - Tratado teológico político - Tratado político.
Sostuvo que el sabio es alegre por definición y se opone siempre a la tristeza, y que sin alegría el pensamiento es menos productivo y creador. Tan lejos del optimismo ingenuo como del pesimismo moral e ideológico, su objetivo fue comprender en vez de juzgar. Serenidad, cautela y honestidad fueron los valores que sustentaron la vida y la obra de Spinoza, con una coherencia poco frecuente en el mundo intelectual.

Cómpralo y empieza a leer

Document Outline